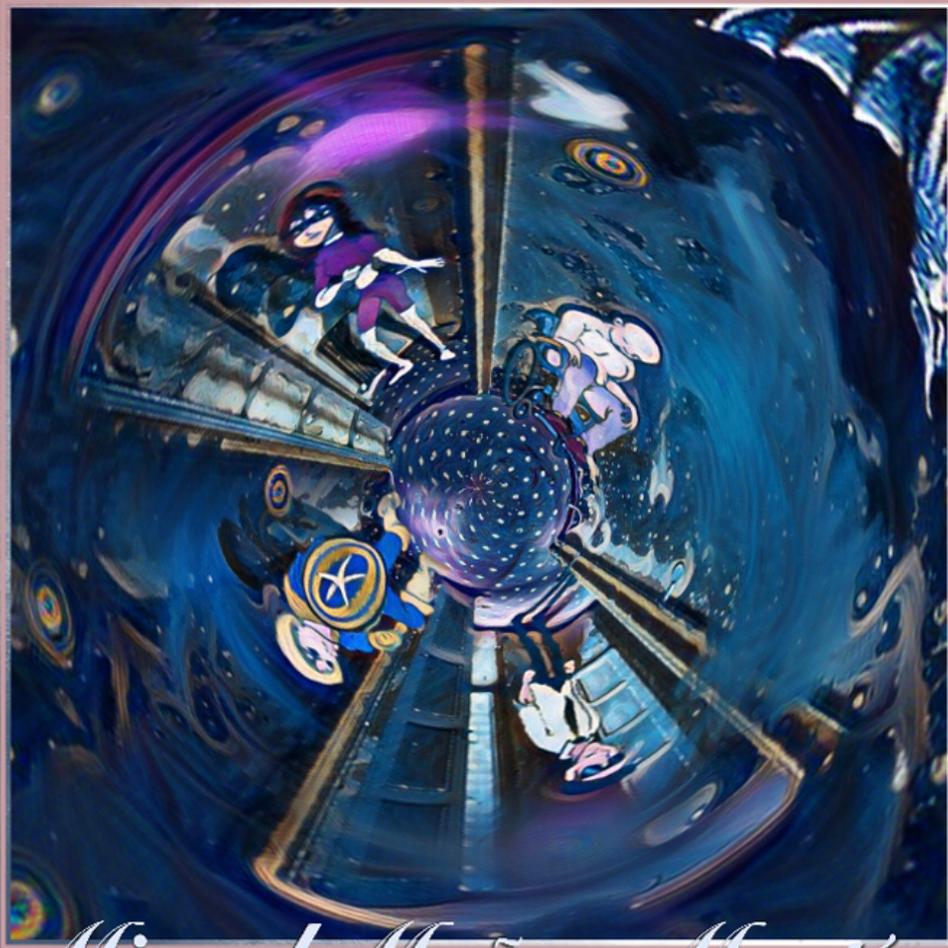


Baile de Seres Durmientes

Miguel Muñoz Martínez

*Baile de se
Baile de seres durmientes
res durmientes*



Miguel Muñoz Martín

Capítulo 1

Baile de seres durmientes

Por

Miguel Muñoz Martín

Despierta.

Son las seis de la mañana, y es la hora en la que debemos despedirnos.

Quizá nos veamos mañana, o quizás nunca.

Pero yo siempre estaré a tu lado, como siempre lo he estado.

La princesa

La princesa despierta sentada a la mesa.

Son sus compañeras restos de muñecas.

Sentadas a la mesa esperan... paciencia...

Mientras esperan observan a un pájaro muerto.

También los antiguos esperan de tiempo.

Sus ropas ya viejas, deshechas del viento.

Esperan a una niña de ojos de cielo.

Su porte de ángel esconde un secreto. Las rompe y las maltrata, las

destroza por dentro.

A golpes ríe y llora, aplasta todo sueño.

La princesa lo espera y sufre en silencio.

Ante ella la niña la aferra del pelo. La golpea y la golpea, crueldad de fin de cuento.

Son los cuentos pesadillas, es mi sueño solo un cuento.

Noche 1

Hay pájaros en el cielo.

Querría volar hasta ellos y observarlos de cerca, pero conozco mis limitaciones. Sé que ahora mismo no podría llegar allí aunque me lo propusiera.

El paisaje que se divisa me estremece. Son varios soles los que se alzan sobre las montañas en proporción variable. Unos ascienden hasta mediodía y otros ceden hasta el crepúsculo, ocupando en su conjunto toda la bóveda celeste.

Este sueño es vívido. Puedo mirarme las manos y contemplar las sombras que sobre ella producen las diversas iluminaciones de los soles.

Compruebo también que llevo puesto mi traje de malla color violeta. Es mi uniforme preferido cuando se trata de ser yo misma en sueños, y es siempre el que elijo en estos menesteres (aunque a veces no logre encontrarlo entre el tremendo lío que hay siempre en los cajones de mi mente durmiente).

Una bandada de pájaros negros alborotan el horizonte con sus graznidos. Ya me había percatado de ellos antes, pero, como antes, sigo sin darles la importancia que merecen.

Tropiezo y caigo, pero vuelvo a levantarme.

Miro mis pies descalzos y pienso que es una lástima que haya olvidado las botas. Me hundo hasta los tobillos en la arena y me cuesta andar; incluso llegar hasta la cima de esa duna de ahí enfrente. Sobre ella hay otras personas contemplando a los pájaros, todos ellos producto de mi propia mente. Aunque algunos no les he visto en mi vida, y me pregunto si no serán intrusos de otros sueños.

Ante mí se alza una encarnada construcción en ladrillo, parece un cobertizo, pero con una característica que lo hace singular : una férrea escalinata de metal pintada de rojo que sobresale por la azotea, e incluso amenaza con rasgar el cielo. Sobre ella me encuentro ahora, en una vertiginosa ascensión hacia el azul.

Subo y subo haciendo resonar el metal con cada pisada hasta coronar la parte final, una débil plataforma en un equilibrio imposible sobre los últimos escalones.

Poso un pie dubitativo y descubro que mi peso no rompe el equilibrio.

La carga principal que sustenta la balanza y corrige las imperfecciones de equilibrio es un chico joven de aproximadamente veinte años. Ahí, al otro lado le veo, trasladando su peso a su pierna derecha mientras yo dejo caer el mio sobre la izquierda.

Tras unos minutos regulando la gran balanza llegamos al mismo nivel de sincronización, y ambos al mismo tiempo decidimos sentarnos y descansar.

– Hola. Y gracias por no hacerme caer – me dice.

– Gracias a ti por evitar que yo caiga – le contesto.

Sonrío y él me sonrío a mi. Parece haber buena conexión entre nosotros.

– ¿Qué son esos pájaros? – le pregunto.

El chico me mira sorprendido.

– ¿Y tú me lo preguntas? – exclama – . ¡Yo no los he traído!

Le intento preguntar si él es producto de mi propia imaginación pero mis palabras se pierden antes de salir de mis labios.

– ¿Has dicho algo?

Niego con la cabeza. A veces me conviene más suponer que estar segura.

El muchacho deja de prestar atención al entorno y se centra solo en mi.

– ¿Lo has visto? – pregunta sin concretar.

Solo cuando comprueba que ando perdida en su pregunta se atreve a añadirle contexto.

– ¡El pájaro blanco! Entre los negros vuela uno blanco.

Permanezco callada observándole. Sospecho que interactúo con un producto de mi propia imaginación, y eso le quita interés al simple hecho de interactuar.

– Aunque parezca un tópico... – me dice sorprendiéndome – . ¿Qué hace una chica como tú en un lugar como este?

– Dímelo tú – le contesto inquisidora – . Ya que has invadido mi sueño,

por lo menos dame una explicación de quien eres.

El muchacho sonríe y exclama...

– Trabajo aquí.

De pronto, y sin previo aviso comienza a acercarse peligrosamente. La plataforma, ahora desequilibrada, comienza a dejarme caer ante mi interlocutor. Me apresuro a equilibrarla acercándome yo también a él.

–  Lleva cuidado!  Quieres que nos matemos? – le recrimino.

–  Piensas que podemos morir en sueños? – me contesta jocoso. Parece que mis actos y palabras le divierten.

– No s  que pensar – le contesto – , llevo tanto tiempo encerrada entre estas cuatro paredes que salir al exterior, aunque sea en sueños me hace ser... No encuentro la palabra... ibastante inconsciente!

El chico se sienta a mi lado cruzando las piernas como un indio. Y aún lo parece más con su enmarañado pelo moreno, a juego con su piel. Tengo que reconocer que es bastante guapo.

–  Has pensado qué hacer cuando se acabe todo ésto y salgas a la calle?

Su pregunta me sorprende. Ya ni me planteo poner un pie en el exterior. Llevo aquí mucho tiempo... demasiado...

Le contesto negando con la cabeza mientras observo los oníricos soles.

– Es normal –me contesta– . Llevas mucho tiempo en este lugar. Pero ya verás como todo vuelve a ser como antes.

Le miro apesadumbrada, quizá juzg ndole por sus palabras.

– Nada volver  a ser como antes.  O es que tú eres el mismo de antes? Hablas como si tú no hubieras estado encerrado nunca.

El muchacho no responde. Me mira y parece preocupado. Oculta algo, se le nota. Quizá algún familiar enfermo, o muerto. Hace años yo ya pasó por ahí, y lo superó. Ahora estoy sola, como millones de personas en el

mundo.

– No hablemos de cosas tristes – le digo intentando cambiar el tono del sueño –. Estamos en el reino donde todo es posible. Vamos a aprovecharlo y dejemos para mañana el mundo de la vigilia.

El chico parece estar conforme con mi súplica. Me habla de su vida y milagros; sus taras y complejos. Y todo lo que se ha propuesto ser y no va a poder ser. Cuando llega mi turno me abro ante él como una flor. Es curioso como ante ciertas personas nos es más fácil abrir esa coraza que nosotros mismos nos auto imponemos. Le cuento mis traumas, mis complejos y mi latente preocupación por no haber podido tener hijos; le hablo de mis queridos padres y los valores que me trasladaron. De mi tristeza matutina y mis fotos. También de otros fracasos. Él me escucha en silencio, y a veces asiente dándome a entender que sigue la conversación.

Le cuento que soy poco más que una maceta en la ventana. Veo a través de ella a algún que otro transeúnte (cada vez veo a menos). Y me gustaría salir ahí y preguntarle que donde va. Quizá a por víveres. No lo sé. Yo tengo la amarga suerte de que me los traen los delegados del supermercado. Todo envasado, como dicta el gobierno. Me encantan las verduras y el arroz chino. Y mi número favorito es el seis. Y también le cuento muchas otras cosas. Omito por vergüenza algunas otras, y le explico que llevo desde navidad sin poder dormir más de tres horas .

– He intentado seguir cientos de tutoriales de salud del sueño; a decenas de terapeutas que tratan alteraciones de la mente; y estoy apuntada a un sin fin de actividades de ocio. Pero nada me interesa. he ingresado en una terapia por alteraciones del sueño.

– Yo estoy también en terapia – me asegura – . Practico para tener sueños vividos.

– ¿Tú crees que esto es un sueño vivido? – le pregunto, pero él se limita a sonreír.

Hay entonces una explosión cercana, y los dos nos quedamos estupefactos contemplando como una enorme medusa voladora destroza los lejanos edificios de la ciudad. .

– Eso puede ser el sueño de otro – conjetura el muchacho – . Sus criaturas inundan nuestro ámbito de dominio. ¿Es así como le llaman? A veces sucede cuando no se tiene el control.

De pronto echa mano al bolsillo izquierdo de su pantalón buscando algo en su interior. No tarda en dar con ello, y orgulloso me lo muestra. Parece una familiar pieza de metal de una puerta. Un antiguo pestillo.

– Es mi tótem – asegura.

Yo le muestro la señal de infinito escrita a bolígrafo en mi muñeca.

– Éste es el mio.

– Seguro que así no lo pierdes – me contesta.

Sonríó avergonzada por alguna razón. El chico me gusta, a pesar de llevarse más de quince años conmigo. Yo también parezco gustarle a él, pero sus siguientes palabras me desilusionan.

– Bien... Ha sido agradable hablar contigo, pero es hora de irme. Tengo que ver a más pacientes.

Le intento detener para disfrutar más aún con su presencia. Me vienen a la cabeza mil pamplinas, y una de ellas la paradoja del tiempo en los sueños. Se la explico:

– No se mide igual que en el mundo real. Lo que aquí, en "sueñolandia", podría suponer una vida entera, la mayoría de veces supone sólo unos minutos en la vida real bajo las sabanas .

– Sabes muchas cosas de este lugar – me dice – . Pareces una "dream master".

– No creas – le contesto –, llevo poco tiempo paseando por este mundo. Apenas es mi cuarto paseo.

– Yo solo llevo unas horas. Es mi primera noche.

– ¡Tu primer paseo! –Exclamo con sorpresa –, Eso hay que celebrarlo. Espera... No te vayas aún. Voy a intentar una cosa...

- Me esfuerzo por alargarme hasta esos pájaros. No sé muy bien que hacer. Me gustaría sorprenderle de alguna manera, pero no consigo

realizar "magia" alguna.

- Lo siento. No sé bien controlar los espacios. Mi terapeuta puede trasladarse de un lugar a otro a voluntad y sé que se puede hacer, pero...

- No te preocupes – exclama jovial, e intentando zanjar aquí la conversación añade-. Bueno. Encantado de conocerte chica increíble. Supongo que no nos volveremos a ver, así que... La abraza y planta un tímido beso en sus labios.

- Pero... ¡Qué valiente eres! ¿Y ahora qué...? ¿me vas a pedir de echar un polvo? – le digo retrocediendo mientras finjo una falsa sorpresa.

- No. No voy a coger contigo. No se me ocurriría – contesta nervioso-. No es que no me gustes... Que si... Pero soy un caballero, aquí en sueños, y también despierto –y tras pensar un poco más añade -. Yo respeto a las damas.

- Ja, ja, ja.. tranquilo. Aquí, en los sueños, la mayoría de gente termina entrando a superar frustraciones o a practicar sexo. En este mundo todo es posible... con el debido control.

- Parecen las mismas palabras de mi terapeuta. ¿No serás tú? – me pregunta con ironía.

- No creo. Ja, ja, ja... A no ser que mañana me despierte siéndolo y mi vida anterior haya sido un simple sueño. Aquí se hace complicado separar la fantasía de la realidad – le digo, pero él ya no me escucha.

Está de nuevo de pie, y mira hacia abajo.

- ¿Es verdad que si sueñas que caes y te despiertas mueres de verdad?

Ante esa inesperada pregunta me quedo muda.

El chico no vuelve a hablar. Abandona la plataforma dejándose caer en una vertiginosa caída libre hacia atrás.

La plataforma, sin su peso, debería desequilibrarse y caer de mi lado, pero sigue manteniendo su irreal equilibrio.

- "Es este un mundo extraño con reglas por descubrir" – me digo a mi misma mientras de puntillas observo el lejano suelo y al muchacho acercándose a él.

Desaparece en una nube de polvo tras estrellarse en el desierto. Mientras le observo me pregunto si no habrá sido este encuentro un truco más de

mi mente durmiente.

Todo cambia entonces. Mi voluntad de no dejarle marchar me ha trasladado a otro lugar, a una especie de sótano en penumbra.

Continúo vistiendo la ropa ajustada de súper heroína, pero no acierto a ver mis piernas, perdidas entre toda esta bruma. Precisamente son ellas las que tropiezan insistentemente con herrajes y piezas metálicas. Palpo el suelo a ciegas a través de la bruma que oculta el suelo, y me hago con algo. Un pestillo de puerta. Es el mismo pestillo que hay en la parte de afuera de mi puerta.

- Hola... Me saluda de nuevo su voz desde la lejanía -. ¡Me has seguido! ¿Cómo lo has hecho?

Me esfuerzo por descubrir a mi interlocutor, pero solo veo luces y sombras.

- Podrías verme si tan solo utilizarás tus poderes para disipar la niebla – me dice su voz desde alguna parte.

- No puedo – le contesto – . Aún me falta mucho para ser una superheroína de verdad.

- ¿No puedes volar o tirar rayos láser por los ojos?

- No – le contesto tímidamente.

- ¿En serio? ¿No puedes disparar misiles por el culo?

- Nooo... Ja, ja, ja... ¡Ojalá! – le contesto – . Aún no soy capaz de dominar mis sueños. Aunque si soy consciente ahora de que estoy soñando. Y de que tú no eres producto de mi imaginación.

- Quizá si lo sea – me contesta.

- ¿Lo eres?

- Es probable. Aunque, lo sea o no lo sea, para ti seré solo un pipiolo de dieciocho años con aspiraciones de conocerte más a fondo.

- Ja, ja, ja.. si que eres un pipiolo, pero me entretienes. No, en serio, hablar contigo es muy divertido. He tenido suerte al encontrarte.. aunque... Pensaba que eras más mayor.

- ¿Me discriminas por mi edad? Pensaba que en los sueños eso no tenía importancia. ¿Cuántos años tienes tú?

- No. No pienses mal. No soy de esa clase de personas. Odio a la gente con prejuicios. Yo... Nunca... Siempre, eeh.. siempre he pensado que aquí en los sueños nada importa. Solo, pues... Bueno.. sí importa algo...

- No te preocupes tanto mujer. Esto solo es un sueño. ¿Qué decías antes de un polvo onírico?

- Ja, ja, ja... Nada. Eres aun muy joven.

- Y eso de que no tenías prejuicios... No voy a dejarte preñada. Por cierto... No me has dicho tu edad.

- ¿No decías que no importaba?

- Claro que no. Enrollémonos. Tenemos todo el tiempo del mundo.

Dia 1

- Debéis tener cuidado cuando os pase algo así. Relajaos y no pensar en nada. Vuestra mente es la que os hace entrar en pánico. Lo que ha desarrollado vuestro compañero es una parálisis del sueño. Algo en su dominio ha salido de su control y por eso ha desarrollado un ataque de ansiedad que le ha llevado a esa parasomnia. Recordad que en el mundo de los sueños todo es posible con el debido control.

El compañero al que se refiere la terapeuta en un muchacho inválido. Parece arrastrar algún tipo de minusvalía que le obliga a estar postrado en una silla de ruedas. Se siente reconfortado tras su minuto de gloria, y con una fugaz sonrisa nos lo hace saber.

La terapeuta le sonrío y pasa a abrir un nuevo tema.

- Alguno más quiere compartir algo interesante.

- Yo he follado – exclama el gordito friki de la camiseta de Superman. Parece ser el típico gracioso.

Todos rien ante su ocurrencia.

- Enhorabuena – dicen algunos, entre ellos la terapeuta.
 - Yo... Creo que he conocido a otro onironauta – me atrevo a confesar.
 - ¡En serio! Eso es fabuloso - se emociona la terapeuta -. ¿Por qué que no lo has dicho antes? Yo tarde más de cuarenta sesiones en hacerlo. Pero... ¿Estás segura? ¿Era otra identidad ajena a ti? ¿O era un desdoblamiento de tu persona en otro personaje de tu sueño?
 - Creo que era otra persona.. Estoy segura. Me habló de cosas que yo no conocía. Creo... No sé. Algunas cosas no las recuerdo...
 - Cuaderno - repitieron varios.
 - Si, lo sé. Debí apuntarlo todo, pero se fue y yo también pasé a no controlarlo. Fui a un sueño normal. A lo largo del día he podido recuperar fragmentos de mi conversación de anoche. Era guapo, y estudiaba... Algo... También iba a terapia de sueños. Y le gustaban las herramientas o algo parecido. Su tótem era el pestillo de una puerta.
 - ¿Y el tuyo? – pregunta la terapeuta – . ¿Tienes alguno? Debes tener uno, como dijimos.
 - Sí. Muéstranos a todos tu tótem- exclama el extraño hombre calvo de la esquina. Hasta el momento había permanecido en silencio (creo que es la primera vez que le escucho hablar).
- Asiento no muy convencida. Algo dentro de mí me dice que no debería confesar tan abiertamente cual es mi salvaguarda en los sueños. Mi gemela, mi chica increíble desde el otro lado, presiente algo peligroso en la situación, y me aconseja algo que se me da muy bien: mentir.
- Si... ¡Claro que tengo uno! Una muñeca. Mi tótem es una muñeca – les digo intentando parecer convincente.

No sé porqué se produce un silencio incómodo en la sala. Algunos me miran con escéptica expresión.

- Una muñeca...

Noche 3

No sé como he llegado hasta aquí, aunque suele pasarme cuando sueño. Aparezco de pronto en un antro oscuro que apesta a pis y a cerveza pasada, mientras tanto avanzo entre la gente que se mueve al son de una estridente música electrónica embotellada.

El ambiente está cargado y apenas puedo ver nada. Solo humo y luces verdes de láser.

Las sombras que frecuentan el lugar son en su mayoría hombres de mediana edad. Aguardándoles hay una prostituta, una para cada uno de ellos. Aquí todas parecen serlo. Yo misma voy vestida como ellas, o sea que debo ser también una.

Escucho gritos del exterior. Parecen ser los gritos de cientos de personas aterradas a la vez.

Como en este lugar no existen ventanas ni puertas no puedo ver qué está pasando afuera (y tampoco me interesa mucho). Solo un señor achaparrado y entrado en años se atreve a comunicarse conmigo.

Me dice:

- De los castillos en el aire dejan caer a gente como tú.

Le sonrío sin poder disimular la tremenda repulsión que me causa. Sus dientes están podridos, y su apariencia parece más la de un mendigo que la de un cliente habitual.

No sé – le contesto en un alarde de dialéctica. Él no sabe cómo soy yo. No debería atreverse a suponer nada de mi si no me conoce de nada. Además... Esta atmósfera cargada y apestosa... No es mi estilo. Estoy convencida de que éste no es mi sueño. Yo no lo controlo, aunque sepa que estoy soñando.

Sin apenas darme cuenta ya soy presa de sus manos sudadas. Acerca su boca a mi mejilla y me lame como un perro. Me provoca arcadas su pestilente aliento.

- ¡Déjame!

Forcejamos. Su asquerosa lengua encarnada roza ya mis labios. Deja esparcidos en mi rostro grumos grises de una sustancia asquerosa.

Le empujo una y otra vez hasta conseguir deshacerme de su abrazo.

Al fin libre, a toda velocidad corro tropezándome con todo. Hay sangre y trozos de carne descompuesta por el suelo. Gusanos y lombrices trazan el sinuoso camino que sigo a tientas. Me pierdo y floto en mi propio delirio. Camino en zig zag, desorientada y aturdida.

Un vistazo a mi muñeca me da el sosiego de ver allí la señal. No me gusta este sueño, parece una pesadilla. Caigo. Me incorporó. Tropiezo y vuelvo a caer.

Una mano me ayuda a incorporarme de la inmundicia adonde me he caído. Intento no ponerle rostro y usarla de trampolín para impulsarme, para despertar. Pero la vigilia me esquivo.

– ¿Estas bien? – me preguntan. Son dos individuos. Dos clientes más de esos que frecuentan estos antros de mala muerte.

– ¿Eres real? – me pregunta uno de ellos. Su apariencia me resulta familiar.

– Es la misma tía de terapia. ¿No? – se preguntan entre ellos.

Sin poder evitarlo me veo arrastrada a la reconfortante confusión que crea el alcohol. Parece que han pasado años desde que escapé del viejo apestoso.

Pero... sin embargo, nunca he escapado.

- Bebe un poco más – me dice el viejo mientras introduce una mano sinuosa por debajo de mi falda de colegiala. Me estremezco cuando el primer dedo roza mi entrepierna .

Su apestosa boca se posa invasora en mis labios, permitiendo que un trozo hediondo de su lengua acceda a una estancia a la que no había sido invitada. Me da arcadas notar como su lengua caliente roza mis dientes y el velo de mi paladar. Parece gorda y es roja como la de un perro.

¡Maldita la hora en la que he pensado en perros!

El viejo, bajo esa antiguo abrigo de pana, esconde unos cuartos traseros caninos sentados en el taburete del bar. Parecen los de un labrador. Los conozco porque mi difunto perro pertenecía a esa raza.

Descubro con asombro (y bastante asco) cómo ahí abajo sobresale erecto su pene de can.

- Vamos... – me susurra al oído – , vamos a un reservado. Te voy a

enseñar mi bulbo. Vuelve locas a las chicas. Ya lo veras.

Declino la invitación y me intento alejar de ese tipo, pero algo duro aferra mi brazo izquierdo y lo retiene con una fuerza increíble.

Es un esqueleto de los que tienen los doctores en sus consultas. Abre la mandíbula y creo que intenta comunicarse conmigo, pero solo escucho "clac, clac, clac" del chasquido de sus dientes cerrándose entre sí.

Intento deshacerme de él, pero parece enfadarse. rasga mi corsé y al mismo tiempo el sujetador, dejándome desnuda de cintura para arriba.

Necesito mi traje de chica increíble. Es mi fetiche y protección ante estos casos. Casos en los que me es imposible superar una situación.

- ¡Déjala en paz! - escucho gritar a un héroe. ¿Puede existir otro héroe en mi historia que no sea yo misma?

No es viable. No lo quiero en mis sueños.

Deshago a esos dos que quizá hubiesen llegado a salvarme. Nunca lo sabré.

El saco de huesos ahora es más exigente. Inexorablemente ha ido ganando espacio a mi lado. Me aferra de la cintura, del trasero y del pecho derecho y lo aprieta con ganas, haciéndome un daño de mil demonios.

- ¡Suéltame hijo de puta!

Le golpeo, le grito e insulto, pero nada puede detener la fuerza bruta de algo muerto.

Ya con lágrimas en los ojos busco a mi alrededor algo de ayuda. Siempre lo comprendo todo demasiado tarde. Pero es tarde, y la ayuda yo misma la despaché.

Nadie me ayudará porque, en realidad, yo misma no quiero esa ayuda. Más bien busco lo contrario.

Miro alrededor. Todos los clientes tienen a su partenaire particular y todos están entretenidos en sus sesiones sexuales.

Una presión a mi espalda me hace voltearme, descubriendo allí al viejo perro de antes. Ha introducido uno de sus dedos aceitosos en mi interior, y lo mueve brúscamente cada vez más adentro.

No me desagradaba, para qué negarlo. Me produce una mezcla de excitación y deseo de defecar.

- Te invito a una copa - me dice - , uof, uof...

El esqueleto se posiciona ante mí. Parece prepararse para algo mientras me aferra fuerte las caderas. Suelto un grito ahogado al ver lo que pretende. Un pene erecto de hueso ahora forma parte de la estructura de su coxis. Apunta directamente hacia mí, y creo que tiene intenciones de usarlo.

- AAAAAAAAAAAHHHHHHH...

Grito de dolor mientras la sangre se mezcla con mis fluidos.

El esqueleto se mueve rápido en vaivén y me hace estremecer de dolor, placer y terror. Tengo también al invasor de mi retaguardia acompasando sus movimientos con los del esqueleto, y con los míos propios. Los tres acompasamos el ritmo de la cópula, formando entre todos una especie de mecanismo que se mueve al unísono.

Miro hacia los lados y veo a otras chicas como yo siendo penetradas de las más diversas formas y con los más diversos amantes.

Comprendo ahora que no estoy sola. Formo parte de una máquina aún más grande formada por dispositivos y mecanismos unidos entre por engranajes.

Y aunque sea mi sueño... yo no lo controlo.

Día 4

Soy yo la que participa en la conversación telefónica, pero a la vez me parece ser una mera espectadora.

Desde lejos me escucho disertar con el tipo que aguarda al otro lado de la línea, y cada vez me doy más pena de mi misma.

No voy a ir. Borrare todos los vídeos y pasare del tema. Es mejor no obsesionarse con los sueños.

Los sueños sueños son. No les des más importancia de la que tienen.

Si... Sueños son...

Es imposible quedarse en coma durante un sueño vivido. Puede ser que nos parezca una eternidad lo que vivimos, que nos parezca una vida entera en el sueño, pero cuando despertamos puede ser que solo hayan pasado horas, o minutos.

(Silencio)

- Bien.. Alguien ha tenido algún sueño vivido esta semana?

Algunos levantan la mano. Yo entre ellos.

- Si. Tú misma. Cuéntanos.

- No... No lo recuerdo bien – confieso – . Quizá fue un sueño normal. Me angustió, y pensaba que estaba despierta, pero confusa.

La confusión es parte del plan de nuestro cerebro para intentar comprender qué ocurre. Ya lo hemos dicho otras veces. Continúa.
¿Recuerdas algo más?

Estaba segura de controlarlo todo, pero me agobié.

Es importante no perder los nervios. Debemos ser conscientes de que nunca controlamos todo al cien por cien. Incluso ni cuando estamos despiertos sentados en el sofá de casa lo controlamos todo. Pero para tranquilizarnos y templar la mente hay muchas maniobras. La principal es repetir fuerte y en voz alta: "este es mi sueño y yo lo controlo". Así retomaremos el control al 99% ... Bien... Si alguien más quiere compartir algo...

El tipo de las gafas de sol levanta la mano sin quitarme la vista de encima. Observo sus ojos negros tras el cristal, y son dos peces opacos.

- Yo soñé contigo. Intenté ayudarte – confiesa – , pero no quisiste mi ayuda.

Automáticamente escucho el sonido de cientos de grillos. Me aterra y me produce escalofríos.

- "¿Estoy soñando?" – me pregunto a mi misma alzando el brazo ante mis ojos. El "ocho volcado" rueda sin descanso con sus vueltas infinitas.

Estoy soñando, me reafirmo. Pero todo parece tan real... Mi casa; la calle desierta al otro lado de la ventana; la puerta cerrada con llave; las

pastillas en su vaso...

Los grillos son taladros en mi cerebro. Mis padres ya lo sabían y me protegían de ellos. Ahora ya nadie me protege. Soy la princesa de un castillo vacío. Y esa niña... Esa jodida y maliciosa niña... Es la única que me espera en él. Ha inundado los pasillos con sus risas infantiles. No lo soporto. Si pudiera volaría hasta allí y destruiría todo. La herencia de mi familia, mi castillo y mi hogar. Todo destruido.

Pero me falta fuerza para acabar con todo lo corrompido.

Rectifico: Me falta fuerza aquí. Pero detrás del espejo puedo, soy capaz y soy feliz.

Noche 5

Bien... Ya estoy soñando. Cierro los ojos en el otro lado y los abro en este. Aunque siempre me da la sensación de llevar recorrido mucho camino cuando soy consciente de ello... Bueno... Llevo ropa de calle. Mi suéter marrón y mis pantalones vaqueros negros, y unos zapatos que no conozco. Oh, espera. ¡Si! Son los que vi en esa tienda, Tahis. Los botines de doble ralla. Ahora son míos sin tener que comprarlos. Intento cambiar mi atuendo de alguna manera. Quiero el traje de heroína. Pero no sé cómo conseguirlo. Finalmente desisto. Recorreré mi sueño sin pararme a pensar en nimiedades.

Hay personas diseminadas aleatoriamente por las inmediaciones. Todas, yo incluida, recorreremos una especie de paseo marítimo. Me suena. Creo que es la ciudad de mi infancia. Aquí corría y jugaba yo cuando era solo una niña. Recuerdo el sonido del mar, e incluso me parece estar viendo a mi perro corriendo por la playa.

Esos sonidos que escucho son tan reales como si estuviese de verdad allí. Y estoy de verdad. Yo misma me contradigo. Estoy de verdad porque lo siento con el alma. Quizá ser onironauta tenga mal puesto el nombre. Quizá ésto sea ser una "recuerdonauta". Caminar por los recuerdos en forma de sueños, aunque... No. Aquel sueño no tuvo nada que ver con nada de mi pasado. Ni el del prostíbulo de la otra noche. Hay algo desconocido que hace divagar mi mente.

Un momento. Se me ha ocurrido preguntar algo:

- ¿Hay aquí algún caminante de sueños?

Todos quieren contestar porque todos son productos de mi imaginación, pero una chica bajita de color se antepone a todas mis personalidades.

- ¡Mi coño es el que camina en sueños! ¡¿Tú qué eres?!

Sin mediar palabra me propina un empujón con las dos manos que me hace caer.

- ¡Qué haces subnormal! Le digo levantándome.

- ¡Que! ¿Qué me has llamao? ¡Hijaeputa! – me insulta haciéndome de nuevo caer.

- Vamos puta. Levanta y repite lo que me has dicho.

Comienzo a ponerme nerviosa.

- Mira, estoy incómoda con esto – le comento intentando apaciguar los ánimos y al mismo tiempo ganar terreno entre nosotras – . Prefiero irme de aquí.

- Prefiere irse la princesa. ¿¡Y dónde vas a ir hijaeputa!? – Sin pensarlo me atrapa de la pechera del abrigo y me zaranda.

- Dejame. Déjame en paz. Es mi sueño y yo lo controlo.

- “¿¡Que qué!? ¿Qué dices surnommal?”

No sé qué hacer. Creo que tengo pastillas escondidas para estos casos. Siempre las he llevado, pero no las encuentro entre los pliegues de mi ropa. Repito el chakra como único recurso con un creciente ataque de nerviosismo.

- ¡ES MI SUEÑO Y YO LO CONTROLO!

La muchacha negra lanza su mano a toda velocidad, atrapando uno de mis teñidos mechones que estira hacia abajo haciéndome gritar de dolor.

Yo la imito en su agresivo gesto, y así quedamos, pegadas y golpeándonos como dos enemigas íntimas que acaban de conocerse.

Ahí van mis pastillas, rodando calle abajo.

En uno de los tirones pierdo el equilibrio y caigo, arrastrando a mi agresora tras de mí.

La negra se ríe cuando nuestros culos impactan en el suelo.

Su risa es contagiosa, y tras unos minutos ahí estamos las dos riendo a carcajadas en mitad de la calle.

Unas manos pálidas salen entonces de su boca. Empujan sus comisuras hasta desencajar la mandíbula.

Eso no me lo esperaba.

Del interior de su boca emerge una calva cabeza, luego un brazo. El cuerpo de la chica se descompone ante mis atónitos ojos sirviendo solo de funda para algo horrendo, algo terrible que ahora sí me amenaza.

El hombre que sale del capuchón de la joven muerta parece un cuervo. Su nariz es un pico y sus ojos son negros y redondos. Hace un último esfuerzo sacando el pecho y la cintura del interior del andrajoso montón de carne sanguinolenta en la que se ha convertido la chica de color.

Quiero despertar, pero por otra parte no quiero. Le golpeo en la cabeza con el botín de doble ralla a modo de arma. El hombre cuervo retrocede.

- ¡Pero si es por tu bien! – me grita – . ¡Es que no lo ves!

Caigo al suelo sobresaltada y ligeramente aturdida. He recibido un puñetazo sin saber muy bien por dónde ha venido.

El cuervo lanza de nuevo uno de sus ataques, pero esta vez es su pico el que impacta en uno de mis brazos. El dolor me hace retroceder llorando.

- ¿Dónde está tu muñeca? – me dice sorprendiéndome.

Automáticamente mis ojos viajan rápido a la señal de infinito de mi muñeca. Sigue ahí, y eso en cierta parte me reconforta.

- Es mi sueño y yo lo controlo – le digo.

El cuervo, a solo unos centímetros de mi cara, comienza a graznar amenazante. Pero ya no le tengo miedo. Bajo mi blusa conservo aún mi disfraz de héroe. Es lo que me da fuerza para hacer lo que me propongo hacer.

Disparo un puñetazo al pico del monstruo que tengo delante, pero éste,

muy lejos de inmutarse, me devuelve el golpe multiplicado por cien.

El dolor me hace despertar sobresaltada y con el corazón latiendo a mil por hora.

Luego, ante el espejo compruebo los efectos en mi mejilla de un sueño demasiado vívido.

Día 6

El agua resbala por los fríos cristales dibujando arteriales senderos al otro lado de mi mejilla. Mientras la voz me invoca una y otra vez reclamando mi cuerpo (que no mi alma).

- No pienso ir. No voy a ir – le insisto al teléfono.

- Haces bien – asegura su voz – . No debes avisar de terapias mal llevadas... Pero... Sé sincera. ¿Te apetece que nos veamos?

- Muchísimo – le contesto – ,pero está lloviendo. Se manchará mi vestido nuevo con toda esa agua sucia de ciudad.

- No. No llevas razón – asegura – . Esa es un agua alegre. Apagará el fuego que nos consumió.

Quiero creer pero no creo. Sé que en esos incendios se quemaron mis ilusiones. Allí se quemó nuestra niña imaginaria; allí se quemó mi blanco vestido y mi ramo de rosas. Ahora de todo aquello solo me queda esta rota camiseta de Los Ramones y mi culotte a topos de woman Secret. Es lo único que conservo que no es verde. Ropa verde de hospital.

- Es tarde y no tengo todo el tiempo... – me dice incomoda la voz telefónica – . ¿Te apetece o no?

Asiento al aparato aunque él no sea capaz de verme. Sé que es malo para mí, pero necesito verle. Mi boca esta pastosa y mi cabello sucio. Ya ni mi garganta es capaz de soltar una afinada nota. Yo antes con él cantaba. Abría flores con mi voz y era capaz de separar los pies del suelo y levitar.

Ahora estoy anclada al suelo de mi habitación; a ésta cama revuelta y a mis complejos, que son muchos.

Nerviosa encuentro mis gafas y con ella soy capaz de ver los números del reloj despertador.

Nos vemos en una hora. A las...

Dentro del reloj nada un pequeño pez naranja. El tiempo es de agua.

Vamos a ver... Estoy soñando. Y yo controlo este sueño.

Me levanto corriendo de la cama y abro apresuradamente el armario. Dentro está (tal y como esperaba) mi traje de superheroína.

Sonrío y cierro los ojos.

Ya puedo estar tranquila. Esto es solo un sueño, y puedo hacer lo que quiera. Nada me afectará en este mundo, y aquí puedo ser más "yo misma" que al otro lado, en la vigilia.

Abro los brazos y las piernas y domino en toda mi abducción la cama.

Aún resbala por ahí abajo el jugo de hacer bebés. Lo noto resbalar y caer a la cama.

- ¡Qué se joda! - exclamo a la vacía habitación.

Escucho algo.

Ahora aparece recién caído del techo. Sus manos están clavadas a unos hilos rojos y cuelga de ellos como una grotesca marioneta.

Cae sobre mi cuerpo ensartándome de golpe, como una espada.

- ¡Me voy! - grita apurado, pero no se va a ningún sitio.

- ¿Vamos a tomar un café?

- Mejor vamos directamente a follar.

La palabra "follar"... me estremezco solo de escucharla.

- Follar, follar...

- Tengo la regla, pero da igual.

- Tienes la regla, pero me da igual.

¿Qué mejor asesinato que uno con arma blanca y sangre de por medio?

Ahora estamos en su habitación. Ha sucedido eso de las películas...
¿Cómo se llama eso? ¡Un fundido a negro!

Paso aleatoriamente de estar hablando en el portal de su casa a estar con su miembro clavado en mi interior, bombeando en su insistente búsqueda del placer personal. De "su" placer personal.

No creo que piense en mi placer. De eso no me da nada. Le observo boquear como un pez mientras jadea en su continuo vaivén y me da más pena que otra cosa. Si ahora mismo apareciera el cangrejo Sebastián me daría un consejo. Me diría: -"Váyase de aquí mamasita". Pero yo soy tan tonta que enlazaría su advertencia con una "mamadita" para tenerle contento mientras me arrastro en la sumisión más absoluta y penosa.

Un momento...

Soy muy débil en la vigilia, pero estoy soñando. Cualquier cosa es posible si sé que sueño.

Mis piernas se funden ahora en una larga cola de escamas esmeraldas. El hombre no es consciente de nada. Sigue y sigue sin darse cuenta de que ya no se esta tirando a un ser humano.

Aferra lo que antes era mi trasero y lo atrae para sí mismo. Me atrae más aún contra su miembro. Noto sus contracciones. Está a punto de...

- "Ya llego, ya llego...".

No le dejo. Podría dejarle. Sé que no pasaría nada. No puedo embarazarme en sueños. Pero no consiento que nadie inventado por mí se salga con la suya.

Escapo utilizando mi destreza submarina recién adquirida y salto por la ventana, pero me doy cuenta demasiado tarde de que sigo siendo imbécil en sueños.

Las sirenas no vuelan. Caen hechas jirones entre las redes de los pescadores.

Medio mutilada y boqueando como un pez sigo esperando que todo se resuelva sólo. Que por una suerte de hechizo mágico todo vuelva a ser

idílico. Que resuciten los muertos y que nuestra vida vaya a mejor. Pero suele ser siempre al contrario.

Día 6 17:45 PM

La sucia princesa de los sueños. Ese es el título mi obra. A la venta en plataformas digitales y aquí mismo en físico.

Algunos aplauden.

- Muy acorde a lo que tratamos en nuestras sesiones. Muchas gracias Aitana. Y suerte en tu carrera como escritora.

- Ser onironauta siempre ha sido una fuente de inspiración para muchos autores. Lewis carroll por ejemplo era de los nuestros. Salvador Dalí, James Cameron, y tantos otros... Quizá los encontréis alguna noche deambulando por vuestros sueños.

Escucho las risas

- En esta sesión de hoy debatiremos sobre la posibilidad de atraer a otros a nuestros sueños. Se ha hecho. Es posible y nosotros lo vamos a hacer hoy.

Cruzo las piernas, me acomodo en el respaldo de la vieja silla y miro hacia la persona que tengo enfrente, al otro lado del círculo de sillas. Él cruza brevemente su mirada con la mía, pero al sentirse observado vuelve a concentrarse en ésta descarada cotilla que soy. Fuegos eléctricos chisporrotean entre ambos ; también entre mis piernas. Algún día, cuando todos seamos libres, podremos convivir como de verdad queremos. Pero hasta ese día nos toca luchar.

Entre esos pensamientos deambula mi mente antes de dar por concluida la clase.

Llevamos deberes para casa, pero yo no quiero volver a casa.

Aún no.

Día 6 21:06 PM

– Me gusta este sitio – le digo intentando romper el hielo entre los dos-. Es una típica taberna irlandesa. ¿No?

– No – me contesta sin cambiar ese tono hosco con el que entró – . Es una simple cafetería de hospital – añade poniendo especial énfasis en esto último – . En este lugar rezamos los que no creemos ni esperamos nada.

– "¡imbécil!" – piensa mi cabeza.

Le observo escudriñar mi aspecto hasta el más mínimo detalle. Parece no gustarle, pero... si es así... ¿Por qué ha aceptado mi invitación de tomar algo después de la clase?

– Yo... – le contesto -. Sé que soy una ignorante respecto a muchos temas. Lo reconozco. Pero estoy casi segura de que nunca se apuntaría a terapia alguien que no cree ni espera nada.

El muchacho respira hondo y exhala el aire con profundidad. Mi comentario parece haberle enfurecido tanto que ha conseguido abrir una brecha en ese grueso iceberg de seguridad fingida que le sirve de coraza.

Su mutismo pronuncia un nombre sílaba por sílaba.

I

RE

NE

– Me voy – exclama el tipo bajando de su taburete y preparándose para abandonar la función mucho antes de empezar.

– ¿Quién es Irene? – le pregunto.

El tipo se detiene en seco. Mi pregunta ha resultado ser un poderoso

hechizo de parálisis.

El agua comienza ahora a inundarlo todo. Arrastra todo a su paso. Subo los pies al peldaño del taburete y permanezco asombrada ante la inundación inminente del local.

Y es precisamente ese agua la que lo cambia todo. Transforma el pub y también a mi interlocutor, y su comportamiento

– Irene es... Fue una persona que invadió mi vida. Pero ya no está.

– Vaya... – contesto caminando sobre el hielo – . Lo siento. Bueno, ¿Lo debería sentir?

Da un trago a su cerveza y ni se digna en contestar. A pesar de sus traumas estoy sospechando que lo que en realidad le pasa a este tío es que, en definitiva, es un gilipollas.

El rumor del bar y este ambiente cálido de música lejana me invita a apurar mi taza de café. Sé que es muy tarde para llenarse el cuerpo de cafeína, pero esta noche voy a tener un sueño lucido, necesito tenerlo, y he oído por ahí que los excitantes también pueden propiciarlo.

Observo como flotan los papelitos y la basura sobre el agua creciente. Suerte que voy preparada.

De pronto, cuando ya creía perdida la conversación, mi interlocutor baja un peldaño y sumerge los pies en el agua sucia. Se abre ante ésta desconocida con una suerte de complicadas metáforas.

– Siento que voy avanzando sin parar por una autopista sin entradas ni salidas. ¿Sabes lo que quiero decir? Siempre adelante; hasta que llegue el momento en que me quede sin combustible. Y cuando eso pase... No sé qué voy a hacer.

– Seguir a pie... caminando – es mi sincera respuesta.

El tipo me mira ahora asombrado. Está claro que no esperaba mi reacción.

El nivel del agua sigue subiendo y ahora me moja los pies subidos sobre el taburete.

– ¿Te asusta el agua? – me pregunta en tono sarcástico.

– No. Llevo siempre mis botas de agua – le respondo mostrando el interior de mi bolso. Dentro puede verse claramente mi uniforme violeta de

superheroína.

Ese gesto mío termina de transformarle en otra persona, sospecho que en el que era antes de su transformación en capullo.

– No te pareces en nada a ella – confiesa – , pero podrías llegar a gustarme.

Le miro sin saber bien cómo reaccionar. Mi cerebro me ordena dejarle ahí plantado; mi corazón, escucharle... Pero es mi sexo el que gana la partida (como siempre).

Acerco mi boca a la suya y la suya a mi boca se acerca. Conjugamos verbos con nuestras lenguas entrelazadas.

Y el verbo se hace carne.

Noche 7

Lo tengo todo preparado. Suenan audios de ruido blanco. Tengo poca batería, pero supongo que durara el tiempo suficiente como para llegar a dormirme.

En mi cabeza se agolpan las últimas correcciones de la princesita. Creo que he cometido el típico error de escritora. Las prisas por publicar. Aún soy una novata en sueños lúcidos, y la soberbia me ha llevado a escribir un manual onírico. Se que es una estafa, y si yo misma lo creo, que no creerán los que me lean...

Luego está ellos: Los hombres. Todos formando una piña en mi pasado. Miró atrás y no puedo llorar. No hago otra cosa que compadecerme de mi misma.

Me siento yo también en esa misma autopista. Circulando sin luces y a toda velocidad. Pero en dirección contraria.

- ¿Quieres contármelo? Sabes que yo siempre voy a estar aquí para lo que necesites.

- Lo sé. Pero a veces es mejor llevar las penas en silencio.

- Pero qué dices... A estas alturas... ¿Vas a darle ahora clases a tu madre?

- No son lecciones madre (snif) – le digo a su recuerdo preparando un te de menta – Ahora puedo verte aquí en los sueños.

- Siempre me has visto en los sueños Aiti.

Lloro

- No llores cariño. Te quiero muchísimo, ya lo sabes. Y cada vez más. Papá y yo no te olvidamos y siempre estaremos aquí, en casa.

Miro alrededor y descubro que ya no estoy en mi apartamento. Vuelvo a estar en mi casa de campo. Mi antiguo castillo.

Vuelvo a ver por la ventana los chopos del río rasgando el cielo gris de invierno. Recupero tantas cosas cuando sueño que da miedo. Me da mucho miedo volver a ciertos recuerdos, y más aún ser consciente de que es todo un sueño.

- Adiós mamá. Dale un beso a papa y a los abuelos de mi parte.

- Yo se los daré cariño. Tú lleva cuidado con los bichos... ¡Y abrígate! Hasta luego Aiti.

Sonríó cabizbaja y la abrazo, pero mi madre ya no es mi madre. Soy yo. Una igual a mi reflejada ahora en un espejo. No entiendo nada y siento náuseas de mi misma, de mi vida y de mi suerte.

La suerte y mi muerte riman dentro de mi cabeza... La muerte y mi suerte rinden culto a un dios oculto dentro de los sueños.

Camino por la ciudad ahora. Abridada con un tres cuartos verdes que eliminé de mi guardarropa hace ya varios años. Me encantaba. Admiro de nuevo las estrellas bordadas de sus puños. Cómo me gustaban. ¿Por qué lo tiré?

Quizá porque hice lo que las personas tontas hacen con lo que aprecian de verdad: prescindir de ellas.

Siempre he creído en un auto sabotaje por mi parte hacia todo lo que estimo. Abandone tantas cosas...

Quiero despertar. Lo necesito. Me duele estar dormida tanto como estar despierta. Está soledad me corroe tanto como el gélido viento azotando mi

cara. .

Pero no estoy del todo sola. Hay alguien aquí conmigo. Es un espectro, pero no me produce el más mínimo temor. Al contrario, me reconforta. Sus alas negras, su aparente sensualidad, sus cabellos que caen en cascada hasta mis hombros.

– Eres una persona o solo producto de mi imaginación.

La muchacha demonio me mira y sonrío. Da varias vueltas a mi alrededor sin pronunciar una palabra, y solo cuando se encuentra en mi espalda la escucho.

– Soy una amiga – y tras abrazar mi cintura desde atrás añade – , y lo que tú quieras que sea.

La beso y ella me devuelve el gesto multiplicado por diez. Me desnuda y la desnudo. Ya no hay vergüenza que detenga este torrente. Ahora estamos de nuevo en mi antiguo cuarto, pero todo parece más degradado. Las paredes cuarteadas y el desconchado techo sirven de anfiteatro a nuestra sexual función.

Hacemos el amor durante horas.

Hacemos el amor bajo la cama, contra las paredes y boca abajo, colgadas del techo.

Yo misma me muestro turbada al escucharnos tras la puerta. Golpes, traqueteos, y sobretodo gemidos. Los gemidos atraviesan paredes, cristales y puertas. Precisamente sobre la puerta escucho yo misma. En esa misma puerta sobre la que reza un misterioso cartel escrito torpemente con lápiz de labios: "**emet**"

Día 8

Siento llegar tarde. Aparqué mal el coche y se lo ha llevado la grúa. He tenido que venir en autobús.

- ¡Vaya! Lo siento mucho. Siéntate, no te preocupes. No te has perdido mucho. Estábamos comenzando a hablar sobre las zonas de confort de

sueño y los meridianos. Es un tema muy interesante.

Así hago. Tomo asiento entre la anciana y un sonriente chico gordito. Ellos parecen estar contentos aquí. No necesitan, como yo, buscar una explicación a una vida cargada de miedos por un sueño. Ellos quizá estén aquí por diversión, por el aspecto lúdico de controlar los sueños. Pero yo no. Yo necesito controlar de alguna manera tanto mis sueños como mi vida.

- ...Son como las zonas de confort en la vigilia. Son nuestros sueños recurrentes, donde más cómodos nos sentimos. Nuestra casa, nuestra familia, la ciudad donde vivimos. Cuando soñamos siempre tendemos a visitar lo que conocemos, porque lo desconocido suele llevarnos a pesadillas y malos sentimientos de los que nuestra mente siempre tiende a huir. Pero debemos perder ese miedo. Quitar ese freno que nos retiene y atrevernos a recorrer nuestros sueños.

La escucho con ilusión. Pienso que si ella me enseña conseguiré algún día entrar a ese salón y enseñarle modales a esa jodida niña maldita. Le robaré mi muñeca y juntas escaparemos volando hasta un nuevo sueño creado por y para mi.

Noche 9

No puedo dormir. Me estoy tomando una infusión mientras veo un episodio más de mi serie favorita en la televisión.

La reina de poniente amenaza por pasar a cuchillo a los hijos del protagonista si no aparece, y este parece tener un plan para salvarles. Pero en el último momento un soldado de la guardia viola y asesina a la hija mayor. Ahora al prota sólo le quedan dos motivos para arriesgarse. .

Tanta crueldad me abrumba, y me lleva sin querer a rememorar algo terrorífico.

Vuelvo a recorrer aquellos salones. Regios blasones cuelgan de las frías paredes de piedra. Armaduras y antorchas decoran las paredes dando una cálida iluminación a aquellas solitarias estancias de palacio.

Escucho reír a la niña y un helado escalofrío recorre mi espalda. La alta balastrada me impide ver sus tribulaciones, por ello me alzó sobre las puntas de mis pies, y así de puntillas alcanzo a ver sus cabellos rubios repletos de tirabuzones.

También escucho su conversación con las muñecas. Una de ellas soy yo.

Debo entrar y matar a esa niña. Debo acabar con su vida antes de que acabe ella con la mía.

Si tan siquiera tuviera mi traje de heroína...

Decidida a aprovechar esta nueva oportunidad que me da mi sueño, suelto lastres y disipo la niebla de mi cabeza. Estoy segura que si detengo a esa niña, si salvo a mi muñeca, todo se arreglará en mi vida.

"... o por lo menos dejaré de sufrir."

Me acerco hasta la puerta deslizándose sobre la pared. Noto al milímetro la rugosidad de las piedras en mi espalda (¿es sólo un sueño?), mientras tanto cada vez estoy más cerca de la entrada.

- "¿Y si alguien cuida de ella?" -me digo. Es la hija de la reina. Debería tener con ella alguna especie de escolta, algún guardián...

Me asomo por el zaguán y la veo allí sola, desmontando mi teoría. Sola como yo, jugando con sus muñecas.

- "No soy una asesina" -pienso-. "¿iCómo voy a ser capaz de matar a una niña!?"

Dispone a sus seis muñecos a lo largo de una mesa rectangular. Sobre el sucio mantel hay una diminuta tetera, tazas del mismo tamaño y pequeños platos de porcelana. Sobre ellos extraños engrudos de sospechosa procedencia.

Ella, la niña, les habla a sus invitados. Coge a una de las muñecas y le da una cucharada de esa asquerosidad mientras le canta una canción, que es cuento a la vez, que es un sueño a la vez:

- "Érase una vez un vez un reino muy lejano... Perdido entre las dunas del sueño.

Acto seguido le da un obscuro beso en la boca. Se embadurna ella misma de esa sustancia corrompida y la saborea mientras mira con arrogancia a sus otros invitados, sentados todos a la mesa. Ella es la protagonista

absoluta allí, como una Alicia oscura dueña de este sueño lucido.

Ahora veo claramente sus ojos. O mejor dicho, la ausencia de ellos. En sus cuencas solo hay oscuridad, y ser consciente de ese vacío me convence impulsa a intentar algo. No hay inocencia en ese pequeño ser vivo.

Es mi oportunidad. Podría entrar y golpear su cabeza contra la pared. Podría izar su pequeño cuerpo sobre mi cabeza y dejarla caer con furia sobre la mesa. Yo soy más fuerte. Podría hacerlo. Podría machacar uno a uno todos sus huesecitos infantiles y verla agonizar sobre su propia sangre. Incluso podría lanzarla por la ventana y verla morir estrellada en el lejano suelo.

Pero no lo hago. Me contento con verla destrozar esa muñeca en uno de sus habituales ataques de ira.

Otros muñecos sufren la misma suerte. Elfos, duendes y dríadas son machacados bajo los pequeños zapatitos encastrados de piedras preciosas. Finalmente solo quedan dos en pie. Una es mi muñeca, el otro un extraño muñeco calvo con la apariencia de un huevo embutido en una silla de ruedas. La niña se mofa de él, y yo no puedo evitar contagiarme de su crueldad.

- "¡Eres horrible! ¡Un monstruo!" - exclama la niña entre risas mientras yo le sigo el juego.

Río a carcajadas sin poder evitarlo. Y es ahí, al ser consciente de lo que me une a la niña, cuando me hundo en mi propia inmundicia. Al familiar fracaso me uno sintiéndome despreciable conmigo misma.

Me dejó caer al suelo y aferro mis rodillas mientras intento distraer mi mente de aquellos aullidos infantiles.

Sus murmullos son espectrales en aquel salón vacío.

Si tan siquiera hubiera tenido mi traje de heroína..

A lo lejos escucho pisadas. Dos personas se acercan. Una es una mujer, una dama de la corte diría yo al vislumbrar su labrado atuendo medieval. El otro es un gigante embutido en una cota de malla que apenas cabe en la armadura.

Su pausado caminar lleva a ambos ante mí. Les observo mientras me observan. Ella sonrío entre dientes, pero es su acompañante el que me causa pavor. Su mirada es la de un animal y sobre mi cuerpo posa sus

ojos inyectados en sangre.

- Eres una personita ridícula... – me digo a mi misma con la voz prestada de la reina.

Ya no importa lo que yo sea. Ahora la presencia allí de los recién llegados nada importa. La niña ya comenzó a golpear a mi muñeca. Suenan y resuenan los golpes, y con cada uno de ellos mi cabeza comienza a amoratarse. Me sale sangre de la nariz y de los oídos, y mis ojos se nublan.

- Puta, puta muñeca – me grita la niña – por tu culpa, es por tu culpa.

Me incorporo de un salto y salgo corriendo entre lágrimas, mientras me tapo los oídos con las dos manos. Si no lo escucho no podrá dañarme. En mi carrera no paro de repetir el consabido chakra.

- Es mi sueño y yo lo controlo. Es mi sueño y yo lo controlo. Es mi sueño y yo lo controlo...

Pero sé que no lo controlo...

Sin saber cómo termino incrustada en mitad de un pasillo de piedra, entre cientos de cuerpos de personas que agonizan sin apenas respiración.

Yo tampoco puedo moverme. No puedo apenas ni respirar.

La presión es tan grande que a punto estoy de perder el sentido.

Suerte que antes de eso pierdo el sentido de la gravedad.

De los castillos en el aire siempre dejan caer a gente como yo.

A cientos de miles de personas como yo.

Perro viejo

Día 1

Eco, ecooo...

Repito y mis palabras suenan profundas en este ambiente industrial de viejas naves sucias y abandonadas.

Ecoooo...

Su voz se superpone a la mía, al igual que su cara, roja por el esfuerzo del grito.

Juntos rompemos ventanas y hasta la barrera del sonido con nuestros gritos.

Pero eso corresponde al pasado.

Qué difícil es acostumbrarse a pasear por todos los tiempos a la vez. Los sueños son portales en forma de toboganes lagrimales de alguna diosa caprichosa. A veces despierto en el sueño acompañado de nadie, y otras veces solitario de presencias. Ahora, sin embargo estoy solo. Llevo siglos solo, y solo pienso en ella.

Sin rumbo recorro caminos llenos de piedras mientras distraigo mi atención con citas superfluas. Imágenes fijas de "faces" que sonrían, a mi y al que quiera mirarlas.

Elijo una, ésta. Lo he tenido claro desde el principio. Incluso cuando disimulaba para no sentirme tan mierda.

Selecciono la foto de aquel día, y todo a mi alrededor me transporta a ese lugar. El restaurante del cabo.

– "Con ese vestido está buenísima" – me digo a mi mismo al ver su foto digital en la pantalla de mi teléfono móvil.

Aquí sigo esperando. Escuchando el tic-tac del aparato que espera pegado debajo de mi mesa.

Debajo de las otras mesas también hay aparatos parecidos, pero cada cual tiene un conteo diferente.

– "¿Son mis sueños pesadillas?"

Miro a veces los cristales de las ventanas. No a través de ellos si no a los propios cristales.

Tic, tac y Canturreo; Tic, tac y deletreo tranquilo un nombre de mujer.

Cuando me canso de aburrirme me sumerjo de nuevo en el gran azul de mi teléfono móvil. Miento en las redes e intento ser alguien que no soy. Enmascaro defectos y ensalzó virtudes bajo las hojas de las páginas web. Y éstas, como las verdaderas, se ríen al ser bamboleadas por el viento que yo mismo levanto.

Finalmente llega el crepúsculo, y después la noche. Pero nadie acude a la cita. Y ahí debajo el tic tac taladrando mis oídos.

Espera. Noto algo en el bolsillo del pantalón. Es la figurita de porcelana. Es la bailarina que una vez me arrojaron a la cabeza. Es lo único que quedó sano de nuestro reinado. El legado que iba a entregar a mis gemelas.

"Elegid un objeto, una señal, un código que solo vosotros conozcáis. Ese será vuestro tótem y ser consciente de él será el comienzo de vuestro sueño lúcido".

Esa es la máxima del tema cuatro de onironautas, mi libro de cabecera. Mi psiquiatra me lo recomendó al igual que me ha recomendado tantos otros. Pero solo ese ha picado mi curiosidad. Controlar los sueños es una sugerente idea para todos aquellos que no controlamos nada estando despiertos.

– Así que... definitivamente estoy soñando... – me digo dándole vueltas a la figurita que baila en mis enormes manos– . Aquí tengo el control y puedo volar si lo deseo. Pero creo que no debo hacerlo. Aún aquí en mi mundo imaginario sigo teniendo valores y prejuicios difíciles de romper.

–"¿Qué pensaría todo el mundo de alrededor si me elevó volando y me pierdo en las nubes?"

Me decido (como mandan los manuales de los buenos modos) a abandonar la estancia de forma más furtiva.

Abro la trampilla de debajo de mi mesa y me dejó caer por el tobogán de madera, que me deja dolorosos recuerdos a lo largo de mi espalda.

Es mi sueño, y yo lo controlo.

Ya no sangro ni me duele la espalda. Es más, ya no tengo espalda. Tras mi cuello se dibuja un espacio vacío y traslucido.

–"Me va a gustar estar aquí" – me digo a una versión de mi mismo más pequeña reflejada en los charcos que voy encontrando a mi paso.

El cielo está nublado y amenaza tormenta. Los paraguas colgados boca abajo que levitan del cielo me informan de eso. Pero eso, precisamente, no importa. Sé que esto no es real. Es un sueño, y en el mundo de los sueños todo es posible.

Incluso...

Vuelvo a trazar la línea dibujada en mi mano. Recorro con un dedo el círculo infinito y en un segundo regreso a aquella playa. Es la playa donde yo quiero estar.

Dibujo su espalda contorneada. Está llena de arena. La misma con la que juego bajo el sol y el cercano vaivén de las olas.

Te quiero le digo a Irene, pero Irene es toda silencio. Parece dormir bajo sus gafas de sol. Y el momento se me antoja enorme, inmenso para alguien como yo que se ahoga con medidas nimias.

Yo lo controlo. Es mi sueño y yo lo controlo.

Irene me besa.

Yo también te quiero, me dice. Pero su voz es irreal. No es la Irene verdadera. Es mi voz la que habla y me descubro a mi mismo solo.

Escucho un lejano estallido sordo. A ese le siguen otros, y a esos muchos más. Parece haber sonado a unos kilómetros de aquí.

Es el restaurante. Ha volado por los aires, y yo he tenido la suerte de no estar allí.

En el fondo siempre tengo suerte, y lo que me pasa no hace más que confirmar que la suerte me acompaña.

Pero no puedo despertar. Eso es lo peor. Que cuando soy consciente de que sueño no puedo abandonar el sueño.

Y eso también puede ser una suerte.

Día 2

– Siento llegar tarde. Me he quedado dormido – aseguro con cierta ironía.

– No te preocupes. De eso tratamos aquí – contesta con una migaja de sorna la esteril terapeuta.

– ¿Habéis hecho los deberes? Recordad que os dije lo del tótem y la senda de lo racional. ¿Lo habéis hecho?

Algunos de mis compañeros cuentan entre risas sus experiencias. Yo me limito a escucharles.

– La noche pasada utilice el tótem, pero ni idea de la senda esa que comenta. Quizá me dormí en clase. No sé... Todo es muy confuso en mis sueños, y aunque me empeño en repetir una y otra vez el chacra, aún estoy lejos de alcanzar siquiera a entenderlos. Y mucho menos a dominarlos.

– La salud del sueño – se empeña en repetir la terapeuta – . ¡Qué sabrá esta tía! La miro intentando enfurecerme con ella, pero me es imposible. ¿Les pasará lo mismo a los otros? Parece protegida con alguna especie de filtro o censura. La verdad es que, por mucho que me esfuerce, soy incapaz de sentir nada bueno o malo acerca de ella. Incluso no puedo recordar su rostro a pesar de está ahí mismo para verla.

Es un tema a tratar con los otros. De ser los otros capaces de debatir algo con éste ogro antisocial en el que me he convertido.

Aún así conservo esa capacidad innata mía de atraer la lealtad de cualquiera lo suficientemente tonto. Esa chica sin más, la que me mira de soslayo. La he pescado más de una vez con sus miradas furtivas. No me gusta. Por supuesto, no se parece a Irene, ni a nadie que me guste. Pero sé que puedo llegar a utilizarla como recipiente de mi propia frustración. Quizá una copa, un café... Un polvo en el mejor de los casos.

Medito la posibilidad sin prestar atención a la clase. Las puertas que yo mismo me cierro son difíciles de abrir. Es un tema recurrente en mi vida.

– "quizá reflejada en un cristal se parezca..." – me digo a mi mismo, y esa idea me hace un poco feliz.

Día 2 23:12

Doy un trago a la taza y una calada más.

El humo me inspira a elevarme con él. Y si esto fuera un sueño lo haría. Ver las cosas desde arriba podría darme otra perspectiva distinta a ésta tan catastrófica que tengo. Necesito un cambio en mi vida. De eso no hay duda. Siempre lo he dicho. Desde que era solo un niño.

Estudié lo que se suponía debía estudiar y me saque la carrera que me dijeron otros. La misma carrera que ahora paga mis facturas. Pero ese no era yo. Me fui de casa de mis padres y empecé una nueva vida con Irene, la mujer de mi vida. Tenía grandes expectativas hasta que me dejó. Luego conocí a la otra mujer de mi vida, y luego a la otra. Y como mandan los cánones finalmente me casé con la primera mujer de mi vida: Irene, cómo se suponía debía hacer. Y durante unos años creí ser feliz. Pero ese tampoco era yo. Yo siempre he sido el que hay tras los cristales rotos.

Ahora tengo unas hijas cuyos rostros no recuerdo. Dinero que no odio en el banco, y un capricho aparcado en la puerta. Pero nada de eso quiero ni me pertenece. Por lo menos no a esta versión de mi mismo.

Por eso y por muchos otros traumas comencé las sesiones de sueños controlados. Por mi incapacidad de regular mis emociones y sentimientos.

Aunque mi progresión es muy lenta algo voy avanzando con la terapia. Como avanzo lentamente en mi vida, como avanzo empujando lo que queda de mi vida. Lo que queda de mi automóvil.

Empujo mi propio coche mientras los fuegos artificiales iluminan a duras penas la oscura carretera comarcal. En el arcén, tras los árboles, danzan algunas fugaces bailarinas de ballet. Llamen mi atención, pero procuro no mostrarme demasiado sorprendido.

Abro levemente los párpados y descubro los agujeritos que decoran el bordado de la pantalla de mi lamparilla de noche. Tienen de algún modo (y con imaginación) la forma de bailarinas.

Lucho por dormirme sin caer en el sueño descontrolado.

Lucho pero caigo. Caigo durante horas hasta impactar con algo de forma brutal.

Cristales.

Por lo menos ahora no tengo insomnio.

Noche 3

Nunca he montado en uno de estos carruajes, no tengo idea de cómo he llegado aquí. Parece uno de esos vehículos tirados a caballo de las películas de vampiros, y traquetea de un lado a otro del camino como el mismísimo demonio.

Acarició la muñequita con los dedos, la sostengo sobre mi mano y mi atención se distrae con las bordadas mangas de mi camisa, moda de finales de siglo.

¿Qué debía pensar si no encontraba mi tótem en el lugar en el que debería estar?

Esa pregunta la anotaré mañana por la mañana. Es algo en lo que nunca había caído.

– ¿Pero y si no hubiese un mañana? – pregunta una mujer ataviada con un fino vestido de tul y unos senos apretados sobre un corsé de gasa de la época colonial.

Es de algún lugar de mi pasado. Quizá alguna película que vi o un documental. No lo recuerdo bien.

– Ya entiendo. Eres la representación que hace mi cerebro de la Irene de este sueño.

– ¿Y si el mañana que tú esperas siempre fuera una esperanza que nunca llega?

Es lo que siempre he pensado. Nunca salen las cosas como yo espero. Y si salen distan mucho de ser excelentes. Pero para bien o para mal aquí estoy, viviendo el día a día con mis defectos. No sé si seré más feliz en el mundo de los sueños que en la realidad. Sospecho que este nuevo hobby mío de buscar una salida en los sueños es simplemente una forma de huir de algo que no me gusta. Y si mañana no llega y aquí consigo ser un poquito más feliz que en la realidad pues... ¡A quien le importa el mañana! Soy un perro solitario y no tengo ya a nadie que llore mi pérdida.

– ¡Siempre lamentándote! ¡Siempre compadeciéndote de ti mismo! No cambiarás nunca.

La miró desde mi asiento de forma desafiante. Me divierte esa forma que tiene mi cerebro de entretener mi soledad en sueños.

Voy a acariciar su mejilla, comprobar que realmente está en mi sueño. Pero reparo enseguida en la ausencia de mi tótem.

- "¡la muñequita! ¡No está! "

La busco por el suelo del carruaje, en mi propio asiento, pero no encuentro nada.

¿La he perdido o estoy ahora en una realidad en la que no existió nunca?

- Eso es porque no es tu sueño -me asegura la mujer, y ahora tiene un aspecto diferente, vampírico, casi espectral.

De repente escucho un estruendo que hace estremecer todo a mi alrededor. Caigo hacia delante. Todo da vueltas. El carruaje comienza a dar vueltas de campana conmigo dentro sin comprender nada. Me golpeó fuerte la cabeza. Cristales por todas partes.

Al final todo termina deteniéndose de golpe.

Ya ni me planteo si estoy dormido o no. La escena del accidente ha cambiado, como en un corte cinematográfico, y ahora descanso medio enterrado en la arena. El sol castiga fuerte mi cabeza y el sonido de la marea en cierta manera me reconforta.

Me incorporo con dificultad limpiando mis ropas de arena, y descubro que no llevo zapatos. Quizá en ningún momento los llevé. Es algo en lo que no había reparado.

Comienzo a andar por la playa, a paso lento pero constante avanzo varios kilómetros bajo un sol de justicia. Pero, de repente recuerdo que olvide algo. Doy vuelta atrás y retroceso en busca de ella.

Ella, la que no muere en mi memoria ahora descansa inerte en la zona del accidente. Muerta bajo mis pies me impone respeto. Su piel permanece intacta tal y cual la recuerdo; su olor, su textura, el color gris perlado de finales de verano.

Intento levantarla, y compruebo con asombro que no pesa nada.

Ya entre mis brazos levanta una mano con dificultad, y extendiendo su dedo índice señala el lugar donde debería estar mi pecho. No hay nada ahí, solo un agujero traslúcido por el cual se ve la playa que tengo detrás.

Quiero besarla de nuevo por última vez, como las últimas mil noches. Pero, como en ocasiones anteriores se deshace entre mis brazos en millones de granos de arena.

Ha bastado un segundo para perderla. Su cuerpo hecho de arena se mezcla ahora con la playa de nuestra juventud.

Sé que estoy llorando porque se humedecen mis mejillas.

Sé que estoy dormido porque yo nunca lloro.

Día 4

Tu mente de alguna manera luchaba con recuperar el control de tu sueño. Por eso veías el tótem ir y venir de tus manos.

– No– respondo tajante–. Creo que... Estoy seguro... Casi seguro que fue algo ajeno a mi. Ella permanece en mis sueños, como la esposa del protagonista de esa película.

– No te lo discutiré, pero es obvio que fue un sueño, y que tú en cierta medida promovías sus episodios.

– ¿Eso te lo hiciste en el sueño? – interrumpe un muchacho , compañero también de terapia.

– No. Me caí de la cama. Es solo un arañazo –le informo palpando mi herida, como si yo mismo no fuera consciente de que está ahí–, me gusta soñar fuerte.

Mi comentario provoca una sucesión de risas ahogadas.

Una señora de avanzada edad se acerca a mi oído.

– Yo te creo – me dice – . Llevo años compartiendo sueños con mi marido, y aunque entiendo que físicamente ya no está conmigo, sé que comparte lo que queda de él en mis sueños.

Coge mi mano y lo agradezco. Aunque me repele un poco notarla fría y distante, como la mano de una momia.

La mujer me cuenta otras cosas. Me habla de su juventud en las misiones. De sus desventuras en Turquía y Rumanía. De como conoció a su marido, y hasta de cómo lo perdió. En el exilio y perdidos los dos en un paso de montaña de los Pirineos. Una rocambolesca historia difícil de creer, e imaginar.

– Su vida ya ha sido de película. ¿Para que quiere tener sueños lúcidos?

No es necesario que me responda. Sus cansados ojos ya lo hacen clavados en el suelo del aula. Yo mismo he tenido una vida intensa y luché todas las noches por recuperarla en sueños.

Me siento tan imbécil a veces...

– Las gafas "mind-dreamer" ya están en camino. Cuando nos lleguen comenzaremos a hacer sesiones con todos a los que os cuesta especialmente sumergiros en el sueño lúcido.

Uno de los presentes pregunta por esas gafas, y así también soluciona mis dudas.

– Son equipos de inmersión. Muchos terapeutas las usan y hay de muchos tipos. Las gafas perciben cuando el durmiente entra por el arco de la fase REM, y comienza en ese momento a realizar una serie de destellos acordes a un código que previamente preparamos aquí. De esa forma facilitamos la entrada al Reino de Morfeo. Ya las veréis cuando las recibamos. Cada vez hay más gente asidua a ellas. Son todo un éxito en Estados Unidos. .

– "Estados Unidos..." - repito en mi mente. Podría marcharme allí y poner tierra de por medio.

Pero... ¿A quien quiero engañar? La persona de la que pretendo huir está dentro de mí.

Noche 5

Veo a dos hombre acarreado lo que parece un cuerpo a través de la ladera de un monte. Puedo escuchar el romper de las olas cercano. Estoy en unos acantilados, y a mi derecha se elevan unos pequeños montes de

hierba corta y húmeda.

No sé muy bien que hago aquí. Tampoco sé si esto es un sueño lúcido. Sigo sin encontrar el tótem en mis bolsillos.

Ojalá hubiera un manual o un asistente para guiarte en los sueños.

– Oye “Shiry”. ¿Estoy soñando?

Nadie contesta. Era de esperar.

Intento levantarme con dificultad, ya que mis pies están todos llenos de barro. Un engrudo rojo y espeso que sale directamente de la tierra mojada e inunda todo a mi alrededor.

Parece sangre, pero no lo es. Parece tratarse de arcilla que se diluye junto a mi cuerpo. Junto a todo mi ser convertido en un lienzo derretido que se filtra por la tierra.

Finalmente caigo al otro lado. Es la misma playa pero opuesta. El mar está sobre mi cabeza y a través de las olas vuelan pájaros afilados como cuchillos. Bajo el acantilado se abre el cielo gris y por su inmensidad merodean cientos de criaturas marinas de todo tipo.

La tierra celta que piso es lo único que no ha cambiado, pero los hombres y su sospechoso fardo han desaparecido.

Es todo muy raro. Lucho por volver al otro lado.

Me entierro vivo en la tierra mojada y me esfuerzo por retroceder hasta la normalidad de cielos altos y mares bajos.

Y es en mi recorrido subterráneo donde me encuentro a esos dos.

Sus rasgos son extraños, alargados y deformes. Los ojos apenas caben en sus cuencas rasgadas y parecen resbalar en ellas. Su atuendo también es singular, consiste en monos de trabajo, guantes y botas de seguridad. Parecen trabajadores de factoría o jardineros. Me afirmó en esto último al ver su afán por conservar los cuatro esquejes medio secos que riegan, trasplantan y acomodan constantemente en la misma húmeda tierra de la que sale mi cuerpo con dificultad.

– ¿Oyes el sonido del trueno? – me pregunta uno al verme.

– Ese es el sonido del trueno – asevera el otro posando cóncava la palma de la mano sobre su oído derecho – Es el trueno que rompe montañas. El

trueno es la advertencia del cielo.

Me esfuerzo por escuchar lo que dicen, pero solo alcanzo a escuchar el ulular del viento zigzagueante entre la hierba mojada. El trueno que aseguran no alcanzo a percibirlo.

Espera... Algo más...

Unos susurros bajo mis pies, a escasos cien metros. En el lugar donde la tierra cae vertiginosamente hacia el acantilado.

Me asomo con prudencia y observo la violencia de la naturaleza en estado bruto. Las olas rompiendo contra las rocas provocan un estruendo que antes no escuchaba. ¿Será ese el sonido del trueno?

Las palabras suben hasta mis oídos, son sonidos guturales y dudo que sean producidos por una laringe humana.

Pronto localizo a los autores. Son los mismos que arrastraban el fardo hace unos minutos. Ahora lo tienen abierto sobre la cornisa de roca natural sobre la que se encuentran. Mis oscuros presagios se tornan aquí evidencias. Me acerco a ellos y descubro horrorizado el cuerpo de la señora de terapia. Descansa en el interior del saco con la misma blusa que llevaba hace unas horas en el aula. Está desnuda de cintura para abajo y eso no me produce más inquietud que ver de cerca a sus dos captores, dos misteriosos hombres entrados en años cuyo aspecto me resulta extrañamente familiar.

Ahora es cuando alcanzó a escuchar el trueno lejano. Eso me distrae intentando buscar lo que ya no existe en las nubes.

Cuando vuelvo a la escabrosa escena descubro con horror como aquellos tipos lanzan el cuerpo de la anciana acantilado abajo.

Quiero gritar. Debería hacerlo, pero no lo hago.

El lejano sonido del trueno no me impide escuchar el crujido del cráneo al romperse sobre las rocas.

Día 6

Abro la puerta y dejo entrar mi desgracia, que se mezcla con mi esperanza. "Esperancia" podría llamarla (si no se llamara Irene).

Entra descalza y mojada de la lluvia que ha caído esta noche. Su pelo mojado se encalla en las islas de su clavícula. Esta cada vez más delgada. Temo que a este ritmo llegará a desaparecer.

Me empeño en ofertar mis toallas y mi cuarto de baño, pero ella se limita a permanecer sentada en un taburete, en silencio. Viene de los bares portátiles, de las fiestas de pueblo y verbenas, pero por su aspecto no aparenta estar de fiesta. Su rimel se ha corrido, y se desdibuja el lápiz de labios en sus mejillas.

– Todo termina ahora – asegura y es una pesada losa de mármol que cae levantando polvo contra mis ojos.

– Podríamos llevarlo mal – añade – , pero somos adultos. Prefiero llevarlo bien y evitar las peleas.

– Te podría llegar a odiar, pero no más de lo que me odio a mi – le suelto. Lo leí en alguna parte, probablemente en la letra de alguna canción.

– No es necesario que digas eso – responde –. No es útil ni sirve para nada.

Un rasgo de sinceridad puede suponer una hecatombe en una relación forzada de pareja.

Cierro puerta con violencia (cristales rotos) y lamento el espectáculo gratuito que mis pobres hijas contemplan. Vergüenza propia y no ajena la que me ata los pies entre los barrotes de la escalera. A duras penas llego al rellano y salgo a la calle. Ya estoy más cerca de lo que amortigua mi ansiedad.

Miro hacia atrás aunque sé que eso es de cobardes la veo entre las cortinas de mi hogar. Sin querer pienso en una mortaja para otro nuevo amor.

Podría funcionar si no me empeñara en ser un verdadero cabrón. Y los cabrones no vuelan, solo cacarean e intentan volar sin plumas.

– ¡Que verdad es eso de quién siembra vientos...!

Noche 7

Necesito descansar. Dar orden a mis pensamientos. Mi cabeza parece aquella habitación de soltero que tenía en casa de mis padres. Todo por los suelos en un supuesto orden que hasta a mí me costaba comprender.

Juego con la delicada figurita de nuevo en mi mano. Le doy cien vueltas sobre su pequeña pierna extendida y cierro los ojos. Todo está en calma y en la calle apenas se escucha el rumor lejano del tráfico. Nada relevante, solo el traqueteo de mi cabeza pensando y el esporádico ladrido de algún perro doméstico.

...intento dormir...

Y no puedo...

...

Pienso en el inmenso espacio, ese ambiente tan propicio para mí...

... Pero no consigo romper el cable que me retiene a la tierra de la vigilia. Mi particular astronauta da cien mil volteretas, pero no consigue ser libre.

Lo intento de mil y una maneras y no consigo alcanzar el carro de Morfeo.

...

Finalmente desisto. Abro el dispositivo y me sumerjo en la red, pero nada me entretiene. Recuerdo la última sesión de terapia de sueños. Recuerdo a la anciana silenciosa que solo hablaba conmigo. Esa tarde no asistió, y temo por ella. Nunca he sido supersticioso, pero ella era la involuntaria protagonista de mi último sueño.

– "Quizá este muerta de veras" – pienso mientras recorro mentalmente a todos los asistentes: la calentorra depresiva, el friki, el tío raro, el gordito de la silla de ruedas... Y yo. Yo, pero no con la parafernalia burocrática que se le supone a mi interpretado yo, con su nombre y sus apellidos. Yo no soy Adrián. Mi esencia verdadera es el yo. Pero no el pronombre que usamos habitualmente. Esa esencia es el yo arcaico definido desde el comienzo de los tiempos para referirnos a esa energía que brota del centro de mi pecho. El yo más visceral y más interno aún. El que ahonda en nuestra consciencia como un tobogán y lleva a aquel que pasea en mis

sueños.

Son estas las palabras de mi terapeuta que ahora recitó como un loro. Yo, yo y más veces yo. No tengo bastante con mi forzado individualismo que hasta en terapia me insisten en ello. Ese "yo" tan enemigo mío en la vigilia como en mis sueños.

Y en mis sueños suenan pájaros.

Son los mismos que sonaban desde el vídeo de sugestión. Es "Yutube" un rico abanico de salida para los atletas del sueño.

A mí hijas les gustaban los pájaros, pero ya no pienso en ellas.

Ahora comprendo que estoy durmiendo al dejar atrás a mis hijas.

Yo nunca soltaría su mano, siempre me lo planteado como una barrera moral infranqueable. Pero en el fondo lo he hecho muchas veces. Aquí en sueños lo hago constantemente. Las dejo a su suerte en aquellas tazas de feria rodantes y me marcho a comprar tabaco al quiosco de los feriantes.

– Una bolsa de boquillas, un libro de papel y tabaco de liar.

El feriante obeso que me atiende expone mi pedido sobre el mostrador desconchado. De los numerosos pliegues de su enorme anatomía brota un repulsivo aceite que según se mire dota a su piel de un tono amarillo-dorado.

– Tabaco, libro y boquillas. Son cuatro mil maravedíes.

– ¿¡Cómo!?! – exclamó asombrado – no tengo esa cantidad de dinero. Es más, no tengo nada de dinero cuando estoy soñando.

– ¡Pues aquí no puedes estar si no tienes dinero! – me asegura – . ¡Fuera!

– Pero tengo ahí a mis hijas. No me puedo ir.

El tipo mira hacia la atracción y ve a dos muñecas dando tumbos en el interior de una taza rodante. Verlas ahí solas me produce escalofríos.

– Está bien. Podrás quedarte – exclama condescendiente – Pero antes tienes que responder a una pregunta.

Asiento temeroso de alguna trampa por su parte.

– ¿Qué buscas?

Ese giro en la conversación me sorprende. Hacía mucho tiempo que nadie me preguntaba eso, y hasta me hace dudar de mi condición de soñador.

– Que qué busco... Pues... No lo sé. Quizá... quizá al conejo blanco.

El feriante sonrío con su boca desdentada.

– Eso ya sabes que es impasable.

Le miro sonriente intuyendo una nueva trampa.

El tipo espera algún tipo de reacción por mi parte, pero al verme paralizado añade:

– Ahora tú tienes que decir: "será imposible", y yo te digo: "No, impasable. No puedes pasar a verle porque él aún no está aquí."

– Él aún no está aquí – asegura mi terapeuta .

Ahora estoy sentado en mi habitual círculo de auto ayuda. Todos, los seis (la abuela también) , atendemos embelesados a las palabras de nuestra guía que, por alguna razón (quizá mi escabrosa mente), va vestida solo con su ropa interior.

– Ahora cuando cuente hasta tres todos volveremos a la vida. Pero perderemos un recuerdo de este sueño por el camino.

Uno... Dos...

Tres... Cuatro...

Cinco...

Día 8

Todo tiene sus pros y sus contras. He recuperado mis horas de sueño, pero a cambio ahora sufro de tenaces migrañas que me aprisionan la cabeza.

Las migrañas claman un nombre: Irene, Irene, Irene... Todas ellas es una

y taladran con fiereza mi cráneo.

Por lo menos esto termina cuando el Paracetamol inicia su efecto analgésico. Entonces y sólo entonces es cuando el cable de acero que me une a la seguridad y a la rutina del Discovery se rompe. Navego en total comunión con las estrellas por el negro absoluto, y hasta me permito dejar de respirar.

– Respira... – clama de nuevo esa voz y me devuelve a mi mundo.

Bajo a desayunar al café de la esquina. Es un viejo local que cuando llueve (como el día de hoy) huele a moho y madera.

Tras dar dos sorbos al café con leche debato solo para mi si me conviene de veras seguir asistiendo a terapia. Mis sueños son cada vez más extraños, más oscuros y distantes. Y a veces siento que se alejan cada vez más de la Irene que conocí. No solo de ella. De todo lo que conozco. Parecen los sueños de otro que me sueña. Es todo muy raro, y sinceramente es algo que no me apetece explorar. Prefiero seguir soportando este lado de la realidad mientras pago las facturas y la manutención de mis...

("¿Hijas?")

– "¿Qué hijas? ¿Qué estoy diciendo? Si yo nunca he tenido hijos."

Día 8 15:30

No debería ir a terapia. Pienso que sí voy ahora que estoy indeciso, encontraré en ella algo que termine por hacerme asiduo a esas sesiones de jueves tarde, y no quiero. No deseo necesitar algo más de lo poco que ya necesito.

...

Aunque en el fondo si que quiero. En el fondo sé que estoy a un paso, como el explorador que se detiene justo antes de abrir el sarcófago que lleva mil años enterrado en las arenas. Sabe que basta un gesto para que todo siga igual, o cambiar para siempre las convicciones del mundo.

Yo sé que voy a encontrarme con alguien o algo que me cambiará.

Aunque no se si ese cambio será a mejor o a peor.

Esa chica... La llamo despectivamente "calentorra depresiva". "Calentorra" por el simple hecho de haberse fijado en mi, y "depresiva" por haberla encontrado en esta terapia (de la que yo formó parte). Una curiosa forma que tiene mi cerebro de auto calificarme.

Soy detestable. Por eso estoy solo. Y estoy solo porque soy detestable.

Lo peor es que sé a ciencia cierta que podría resetearme de alguna manera. Yo sé que soy capaz. Podría volver a recuperar parte de lo que una vez fui. Pero mi propio ego me obliga a no hacerlo. A seguir compadeciéndome de mi mismo y buscar una salida en lo que no es real; en los sueños.

¿Son los sueños la realidad de lo que vemos tras el cristal?

Podría romper ese cristal y llegar a confundirme; a vivir en un sueño hecho por y para mí . Y no estaría nada mal.

Día 8 19:00

Era obvio que acabaría viniendo. Todos los tachones de mi libreta de contabilidad fluyen hacia una dirección, ésta puerta de oficina de finales de los ochenta. En el cristal cuarteado aún se puede leer enborronado el nombre del primer propietario de la agencia que hubo una vez aquí: ¿"Paulov"?

No me interesa saber más.

Subo por la estrecha escalera de pasamanos oxidados, llamo al timbre, y cuando me abren penetro raudo junto a la mencionada cristalera, a la cual le giro la cabeza.

Todos, los seis, aguardamos a nuestra séptima de caballería. La que siempre nos salva de los salvajes indios que habitan en nuestra cabeza.

Cuando llega nos abre la puerta y cada uno procede a ocupar su lugar.

La "calentorra depresiva" da el primer paso y arremete con una historia de amoríos y derrota más propia de un melodrama que de un sueño en sí. Confieso que al principio me atraía, incluso planee algún tipo de cita con

ella, pero olvidé la idea cuando descubrí lo diferente que es de Irene . Quizá con un poco de intervención por mi parte podría convertirla en un suceso de ella.

La anciana no habla mientras exponemos, solo sonríe. Cuando la terapeuta le pregunta responde con evasivas del tipo: "no me acuerdo...". Pienso que no se fía de alguien de nosotros.

El minusválido y el pajarraco de negro (es lo que parece con esa nariz ganchuda) tampoco intervienen, pero hoy casi lo agradezco.

El friki es peor. No lo aguanto. Es histriónico elevado a la máxima potencia. . Desvaría constantemente, y cuando se trata de contar sus sueños es una locura total (No como yo, que solo desvarío en contadas ocasiones y ante el notario de mi propia mente).

No aguanto más. Hoy no.

Planeo marcharme a casa. Fingiré un dolor de estómago y así no habrá preguntas ni ruegos.

Noche 9

Pero nadie le ruega ni le pregunta nada a alguien que se comporta como yo.

Un momento...

¿Ahí arriba pone "Noche 9"?

¡Estoy aún en terapia! Aún no he regresado a casa.

¡Que coño pasa! Le hablo a una sala de espectadores repleta desde el escenario rectangular de mi parte del mundo.

En esta parte todo está igual que hace unos minutos. La terapeuta aún no ha llegado, y todos esperamos pacientes. Algunos conversan entre sí, como la chica y la anciana. El friki parece estar jugando a algo en su móvil mientras que el gordito paralítico parece haber salido a algún sitio, quizá al aseo, dejándose olvidada allí la silla de ruedas. Pero el que me inquieta

de veras es el tipo raro de negro.

Parece mirarme a través de un espacio inmenso de tiempo, como a través de un milenario desierto. Y yo voy en pos de él.

Al principio fui esquivo con su mirada inquisidora, pero ahora le hago frente. Le persigo y él se aleja cada vez más aprisa por ese desierto. Pero yo no voy a cesar en mi empeño. Le seguiré hasta al mismo infierno para quitármelo de encima. Es él o yo. No hay otra.

– Vamos pistolero – me dice – desenfunda y acaba conmigo.

Me descubro en la consabida pose del vaquero duelista, pero en el interior de mi cartuchera solo hay aire.

– No puedo... – susurro frustrado.

Escucho su risotada desde muy lejos.

Ahora se ha producido otro de aquellos cortes cinematográficos tan recurrentes en mis sueños. Floto a la deriva, de nuevo en el espacio. A mí alrededor no hay nada, solo estrellas. No sé qué hago aquí tan solo. No me merezco esto. Mi traje de astronauta está hecho de líneas paralelas, al igual que la autopista.

Estoy ahora al volante de un coche. Me resulta familiar. Quizá se trate de mi antiguo Honda. Fue mi primer automóvil. Y eso está bien. Me siento bien al volante. Me encuentro realmente muy bien.

Circulo por una amplia vía iluminada por farolas amarillas. Es de noche, y la particularidad que hace el recorrido especial es el intermitente fulgor de los semáforos diseminados a lo largo de la autopista. Parpadean todos al unísono en ámbar.

De nuevo con la atención centrada en el salpicadero del coche descubro una nota disonante. En el estrecho espacio donde debería estar el radio-CD hay una minúscula sala de operaciones. Desde mi posición la veo con claridad.

Pequeños sanitarios deambulan de un lugar a otro alrededor de su paciente.

Con un dedo empuja al diminuto anestesista que cae sobre el paciente y luego resbala bajo la camilla. Lanza el palo del gotero al suelo, y deja caer también un contenedor y una caja de metal llena de utensilios de metal.

Eso me provoca un ataque de risa.

Los otros sanitarios ni se inmutan. Todos parecen conocer bien sus cometidos, y corretean de un lado a otro de manera profesional mientras el paciente descansa en mitad de la estancia.

Toco el pecho del paciente, lo presiono y empujo con fuerza hacia abajo. Eso le hace entrar en parada cardíaca.

Los que le asisten corren ahora a monitorizarlo. Preparan el carro de paradas mientras yo subo el volumen.

– No es un capricho lo que nos lleva a la muerte – exclama el cirujano jefe.

– Pero vivir la vida ya es un capricho. ¿Verdad doctor? – le contesta la enfermera Instrumentista.

Les miro con ternura mientras intentan en vano recuperar a su condenado paciente. No saben que yo voy a ser quien lo mate.

Presiono bien fuerte el centro de su pecho de nuevo. Noto como su vida pende de un dedo.

De repente una presencia muy cerca. Me doy cuenta de que no estoy solo. En el asiento del copiloto descansa alguien.

¿Es Irene? Es mujer, y delgada también, pero no es ella. No la reconozco. Lleva puesto un antifaz al estilo de los superhéroes. También sus encarnadas ropas son de superheroína.

Aferra mi antebrazo y lo aprisiona con fuerza. No sé qué quiere de mí. Intento zafarme de su mano y lo consigo. Soy más fuerte que ella.

La golpeó en la cara.

De su nariz sale una cantidad ingente de sangre. Ahora dudo y me arrepiento al ser consciente de lo que he hecho. No es mi estilo usar así la violencia.

La misteriosa mujer vuelve de nuevo a la carga; lucha ahora por golpearme. Araña mi rostro y mis brazos. Yo intento de nuevo alejarla de mí, pero con cuidado. En el fondo no deseo hacerle más daño. Forcejamos por el dominio de la situación, y en un descuido se hace con el volante del coche. En un abrir y cerrar de ojos lo gira bruscamente hacia la derecha.

No lo esperaba.

Huelo a neumáticos quemados y mis oídos se embotan con el ruido de la colisión contra el quita-miedos del arcén.

Durante unos segundos las he visto fugazmente tras el alboroto de cristales. A las tres. A mis niñas e Irene. El coche volaba hacia ellas. Ha sido un accidente... o no lo ha sido. Supongo que las dos cosas a la vez.

No sé qué ha ocurrido, y la propia incertidumbre me hace incorporarme de una pesadilla demasiado real.

Aunque...

Vuelvo a estar al volante. Como una celestial oportunidad de redención vuelvo a circular a toda velocidad por la amplia avenida de semáforos intermitentes.

Presionó el pecho del minúsculo paciente, pero esta vez dudo de mis propias convicciones. Modero la presión y dejo fluir la sangre.

El cirujano jefe diserta con la enfermera. Parece flirtear con ella. En un descuido planta un sonoro beso en los labios de su compañera.

Lo arraso todo de un manotazo. Camillas, focos, trabajadores y paciente son arrastrados por mi mano. Aunque ella vuelve a aparecer en el asiento contiguo, y de nuevo me detiene.

– Debes parar ya – me dice doblando en la muñeca en un pobre intento de llave de artes marciales.

La aferro del cuello y la empujo hacia su asiento. Forcejamos.

Intento quitármela de encima, pero en mitad del pecho recibo un potente rodillazo de mi enemiga, que llega a dejarme casi sin aliento.

Perdemos el control (Hace mucho tiempo que lo perdí) . Volamos literalmente sobre el asfalto dando vueltas de campana, y cuando la inercia del sueño lo estima conveniente, nos detenemos.

Durante unas décimas de segundo las he visto. Han pasado a pocos metros de mi automóvil. Las tres de la mano, y yo su mano homicida rozando el eclipse total.

La muchacha enmascarada ayuda a lo que queda de mi a salir del coche.

- "Vamos..." - me dice - , "todo tiene arreglo".
- Todo no - reniego- . Algunas cosas no.
- ¡Todo! - se reafirma.

Capítulo 2

El Héroe

Día 1

Me gustan los videojuegos, para qué negarlo. Las películas, las series, los juegos de rol, de tablero... Todo aquello que me abstraer y me hace estar lejos de mi puta deprimente cabeza. Eso es lo que me gusta.

Por eso me gustan los sueños. En ellos puedo ser una persona diferente mientras sigo siendo yo mismo. Realizar proezas solo para mí y ser reconocido por ellas. Aunque sea solo reconocido por los personajes que habitan en mi propia mente.

Me gusta eso...

Anoche jugué a un juego. La temática era sencilla: un mata y mata de todo lo que se me ponía por delante. Lo fascinante era la historia en la que te sumergía. En una fantasmagórica Transilvania de principios del siglo XVI, un cazador de vampiros desafiaba a todo demonio que se cruzase en su camino para llegar cuanto antes a un templo. Dentro de dicha construcción, y ante un viejo altar, seis templarios sostenían sus espadas sobre el cuerpo de una joven, casi una niña. El sacrificio lo presidía un anciano, una especie de hechicero. A una orden suya los caballeros hundieron sus armas sobre la carne de la virgen. La sangre resbala sobre la piedra para caer canalizada a un sepulcro donde esperaba el señor oscuro. Símil de póstumo e impío acto carnal.

Pues bien... Ahora soy yo el caza vampiros; soy yo el que lucha y camina sin descanso en busca de la salvación de la niña. Aunque sé que mis esfuerzos serán en vano, porque haga lo que haga la matarán.

Un momento... ¡Es mi sueño!

Si yo soy consciente que sueño, también soy una especie de maestro de los sueños. Podría cambiar todo lo que se me antoje, destruirlo todo, salvar a la niña, hacer que los templarios se maten entre ellos o bailen reeguetton.

– Si... ¡Eso haré! Pero... ¿Cómo?

Ahora conozco el secreto de los sueños... Ahora sé que hay una puerta. Pero debo encontrar la llave.

Me descojono de risa al pensar en lo iluso que he sido. Otras personas lo hacían a voluntad propia desde hacía siglos. Con sólo desearlo recorrían sus espacios de sueños haciendo o deshaciendo todo lo que les venía en gana. Visitaban sueños de otros y viajaban por los espacios oníricos a voluntad.

Y yo quiero aprender a hacerlo.

Nadie de mi entorno me sigue ahora en esto. Creo que la mayoría lo consideran una tontería que roza los límites de la superstición.

Me refiero sin duda a ser un onironauta. Algo al límite de la realidad y que sólo me va a hacer perder el poco tiempo que me queda libre.

Sakura fue la única que se interesó por seguirme. Ella es una antigua compañera de colegio, vecina y amiga de campañas. Siempre ha ido detrás de mí. Si no, no se explica cómo la tengo siempre pegada a mi espalda, como una carcaj de flechas. Cuando le comenté lo de la terapia le pareció buena idea. Incluso hicimos algunas inmersiones por nuestra cuenta, pero sin control ni siendo realmente conscientes de lo que hacíamos. Solo cuando despertó en sueños por vez primera acabaron de cuajo sus experiencias en esto.

Nunca me ha contado lo que soñó, pero le causó tal crisis de ansiedad que esa misma noche sus padres la ingresaron en urgencias.

Ahora empiezo solo una nueva experiencia, pero esta vez totalmente controlada por una terapeuta. Según he leído es realmente famosa y ha dado clases hasta en la universidad de Nueva York. Su web asegura que "su método es el camino más fácil para despertar al soñador lúcido que hay en nosotros". Aunque para tratarse de una profesional con tanto prestigio su consulta da bastante pena. Un aula de una academia de tercera categoría embutida en el tercer piso de un edificio de finales de los setenta.

Solo cuando ella aparece en escena todo se explica. Su enorme aura lo ilumina todo, y su concentrado poder triplica el poder del "guerrero que superó el poder del superguerrero". Pero es su voz la que produce un verdadero "fatality". Un bizarro especial que separa mi espina dorsal de mi cuerpo maltrecho.

– Vamos a caminar en sueños – nos dice, y su palabra se hace ley.

Noche 2

Hace millones de años que camino por este frio paisaje rocoso recién inventado.

Llevo puesto el uniforme tradicional asgardiano, con su imponente capa roja y su casco. Pero no soy un Dios, pese a quien le pese. Lo siento en las piedras que no se apartan a mi paso y lo siento en el agua que moja mi espalda.

Más bien soy yo, sin quitarle importancia a mi persona.

Sakura me acompaña, pero sé que en realidad no es ella, si no una proyección de ella que hace mi mente.

No entiendo esta obsesión mía por atraer a mis sueños a esta muchacha. Cuando la veo en persona intento por todos los medio apartarla de mi lado; paso de ella como de comer heces de perro, se diria. Pero aquí en sueños no paro de pensar en ella.

Un momento... ¡He dicho en sueños! ¡Estoy soñando! Al fin lo he conseguido. Ya soy un onironauta.

Porqueeee... Soy yo quien controla este sueño.

¿Verdad?

¿O... el sueño me controla a mi?

Intento volar.

Estoy en un sueño. ¿No? Es lo primero que se intenta. Volar como un pájaro o mejor como Superman.

Pero... ¿cómo se hace?

Tras estos monólogos conmigo mismo abro los ojos a otra escena. Me recuerdan los cambios de escenario de las películas, pero ni idea de cómo he llegado a este nuevo lugar.

Estoy en la casa de campo de mis abuelos. Es raro porque sé que esa propiedad fue vendida al morir ellos. Aunque en mi sueño siguen vivos. Les escucho discutir desde la cocina mientras yo intento escalar una pared empujando mi espalda contra la opuesta.

Lo consigo y me mantengo durante unos valiosos segundos. Todo un logro para un niño de diez años con aspiraciones de hombre-araña..

Pero de repente le veo. Está al otro extremo del pasillo , en la salida al porche. Le conozco bien. Es Fabián. Conozco su nombre porque así le llamaban todos aquellos esbirros que le acompañaban entonces. Va vestido como Freddy Krueger y al igual que él chasquea sus dedos como cuchillas mientras me espera, tal y como hacía a la salida del colegio.

- "Vamos niño. Acércate a mi"

Sé que en realidad es otro de mis traumas infantiles que aún perduran. Pero me asusta. Quizá porque no tengo control sobre él.

Pero, para éstos casos ella me advirtió. Poseer un objeto, un tótem, puede darme la confianza que me falta.

Me hago con él. Es fácil conseguirlo en esta casa donde todo me transporta a tiempos seguros y felices.

Huyó por la puerta opuesta, la que da al gallinero de mis abuelos, cerrada solo por una pequeña cortinilla de cadenetas de colores. Pero no consigo llegar a esa salida. El estrecho pasillo ahora está atestado de personas, de músicos, ya que todos ellos portan en brazos sus instrumentos, que no paran de tocar.

Empujo a un lado a un flautista y a dos que portan tambores. Y me deslizo a duras penas entre el asfixiante espacio que deja el bombo y su obeso dueño.

Tras atravesar la cortinilla (en la que me engancho el pelo, tal y como siempre), salgo al exterior, pero todo está oscuro.

La escena vuelve a cambiar y me descubro ahora corriendo de noche por las inmediaciones de un polígono industrial. Reconozco algunas naves. En

una de ellas trabajó mi padre.

Aquí aun perduran algunos músicos por las inmediaciones. Éstos caminan erráticos, como zombies, mientras tocan de vez en cuando alguna nota fortuita en sus respectivos instrumentos.

– Allí. ¡Una farmacia!

Acabo de reparar en mi amiga Sakura, que ahora de nuevo me acompaña. Señala efectivamente una farmacia que se deja ver a lo lejos con su característico letrero electrónico con forma de Cruz verde.

Miro su rostro y su abultada tripa. Está embarazada, y eso me inquieta.

– ¿Estamos a tiempo de comprar anticonceptivos? – le pregunto.

– Claro que sí, cariño. Claro que sí.

Día 3

Llego tarde otra vez.

He perdido el autobús y el próximo no pasa hasta dentro de quince minutos. Tiempo más que suficiente para terminar de leer el último cómic de Sandman.

Por ahí viene Sakura. Hoy toca traje de chaqueta y pantalón rojo a juego. Es única, de eso no hay duda. Y la quiero, pero no en el sentido en el que ella querría que la quisiera. La conozco desde que éramos críos. Siempre hemos compartido todo juntos y ahora vamos al mismo instituto, pero no somos novios. Más bien la considero una especie de hermana/amiga.

– ¿Y esa barra entre "hermana" y "amiga" ? – pregunta ella.

– ¿Estás leyendo lo que pienso?

– ¡Y quien no! – contesta – Piensas muy fuerte.

– Anoche soñé que te dejaba embarazada.

– ¿Ah, si?

– Bueno... No sé exactamente como te deje embarazada. Solo sé que lo estabas. Y buscábamos una farmacia para comprar... Anticonceptivos.

Ella comienza a reír a carcajadas.

Y sin mediar palabra vomita algo asqueroso en mitad de la acera.

Es una especie de alien recién nacido.

– Ahí tienes a tu hijo – me dice.

Y mi escena cambia de nuevo.

– Te has quedado frito – me dice sin apartar la mirada de un sucedáneo de "Candy Crush".

– Ufff... Estaba soñando. Con todo esto de caminar por sueños ahora voy zombie todas las mañanas.

– Ya.

– ¿Sabes lo que soñé anoche?

– No.

Ante sus escuetas contestaciones no sé a qué atenerme.

– No deberías haber dejado la terapia –le digo–. Está guapísima, y te enseñan técnicas pa...

– No me interesa.

– Ya. Aún no sé qué te pasó, pero es alucinante. Somos varios y hacemos...

– Te he dicho que no me interesa. Ya lo hice. Ya fui y te quedaste a gusto. Ahora déjame en paz con los putos sueños.

– Joder, vale.

Tras unos minutos en silencio escucho que su partida termina, y es

entonces cuando se interesa en hablarme.

– ¿Vas a ir a Ítaca?

– No. Tengo una inmersión. ¿Hoy hay campaña?

– Torneo.

– Ok. Ve tú si quieres.

– No hace falta que me lo digas. Voy a ir igual.

– Ok.

– Ok.

– ¡Ah... Y no me sueñes! Te lo prohíbo.

Día 3. 20:00

Muy instructiva la clase de hoy. Aunque un poco aburrida.

Se han tratado temas como el autocontrol, el despertar a la realidad, el tema de los tótem, y lo más importante: el análisis de nuestros miedos.

Incluso nos han puesto tareas para casa. Debemos hacer una inmersión controlada, y en ella deshacernos de nuestros escudos. Enfrentarnos a pecho descubierto con nuestros verdaderos miedos.

Los escudos son, según nuestra terapeuta, las cosas que nos protegen del peligro o el caos en nuestros sueños. Sirve como escudo el típico familiar o amigo al que recurre nuestro subconsciente cuando no quiere ir en solitario a enfrentarse a algo. También sirve un objeto, una situación controlada o también un lugar conocido.

En mi caso uno de mis escudos (y al que más recurro en sueños) es la antigua casa de mis abuelos. También recurro bastante a Thor, el dios nórdico del trueno. Y también a Sakura. Aunque últimamente estoy pensando que su presencia en mis sueños delata más una preocupación que un escudo.

Aunque pensar en escudos me lleva irremediablemente a estampar uno en mi mente.

Noche 4

Lo sabía.

Sabía que no debía pensar en esa palabra.

Tras horas de intentar conciliar el sueño despierto en él y soy consciente de que sueño. Pero empuñando el escudo de las barras y la estrella . El escudo del capitán.

Ante mí camina con paso firme mi profesor de educación física que, por alguna razón, tiene el mismo aspecto físico que el actor Eduard Norton.

No me dirige la palabra. Ascende sin descanso a través de un empinado sendero empedrado.

De vez en cuando se gira para constatar que le sigo, y al verme aquí, pegado a su espalda, vuelve a concentrarse en la ascensión.

Miro a los lados y compruebo la enorme caída que existe a ambos lados del camino.

Empujo con un pie las piedras del borde del sendero y se transforman en coloridas bolitas de chocolate que caen hasta el brumoso infinito.

Abajo las montañas parecen encoger, como pirámides invertidas. Desaparecen entre la bruma de una caída interminable.

Solo queda ascender, porque parece que es lo que debo hacer.

Eduard no se pronuncia, pierde el equilibrio en más de una ocasión, pero siempre consigue aferrarse a algo y continuar.

– "¡Vaya! También cometes errores..." – pienso.

Intento hablarle, sacar algún tema de conversación, pero Eduard no contesta. Continúa sumido en el más absoluto silencio.

– Me encantan tus películas – le digo – . En el club de la lucha estuviste genial.

Ed se gira y sonríe vagamente; mira mi escudo y levanta el pulgar a modo de aprobación, pero eso no le detiene mucho tiempo.

De pronto le veo muy lejos, a varios metros de su ascenso y sacándome cada vez más ventaja.

Me cuesta sudor y lágrimas llegar y ponerme a su altura. Calculo la posibilidad de deshacerme del escudo, las mochilas y todo el peso que me retiene, pero optó por no hacerlo. Es mi carga, y debo llevarla.

– La del gigante verde no me gustó mucho – le digo mientras intento recuperar el aliento – . Creo que el guion no estaba a la altura de tus dotes como actor.

– ... no contesta, pero eso no me importa. Estoy acostumbrado a disparar palabras a discreción sin que me importen (en un primer momento) los resultados.

– ¡Oh sí! La de "American X". ¡Brutal! ¡Salías brutal! Llenabas la pantalla. En serio.

– ...

Ante aquella losa de silencio mi mente no para de divagar.

– No pienses que soy gay. Solo soy un fan de tu trabajo.

– ...

– Me gustan las mujeres. Yooo... Eeh... Yo tengo novia...

– ...

– Scarlett, por ejemplo. Scarlett me encanta. Ese aspecto de pueblerina cachonda... O sino la Hathaway. Está tremenda. ¡Buah! Te lo confieso, me

he dado muchos homenajes con ellas.

- ...

Eduard se detiene por unos instantes, pero no me mira. Continúa sin decir ni "mu".

- Perdón. Ya sé que no viene a cuento eso.

- ...

Tras un paseo interminable Eduard se detiene. Me mira sonriente guiñando mucho sus ojillos y se sienta en el tocón de un árbol seco. Me sorprende con una pregunta:

- ¿Te apetece un buen pastel de chocolate caliente?

Accedo a su propuesta y automáticamente me veo trasladado a un laboratorio de investigaciones. En él se está desarrollando un nuevo sistema de defensa de misiles llamado Skynet.

Aunque mi anfitrión solo utiliza los armarios del complejo de defensa como despensa para sus ingredientes de repostería.

- ¿Qué podemos echarle a tu pastel? - me dice de forma inquisidora - . ¡Ah, ya sé! Una medida corta de frustración... Bueno... Mejor dos medidas. Rencor y envidia que no falten. Dos pizcas de ellas bastarán.

Le observo ahora confuso. Su anterior silencio se ha tornado una exaltación que me abruma.

Le veo batir con energía los ingredientes mientras baila.

Su batidora es un modelo T-800.

- Podemos añadir - continúa diciendo - , tres medidas colmadas de miedo, claro está. Y por supuesto huevos. Dos huevazos que hay que tener para tratar a las personas como la tratas - tras la reprimenda comienza a hacer unos extraños movimientos con los brazos que no alcanzo a comprender. Una especie de conjuro mágico parecido más a un baile que a una hechicería.

Ante tan grandiosa actuación solo puedo quitarme el sombrero, y más al escuchar los aplausos del público que observa mi sueño desde el patio de

butacas.

Eduard Norton ha estado magnífico, como siempre, y así se lo hago saber.

– Has estado magnífico.

– Como siempre – me contesta señalando con un dedo hacia mi espalda.

Hay alguien ahí. Es Sakura.

Voy corriendo hacia ella. Ansiaba verla y mi deseo se ha cumplido.

– Y todo gracias a ti, Eduard Norton - le digo a mi anfitrión, pero él ya no está conmigo.

– ¿Has visto? – le digo a mi amiga – . Era...

– Si – me contesta tajante – . Eduard Norton. A mí me han traído en furgoneta Samuel L. Jackson y Jhon Travolta.

La miró y me hechiza. En sueños tiene un fulgor especial que me hace preguntarme si no será el mismo que tiene en realidad, y yo... no sé (o no quiero) ver.

– Estas... Muy... Muy... – quiero decirlo, pero no puedo. Existe en mis sueños el mismo tipo de freno que me bloquea en la vigilia.

– Tengo aquí el pastel de chocolate – me dice señalando con un dedo su entrepierna. En el interior de su braguita parece haber un engrudo negro que se entremezcla con su vello púbico dándole a su sexo un aspecto tan repulsivo como atrayente.

Lo último que recuerdo de ese sueño es la leyenda impresa en la sucia prenda:

¡Cómeme!

Día 5

Intento comprender las razones de los demás, y las mías propias, pero tan difícil me cuesta entender unas como otras.

Mis amigos me han fallado. Me rehuyen y no contestan a mis mensajes. Tampoco se conectan a los juegos en línea ni se sientan conmigo en Itaca.

Ahora debo analizar qué les ha hecho cambiar así su comportamiento conmigo.

Mis mensajes nuevos dibujan un cero, y solo barro spam en el patio de mi correo.

Pero la que más me duele es Sara (Sakura para los amigos).

¿Tan egoísta me ha visto que ya no quiere contar conmigo para nada?

Eduard Norton tenía razón. Todo ese pastel oscuro me lo he creado yo mismo con mi egoísmo. Y ahora solo yo me lo tengo que comer de la entrepierna del recuerdo de la que fue mi mejor amiga.

Lanzo rabioso a la estantería el número seis de "capitán america and the Falcon disassemble". En la portada dos amantes se besan apasionados.

Dos niñas me miran extrañadas, pero pronto vuelven a hojear gratis las páginas de su romántico manga.

No hay nadie aquí que conozca. Y nadie quiere conocerme ya. ¿Mis faltas han sido tan graves? No lo entiendo. Pero en el fondo da igual lo que hagan los pavos de mi pandilla.

Lo que me revienta es ese pasotismo por su parte. ¿Es que ella nunca se equivoca?

– "¿Y por qué me importan tanto ella?" – me pregunto – . "¿No se supone que es solo una amiga!?"

Es cierto. Yo me muero por conocer a una pava que tenga mis mismos intereses y que este buena.

Sara cumple mis dos requisitos.

Peeeeero... Hay algo en ella que no termina de gustarme. Solo es una milésima molécula de algo que me repele. Y no sé qué es.

Mi mente divaga a mil por hora mientras camino meditabundo por el polígono industrial. Falta atravesar dos calles para llegar a mi terapia. Y mientras avanzo pienso en una desastrosa idea preconcebida:

¿ Y si crearla a mi gusto me contentara?

Noche 6

Simuló que cabalgó por el lejano oeste proyectado en la pared por una luz que sale de alguna parte ante mis ojos.

Yo mismo hago el sonido de los cascos de mi caballo en un patético (a mi me lo parece) simulacro descafeinado de cowboy.

Una voz me insta a mirar hacia abajo descubriendo la sombra de una mano imitando una sombra chinesca de un perro.

La voz me habla a mi:

– Por favor... Deme algo de paz a esta mano que no tiene dueño. Por favor... Tengo seis manitas de bebé esperándome en casa. Tengo dones pero no favores.

Desde un principio tenía decidido ignorar a la mano perro, aunque la voz de mi madre llamándome para cenar acelera ese proceso.

Vuelvo a materializarme sentado ahora en una de las sillas del salón comedor. Frente a mi descansa mi severo padre, y a su lado mi hermana,

lamiendo como siempre aquellos caracoles que pasa por sus labios y lengua en actitud lasciva.

Mi madre permanece como siempre, preocupándose de colmar los platos de su gente con un cucharón, que mete insistente en el interior de un sopera con un líquido espeso y sanguinolento en su interior.

– Lucas, acerca el plato. ¡Comemierda!

Aquella actitud de mi madre hacia mí me sorprende. Siempre pensé que yo era su ojito derecho.

– Deja al niño en paz. Es un niño bueno, será un hombre honrado.

El cambio de rol de mi padre no me sorprende más que su nuevo atuendo de payaso diabólico.

– ... Será un hombre honrado... -Mi hermana se burla de mi , y ante eso mi madre le golpea fuertemente el ojo con el cucharón.

– No te rías de tu hermano, Hija de puta.

– No insultes a la niña – le recrimina mi padre – . Es una futura mama... Y también será drogadicta y atea – añade.

– Si pudiera volver a tu matriz volvería a ser una célula y desaparecer – le grita ahora mi hermana – . Estoy harta de esta puta familia. ¡Me dais asco!

– ¡Haz callar a esta perra!

– ¡Hazla callar tu!

Intento poner calma de alguna manera, pero mis palabras ya no pueden escucharse. El volumen de la discusión va aumentando en progresión haciéndose cada vez más insoportable. Ya ni presto atención al objeto de la riña, y me contento con observar la ventana de nuestro comedor, situada en un lugar donde nunca hubo ventanas. En ella puedo ver una verde colina empinada y al fondo el mar Cantábrico. Nadie me ha dicho que sea el Cantábrico, pero lo sé.

Observo ahora a lo lejos unas figuras encorvadas que arrastran entre ellas un fardo envuelto en una sábana blanca. Parece un cuerpo.

De repente recibo una bofetada de mi padre y la ventana desaparece.

– ¡Somos una familia! ¡SOMOS UNA FAMILIA! – me grita haciendo saltar

mis lágrimas. Tal y como hacía cuando yo era pequeño.

Mi hermana también llora. Tiene una profunda herida en el cuero cabelludo y hasta puedo ver partes de su cráneo. El cucharón de la sopa manchado de sangre y cabellos delata a mi madre.

– Estamos juntos en este barco, hermana – le digo a la imagen agonizante que hace mi mente de ella. Le aferro la mano tal y como hacíamos cuando éramos pequeños, intentando quizás tejer algo de afinidad entre ella y yo. Pero no funciona.

– ¡Déjame! – me susurra entre balbuceos mientras se aparta de mí – . Estoy prometida no puedes tocarme.

No recuerdo muy bien lo que ocurre ahora. Mi hermana se abraza con alguien, o le besa, no lo sé muy bien porque su recuerdo es difuso. Pero a él le veo claramente. Es una sombra tras el humo denso de su cigarrillo. Le he visto a menudo como una sombra siempre presente en mis sueños, como una premonición de algo latente.

– "Quizá sea la muerte" – pienso. Pero pronto dejo de verlos. Es más, no acierto a ver nada dentro de esta humareda.

Me asfixio.

Intento llamar a alguien, pedir ayuda, pero nadie acude a mi llamada de socorro.

Tanteando la mesa alcanzo a percibir el cucharón, y tras él a mí madre, pero de repente las células de su epitelio se transforman. Toda su piel cambia tal y como escamas de un azulado pez, y así con ese aspecto tan... místico, vuelve a transformarse en Sara.

– Saku... Sácame de aquí -le digo.

Y ella lo hace. Tiene ese don.

Día 7

Deambulo solitario por las calles desiertas del extrarradio mientras observo como cierran los comercios de la zona. Ya son las ocho y

comienza a anochecer en esta interminable tarde del mes de octubre.

Frente a mi el antiguo edificio de oficinas espera a la hora indicada para congregarse ante él a todos nosotros, los fieles de la terapia de sueños.

Por lo que alcanzó a ver solo hemos venido tres. La rubia, el minusválido...

Y yo, por supuesto.

Mando un mensaje a Sakura:

- "Vas a venir?"

No hay respuesta.

La mujer de pelo rubio claro espera aparentemente paciente frente al portal, aunque su pie derecho denota el nerviosismo que su cuerpo esconde.

- "Está buena" - me digo dejándome llevar por mis hormonas post-adolescentes.

Al otro lado de la calle espera el chico minusválido junto a alguien que empuja su silla de ruedas, aunque desde aquí no alcanzo a ver si se trata de un hombre o una mujer.

La anciana y el hombre de negro llegan ahora. La primera a venido en taxi, el segundo andando. Esperan pacientes junto a la parada de taxis vacía.

El tío de negro tiene rasgos afilados y nariz de pájaro.

El aburrimiento me hace contarnos. Cinco. Creo que falta uno, aunque no logro recordar quién es.

Mando otro mensaje:

- "Ayer saliste en mi sueño. Me salvaste. Jajaja. Vente. Queda poco para que empiece la clase."

No hay respuesta.

Unos siete minutos después aparece la terapeuta montada en unos interminables tacones de aguja bajo unos jeans color negro. No puedo ver bien su cara, es lo único que se me escapa. Debo haber perdido facultades, porque ya es raro que se me escape algo de un cañón de mujer como ese.

Entramos todos en silencio intercambiando fugazmente algún saludo esporádico. La mujer medio rubia es la única que parece algo más normal que la media. Me pregunta por mis padres y yo les contesto que están bien, aunque ignoro el porqué de conocerlos y de conocerme a mi.

Una vez todos sentados consulto el móvil, pero la ausencia de noticias me informa de la ausencia de Sara junto a mi.

Le mando otro mensaje instantáneo. Le llega. Lo lee. Pero no responde hasta unos interminables segundos.

- "No voy. No me necesitas, y yo tampoco a ti ni a tus paranoias."

Le respondo molesto.

- "Pero... ¿por qué? No creo que sea justa la manera como me tratas."

- "Y la manera en la que me has tratado a mi? Analízalo."

Apago el móvil con su último icono reflejado en mis pupilas: la mierda.

- ... Usando los totem... Algún problema... - esas son las cuatro palabras que intuyo de boca de mi terapeuta mientras pierdo el tiempo intentando recuperar a Sara.

- No... No... Ninguno - aseguran todos.

Yo no estoy de acuerdo con ellos. Yo sí he tenido un problema con mi tótem. El problema de que es completamente inútil.

- Tú - me recrimina la terapeuta - , dinos... ¿has podido usar el tuyo?

- Yo... Eeeh... - empiezo, pero el bloqueo me impide seguir cuando todos me miran.

- Si, te escuchamos. ¿Has tenido algún problema con tu bola de dragón?

Todos ríen. Como si elegir ese tótem fuera ridículo o algo parecido. Aunque ese era mi primer objeto. Ahora utilizo otra cosa. Es complicado...

– Creo que mi tótem no funciona. Es... Bueno, es... Ya no es la bola. Ahora utilizo a una persona. No sé si me explico. Una chica de mi clase... Es una persona. Mi tótem es una persona.

Les escucho murmurar, pero no es nada raro. A mi me ayuda más la presencia de Sara en mis sueños que un simple objeto.

– Has elegido a una persona. No es nada malo. Cuando haces la inmersión y caes en la consciencia traes a esa persona. Aunque debes tener cuidado. Puede llegar a ser confuso en ocasiones tener como fetiche a un ser humano de nuestro entorno. Puede que alguna vez traigas una versión suya deformada, que te desorientará y te hará perderte en el sueño.

La terapeuta posa brevemente su mano sobre el dorso de la mía y me sonrío.

– Protégete de eso. ¿Vale?

Irremediablemente viene a mi la imagen del escudo americano.

– Protégenos a todos... - me repiten mis compañeros en mi imaginación – , protégenos a todos...

Noche 8

Es un sótano, pero a su vez una azotea.

La claraboya sobre mi refleja una vista espectacular de un Tokio creado por, y para mi mente.

Aunque en este sueño estoy lo bastante ocupado como para no pararme a contemplar el paisaje.

Ensambló y vuelvo a desensamblar piezas biónicas de un cuerpo incompleto.

Me aseguro de encajar las uñas de los pies en su lugar correcto, lo mismo con las de las manos, y los dientes en cada hueco correspondiente de la encía.

Mientras tanto la máquina de vapor continúa con su habitual traqueteo, surtiendo de piezas y más piezas el ya abultado montón que existe junto a

mis zapatos.

También hay aquí conmigo una niña sentada en un columpio. No alcanzo a ver bien su cara, pero tiene el pelo moreno, largo y rizado. No se mece en su silla, solo mira como trabajo.

Yo por mi parte no me inmiscuyo en sus cosas y sigo trabajando. Encajo el coxis biónico en la parte cilíndrica del abdomen. Luego el fémur lo ajusto en la cadera, hago lo mismo con el otro, y estos a sus correspondientes rotulas, tibias y peronés.

La niña comienza ahora a impacientarse, y por ende a impacientarme a mi.

– ¿No terminas? ¡Vamos!

Hago caso omiso a sus pretensiones mientras sigo montando mi particular Sara biónica.

La matriz en la pelvis, el hígado ligeramente orientado a la derecha del abdomen bajo el diafragma...

– ¿Estás ya? ¡Tardas mucho!

Uno de los ojos se resbala de entre mis manos. Cae rodando bajo uno de los muebles y pierdo su pista.

– ¡Joder! ¡Mierda!

– Eso te pasa por tardón. ¡Tardón!

Intento no hacerle caso, pero la niña me está poniendo realmente nervioso.

Encajo el cráneo directamente en la primera vértebra cervical. Luego lo recubro en su mayoría con el epitelio, aunque debido a la presión que ejerzo se rompe por algunas partes.

La niña se ríe al verlo y eso me molesta mucho.

Es ahí donde reparo en que de algún lugar suena una estridente música punk electrónica.

Hay unas líneas de colores que acompañan a la música, y suben y bajan en zigzag derribando todo lo que encuentran a su paso. Los cajones de herramientas, los repuestos, e incluso el cuerpo montado en el que estoy trabajando. Todo cae hecho pedazos en un incontrolado caos mientras la niña se parte de risa.

– ¡Basta ya! – le grito empujándola del columpio.

Todo ocurre en un instante. La niña cae al suelo en una caída interminable. Creo que desaparece, aunque no estoy seguro. Después se hace el silencio.

Abrumado por la culpa busco algo que me diga adonde ha ido a parar, pero solo encuentro suciedad y la capa de humo que entorpece la búsqueda.

– Yo no quiero ser así – le digo a alguien indeterminado – . No quiero tener la culpa.

– Tu eres un asesino – me susurra la voz de la criatura gollum – sucio, ladrón, asesino. Tú tienes tooooda la culpa.

Un diminuto surfista plateado pasa ahora ante mis ojos y asiente apesadumbrado.

– Ni tus amigos te quieren en ninguno de sus planos astrales – me grita la criatura – . Tú lo sabes porque eres...

– Un Asesino – añado mientras me descubro estrangulando fuertemente a la niña de antes.

No puedo parar. Yo no soy así. No soy un asesino.

...no lo soy...

Pero la niña muere en mis brazos mientras yo juro y perjuro negar lo que soy.

Noche 9

Es mi sueño y yo lo controlo.

Repito sin descanso el consabido chakra intentando suavizar de algún modo la entrada a mi particular mundo onírico.

Estoy tranquilo, y eso mi cuerpo lo sabe. Mis traumas, neuras y obsesiones se han reducido considerablemente al emplear en mi vigilia las mismas técnicas que empleo en sueños.

Y me funciona muy bien.

Ya no me importa ser ignorado por nadie. Ya no me importa el rencor y desprecio de Sakura ni el decadente ambiente de mi familia. Ya no me importa nada, y esa precisamente es la llave que abre todas las puertas.

Aquí la llevo, colgada alrededor de mi cuello. Por si llegara a necesitarla.

En mi descenso hacia los reinos de Morfeo no estoy solo. Mi subconsciente me ha permitido llevar algún que otro aliado, aunque no sé porqué supone que voy a encontrar alguna especie de confrontación o guerra.

El principal de ellos es Sara (sin ella no podría ser quien soy) , pero la versión de su personaje de Dungeons and Dragons. El mismo con el que jugaba las campañas: Una preciosa semielfa de la primera edad. Alta, delgada y de larga cabellera oscura.

También me acompaña Ripley, un T800 con la cara de Chuache, Ken Masters y Picachu. Un batiburrillo de personajes que solo usa mi mente como escudo ante lo desconocido.

Y hablando de escudos, aquí porto el mío, una versión mejorada y personalizada del propio del capitán.

...

Montamos todos en el montacargas oxidado del complejo de alguna estación espacial abandonada.

No recuerdo bien el descenso, solo la cara impasible de Chuache.

Al llegar a los túneles me permito hacer la primera comprobación.

Entro solo, como el cabecilla que siempre he querido ser.

No tardan en rodearnos. Están ocultos entre los pliegues del sueño, pero les escucho. Se abalanzan sobre nosotros. Son metamorfos, cada uno de una forma, pero todos negros y brillantes como el alquitrán.

– ¡Compañeros reuníos! – Les grito mientras brota de mi espalda una verdadera lluvia de fuego.

El fragor de la batalla se hace cada vez más confuso. Golpeo, escapo, salto y lanzo el escudo a discreción sin saber muy bien a quién estoy atacando.

– Este es mi sueño y yo lo controlo. Yo domino todo lo que me rodea.

Como contradiciendo mi interés por dominarlo todo, mi mente recrea ante mis ojos un formidable enemigo imposible de batir.

Todo desaparece a mi alrededor. Mis compañeros ya son historia, y la estación espacial ahora se ha transformado en algo muy triste y familiar: el entierro de mis abuelos.

Ahora estoy en el cementerio de Osuna. Rodeado de familiares, ya no hay lugar para androides venidos del futuro ni guerreros. Una mirada atrás me basta para verles deshacerse como el humo.

Siento la angustia de la situación. Me veo a mi mismo con seis años menos rodeado del abrazo de mi madre. Llorando ambos, ella por lo evidente, yo por lo desconocido ante la muerte.

– Es mi sueño y yo lo controlo.

Me lanzo al vacío de la tumba y, en contra de toda lógica, caigo en un oscuro océano.

Todo está en calma en estas cálidas aguas.

Veo peces abisales campando a sus anchas a algunos metros bajo mis pies. Sé que son inofensivos, aunque me sobresalto al descubrir uno de ellos justo a mi derecha. Es extraño, pero precioso a su vez. Sus dientes son afilados, y no tiene ojos. El sentido de la vista puede haber sido suplido por una especie de sonar que emite a través del apéndice que

cuelga de la parte superior de su cabeza.

Me habla, pero no pronuncia físicamente palabras con su garganta ni labios, lo hace directamente a mi mente.

– ¿Vale la pena?

Intento responder algo, una banalidad, pero una bocanada de agua salada inunda mi boca y fosas nasales. Me ahoga.

Ahora veo el reflejo amarillo de sus antenas . Son dos focos de potente luz en una carretera cortada.

– No podemos continuar con el coche. No arranca.

Es la Sakura de mi sueño la que habla. Sigue estilizada y con su larga cabellera negra, pero ya no es una semielfa. Sale del coche dando al salir un tremendo portazo de frustración.

Sobre nosotros los árboles cortan la noche y puedo oír claramente el viento en sus copas.

– Sigamos a pie – le propongo. Pero en el fondo sé que no lo conseguiremos. Solo un milagro nos salvaría de la barbarie que nos espera a solo un paso de alcanzarnos.

– Te quiero – me grita de manera muy teatral cuando algo la arroja al suelo y tira de ella arrastrándola por los pies.

– ¡Sakura! – le grito, y ahora tengo una enorme pistola en las manos, igual a la que sostienen los detectives privados en las pelis malas.

Disparo al oscuro enemigo que se está llevando a Sakura pero no parece hacerle el menor efecto. Me lanzo a aferrar sus muñecas y lo consigo, pero sea lo que sea lo que arrastra a mi amiga dispone de tal fuerza física que logra arrastrarme a mi también.

Intento entre lágrimas invocar a alguien. En esos momentos se me ocurren cientos de personajes ficticios: superhéroes, guerreros del espacio, piratas, caballeros, héroes mitológicos y aventureros de látigo y sombrero. Pero todos pasan fugazmente por mi mente sin llegar siquiera a aparecer para ayudarnos.

– "Debo hacerlo yo mismo. No puedo esperar a que me ayuden"

Cierro los ojos y me dejo arrastrar a esa oscuridad que me aterra. Aceptar

nuestros miedos es el primer paso para aceptarnos tal como somos.

Y la veo a ella en la oscuridad.

Es la versión negativa de mi amiga, pero también es un pájaro, y también una serpiente. Organismos que mutan y se transforman entre litros de pintura negra.

– “Esos monstruos... eran como ella.” – pienso rememorando algún sueño pasado y casi olvidado.

Ella no pronuncia palabra pero me aterra.

La sombra se acerca, me mira inquisidora y señala hacia abajo antes de marcharse. No sé que quiere decir.

Esta vez sólo es una advertencia. Sé que volveré a encontrarme a esta criatura producto de mis propios miedos. Lo sé muy bien.

Y sé muy bien su nombre...

... Soledad.

Día 9

Es el gran día del test. Todos hemos venido y nos miramos nerviosos.

La anciana me sonríe mientras posa su mano arrugada sobre la mano de la rubia. El chico de la silla de ruedas permanece ausente, y los otros dos tíos se miran fijamente. Parece haber alguna especie de confrontación latente entre ellos, cosa que a mi no me importa.

La terapeuta ha ocupado su tiempo en disponer los butacones en forma de estrella de seis puntas. En el centro, permanente, siempre ella.

Nos invoca y nosotros, como serviles corderos, acudimos a su llamada.

Comienzan las instrucciones bajo una inspiradora melodía de violines y

flautas.

Cierro los ojos y la escucho:

Érase una vez que se era un reino muy, muy lejano. Perdido entre las dunas del sueño...

Lo puedo visualizar entre las hojas de un sauce llorón, en la lejanía. Mientras mis pies se sumergen en las aguas de un arrollo cristalino. Alegres ninfas desnudas bailan su baile de siglos sobre los nenúfares, mientras ranas antropomorfas croan rítmicamente.

Realizo una comprobación de sueño y me topo de bruces con lo inesperado. No cuelga de mi pulsera la bola de dragón, ni me acompaña Sara. No la veo por ninguna parte.

– Sakuraaaa- me escuchó llamarla contradiciendo toda mi certeza en que ésto es un sueño soñado.

– No es tu sueño. Tú no lo controlas – gritan los trasgos, orcos, goblins y elfos al unísono mientras van invadiendo lo que yo pensaba un sueño apacible.

– "¡El escudo!" – me digo, dándome ánimos. Intento sacar mi último recurso, pero tampoco lo encuentro. Algo o alguien me impide sacar mis defensas.

De repente estoy corriendo, fatigado, casi sin aire en los pulmones. Siento que me persiguen esas criaturas y otras aún peores.

Intento escalar un risco pero las piedras a las que logro asirme se resbalan de mis manos sudorosas. La montaña tiene la enorme forma de una mujer. Una colosal estructura en forma de fémina abrazando sus propios hombros. .

– "¿La he hecho yo?" – me pregunto ante la semejanza de estilos. Hay algo en los rasgos de la escultura que me resulta familiar.

Encuentro un asidero y logro encaramarme a las inmensas rodillas. Corro por ellas y subo hasta los muslos, de ahí no me cuesta mucho escalar la

curvatura de las costillas y llegar a los brazos extendidos.

Continúo corriendo por el antebrazo y resbaló varias veces al intentar buscar algún punto de apoyo en los enormes hombros de la mujer montaña.

Con dificultad consigo acceder a los labios, y aunque resbalo y caigo varias veces, vuelvo a levantarme.

Durante mi estrepitosa huida intento invocar a Sakura varias veces, pero nunca aparece.

Y de repente caigo. Cuando ya apenas quedaban un par de metros para alcanzar la cima... caigo. Bajo mis pies se hace la nada y me despeño por eones de tiempo hasta la matriz misma de la diosa.

Allí se estrella lo que queda de mi cuerpo. En la oscuridad más absoluta.

En este lugar la nada reina como máximo exponente, y por primera vez desde que era un niño... Por primera vez desde que construí ese muro a base de mentiras y prejuicios...

...rompo a llorar.

Estoy solo. Solo en los sueños y solo en la realidad. Terriblemente solo.

Y eso me aterroriza.

...

Aunque nunca estamos solos del todo...

– No llores – me ordena una voz. – Estas en mi espacio privado. Y hay un montón de cosas que podemos hacer.

Ahora que se disipa la oscuridad le veo. Es un hombre sentado a una mesa. Le veo y, a pesar de estar un poco cambiado creo reconocerle.

– Tú... Vienes conmigo a terapia de sueños – le digo – . ¿Eres tú de verdad?

- Si - me contesta - , voy a contarte muchas cosas de ti mismo...

Capítulo 3

La silla

Voy seguro de la mano de mi madre.

Nos adentramos en un grandioso parque que huele a estiércol y a aguas estancadas.

– "Aun así es bonito"–, según asegura mi madre.

A mi no me gusta demasiado. Estoy acostumbrado a la seguridad que me proporciona mi casa, mis juguetes y mi televisión. Con esa triada ya soy feliz, aunque ella se empeña en que debo socializar. – "los niños que no van a clase deben salir y conocer a otros niños en otros lugares".

– "¿Para qué?" – pregunta mi yo adulto sentado al otro lado, como un espectador consecuente con lo que ve. Aunque a veces se deje llevar por la película de sus recuerdos y somatice esas vivencias como presentes y propias.

El velo del tiempo ha transformado algunas cosas. Las ha endulzado y saturado de color. Yo lo sé, pero aún así sigo enfrascado en esta historia que yo mismo me cuento.

Los pollitos, por ejemplo. Esos pollitos enjaulados que un desalmado vende junto al que vende jabones. Pían y pían sin parar en su jaula a dos alturas, cada uno de un color, y es esa alegría de los colores ocres, azules y rosas lo que causa más congoja. Ese contraste entre belleza y angustia me sobrecoge mientras les observo empujarse unos a otros hasta caer sobre sus hermanos de abajo. Algunos yacen sin moverse con la lengüecita fuera. Están muertos, pero el vendedor no le da importancia. Sigue con su interminable discurso de: "al pollito bonito, al pollito mil pesetas."

La situación me embriaga de tan real, y casi me hace olvidar que hace mucho tiempo que pasó. Aunque el tiempo en los sueños se comporta de manera caprichosa.

Yo lo sé porque soy consciente de que sueño.

–"¿Es esto un sueño vívido?"–me pregunta mi yo de niño mirándome fijamente, tal y como mirara al espectador que le observa desde el otro lado de la pantalla.

He tenido muchas veces la intención de contestarle, pero no llego a

hacerlo. Me contento con dejarle ahí perdido en un mar de incógnitas. Tal y como he andado siempre.
Y así otra noche; y un día más. Y una nueva noche, y otro día más...

– Llévame a la ventana. Quiero ver los colores del amanecer.
La persona que empuja mi silla obedece. No habla, no dice nada y por ello me la imagino joven. Pienso que no le afecta el tiempo, y parece que tampoco la gravedad, ya que la siento flotar detrás de mi silla. A veces me pregunto quién será .

Me apetece salir a la calle a buscarla en los rostros de la gente, pero estoy enfermo y hacerlo me pondría peor. Y, sinceramente... Ya he tenido bastantes problemas como para empeorarlo todo por un capricho. La gente... Esa gente que no me entiende. Ni me entienden ni se molestan en entenderme. Yo antes era feliz. No recuerdo cuando, pero aun conservo ese remanente en mi memoria. Amaba las formas, los olores, los momentos singulares por los que pasa el ser humano.

¿Los pollitos rosas son de chicas?

Pasé muchas vidas cuestionándolo todo sin atreverme a dar ni un paso. Buscando la belleza exterior... Sin saber que la tenía en abundancia en mi interior.

Sonrio con nostalgia al recordarlo mientras repaso mis bocetos clavados en la pared con chinchetas. Ese fui yo; y esa también ; y ese, y esos... Esos fueron mis padres. Ellos tampoco entendieron. Murieron pronto y ni les dio tiempo, ni se molestaron en ponerse a mi altura. Acabó con ellos una maldición familiar. La misma que dejó a su único hijo inútil en un rincón.

Una vida cruel dirían algunos. Cruel para un niño que aprendió a valorar las diferencias muy pronto. Cruel y sádico para quien me observa y se ríe desde algún lugar. Mientras, lo único que puedo hacer es arrastrarme lentamente entre la carrera de fondo que es esta vida.

Día 2

La terapeuta nos asegura que con sus técnicas de autocontrol podremos hacer frente a cualquiera de nuestros miedos.
Le aseguro que me ha surtido efecto, y que ahora soy más feliz.
Pero no es verdad. No es mi primera vez. Le he mentado a ella y a todos.
He deambulado muchas otras veces por las baldosas amarillas de mis sueños.

Vienen a mi encuentro, y yo les ayudo. Aunque otras veces no. Depende de las circunstancias. La cuestión es que no suelo mezclarme con ellos. La mayoría me dan miedo. Prefiero convivir con los productos de mi propia imaginación, o simplemente interactuar a través de ellos con la gente que ni sabe ni entiende qué hace aquí.

– ¿Hola? – saluda alguien desde la otra parte del mostrador.

Miro siempre con esa brizna de ilusión añeja para darme (como siempre) con la misma decepción. No es ella. Es una joven de apenas veinte años. Su cara está llena de piercings y lleva una cruz invertida decorando su mejilla izquierda. Aunque lo que más llama la atención es su estrafalario cabello verde recogido en mil trenzas y coletas. Un entretenimiento más ...

–Hola - la saludo cortésmente. En definitiva sigue siendo una mujer.
– He perdido a mi novia -me dice sorprendiendome-. La he buscado por todas partes y no sé dónde está. ¿Tienes un teléfono móvil para llamarla?
– No hay teléfonos móviles en este sueño –le digo desde mi apariencia preferida de dependienta de pastelería–. Pero puedo ofrecerte conversación, un café y un trozo de tarta.

La chica me mira extrañada pero no puede disimular sentir algo de curiosidad. Juraría que mi ofrecimiento (a la vez que mi apariencia), le gusta.

–No... No sé. Maika me está esperando. Es muy celosa. No sé qué llegaría a pensar si me encuentra aquí tan tranquila hablando contigo y bebiendo café.

–Maika no te quiere –me atrevo a afirmar–. Se quiere más a ella misma. Te esta pegando sus inseguridades como las pegatinas a un álbum de cromos.

–Pero... ¿qué dices? ¡Borde! ¡Pasa de mi!

La veo alejarse, pero es lo que siempre ocurre.

–Tú sabes que esto es más que un sueño. ¿Verdad? Sabes que todo lo que digo es lo que tú misma te dices al oído.

No sé si me llega a entender, pero ahora reluce ante mí. Con ese habitual análisis de una tóxica relación he llegado a abrir el ojo de su conciencia.

La verdad es que ha sido fácil. Ella misma ha hecho el trabajo autoconvenciendose de lo que en el fondo ya sabe.

Tras la ira llega la negociación. Hablo largo y tendido con ella. Reimos y lo pasamos bien. Incluso compartimos nuestras bocas y otras partes de nuestros cuerpos. Suelo hacerlo con la gente que me gusta. Mañana

cuando esta chica despierte estará alegre y tendrá un poco más claro lo que le conviene en su vida y lo que no. Finalmente se va. Despierta al otro lado mientras que aquí se evapora como el humo. Yo aquí me quedo, apurando mi café con la satisfacción del trabajo bien hecho.

Aún queda para el amanecer. Después saldré a pasear por las calles de mi tranquilo barrio residencial. El mismo en el que convivía de niño con mis padres.

Otros soñadores deambulan por las calles, cada uno sumido en sus propios sueños.

–"Aún puedo remover algunas conciencias más" -me digo otorgándome a mi mismo la labor de una especie de justiciero de los sueños.

Aunque mi paz interior se perturba al ver un nimio detalle que cualquier otro soñador pasaría por alto. Uno de los columpios del parque infantil permanece en movimiento.

Y yo no lo he ordenado.

Día 3

Es necesario llevar el diario de sueños. Nuestra memoria es frágil cuando se trata de retener lo que nos ocurre en los sueños. Puede que al despertar tengamos la certeza de que no olvidaremos eso o aquello que hemos experimentado, pero podéis estar seguros que se olvida. Además, es una forma muy eficiente de construir nuestra propia mitología de sueños, nuestro mundo onírico en el que nosotros y solo nosotros mandamos.

–¿Y si alguien más entrará en nuestros sueños?

Mi voz resuena un rato por la humilde habitación del aula, y termina por despeñarse por la ventana unida al frenazo de algún conductor despistado.

Los demás me miran molestos. Como si mi voz hubiera roto aquella monotonía de esa tarde-noche de Septiembre.

–Todo es posible –contesta la terapeuta continuando con su monólogo-. Ya comenté hace dos clases la posibilidad de la conexión mental. Han habido estudios que han demostrado la unión neuronal de dos sujetos en

estados de vigilia, y esa unión no se rompe por estar soñando.

–No. Me refiero que alguien manipule nuestros sueños sin... eeh...–no sé muy bien como explicarme-. Que alguien cambie cosas de mis sueños sin que yo me de cuenta.

–Y si no te has dado cuenta... ¿Cómo lo sabes? –exclama el tipo engreído de las gafas de sol.

–¿Tiene un jersey a rallas rojas y verdes? ¿La cara desfigurada? ¿Cuchillas? –pregunta sin parar el payaso de la clase provocando sin querer algunas risas.

–¡Quiero decir sin mi permiso! –intento explicar-. Ya sé que se puede interactuar con otros en sueños. A los míos entra gente constantemente. Pero no pueden cambiar nada. Son mis sueños. Pero...

–¡SON MIS SUEÑOS, JODER! ¡No lo entendéis! ¡SON MIOS!

...

Todos me observan extrañados. Sé que me juzgan, primero por mi apariencia, segundo por mi incapacidad y tercero por mi pérdida de control. Debo llevar mucho cuidado con éste último.

–Perdón. No debí levantar la voz.

–No te preocupes –responde la terapeuta-. Cada persona es un mundo complejo, cada uno tenemos nuestra forma de vivir y nuestra forma de soñar. Puede que lo que para algunos sea imposible, para otros sea algo habitual. Yo misma no he conseguido nunca volar en mis sueños. Otros lo hacen constantemente. Interactuó constantemente con otras entidades, pero no me paro a juzgar si son personas reales u obras de mi propio subconsciente.

–Eso desvirtúa el propio sueño –añade la chica, hasta ahora tan callada. Sus miradas furtivas hacia el hombre de gafas de sol hablan por ellas solas de algún tipo de atracción hacia él .

–Yo le persigo a usted –exclama el de las gafas, refiriéndose al sospechoso hombre de negro.

El objetivo de su crítica sonrío y le mira.

–¿Y llega a darme alcance?

–No –le contesta.

–Debería entrenar más.

Todos ríen tímidamente ante aquel comentario, incluido yo. Sé que todos sabemos bien que a ese hombre no hay que llevarle la contraria.

Desprende una inquietante atmósfera invisible, y no debe ser muy bueno

ir en su contra.

La terapeuta decide terminar con aquella conversación y pasar a otro tema. Pero he observado de ella un gesto minúsculo con el bolígrafo sobre la libreta. Un gesto dirigido posiblemente hacia el hombre de negro que me ha desconcertado. No sé a ciencia cierta si le estaba llamando la atención o haciéndole callar, pero algo ha sucedido que ha pasado desapercibido para todos excepto para mí.

Aunque las pupilas del hombre de negro clavadas en las mías me sorprenden ahora...
...y para siempre...

Noche 4

Me alejo lo más que puedo. Pongo rejas al océano de mi propia mente, pero me es imposible contener a los durmientes. Pienso que, una vez que has permitido que tu mundo sea así, se hace difícil (si no imposible) volver a cerrarlo, hacerlo de nuevo privado. Entran a mi mundo desconcertados, como zombies. Unos en solitario y otro acompañados de proyecciones de sus propias mentes. Deambulan por todas partes y profanan lo que no es suyo. No quiero ni verlos. Me dan asco, pero no solo ellos. Me repugna la gente, en general. Pienso que yo no era así antes.

Asciendo a toda prisa por la ladera del hombro desnudo de la dama que besa, y una vez en la cúspide me deslizo por el tobogán de sus senos hasta el interior de su pétrea alma. Conozco bien el camino. Allí me dejó caer boca abajo, a veces caminando, a veces en bicicleta, pero siempre en la espiral del descenso prolongado. Imitó a Alicia, lo sé. ¡Qué problema hay! Es mi particular país de las maravillas y yo soy el rey de corazones. Pero siempre me sobrecoge pensar en lo desconocido que habita más allá. En que exista la posibilidad de una reina de corazones que observa, juzga y castiga al margen de mis deseos. La ignorancia es la felicidad, eso es un mandamiento. Pero cuando traspaso el umbral de la ignorancia y miro tras ella querría volver a quedarme quietecito sin esa información. Los sueños son mundos inexplorados, y yo navego a la deriva por ellos sin apenas reservas de

oxígeno.

Caigo lentamente vestido de astronauta sobre la superficie lunar. Lo primero que me recibe allí es mi silla de ruedas, pero transformada en una especie de módulo lunar de exploración. Luce vieja y oxidada, rota en algunas partes y sin una de las ruedas.

La observo inquieto.

Mas arriba puedo ver la tierra, reflejada en todo su esplendor por el círculo de cielo que deje atrás cuando me deslicé por los senos de la dama.

-"Querría salir de esta ansiedad, madre... " -pienso-, "querría no tener miedo".

De pronto se me ocurre una idea. Puedo utilizar mis otras apariencias para explorar mi mundo. Sin querer me viene a la cabeza el monótono chakra que nos hace repetir la terapeuta en las sesiones de los jueves. -Es mi sueño y yo lo controlo.

No debí permitir que nada ni nadie perturbe mi mundo. Ni mis propios miedos deben frenar a un osado onironauta.

Me transformo en el intrépido aventurero de látigo y sombrero. Hacía siglos que no recurría a ese truco. Depósito en él un átomo de mi conciencia y guardo en mi durmiente cuerpo astral lo restante.

Con renovado espíritu salgo de mi refugio privado y deambulo con cuidado por las oscuras catacumbas.

Nadie sale a mi paso. De los anteriores caminantes no queda ni rastro, pero eso no es lo que más me sorprende.

-"Antes ésto era un mundo abierto"-pienso preocupado observando en la lejanía la solitaria figura de la dama del beso, ahora casi imperceptible por esta oscuridad que lo conquista todo.

Estoy en una inmensa gruta, y de alguna parte lejana, tras las paredes, se llegan a escuchar ecos lejanos del mar.

Veo a lo lejos un grupo de personas. Hablan entre ellos de piezas de fontanería.

-...son codos de PVC... Son piezas en "T" para empalmes...

No me quiero inmiscuir en sus asuntos, pero necesito encontrar una salida a esta oscuridad.

-Perdona -le digo a una chica vestida con un mono azul de fontanero-. ¿sabes dónde está la salida de la cueva?
-¿Cueva? - repite extrañada-. Esto es una madriguera de conejo. Intento asimilar sus palabras pero no llego a comprender.
-¡Si hombre...! Un pozo. Una madriguera de conejo.
-Y nosotros somos los conejos - añade jocosamente un extraño hombre con bocas en lugar de ojos.
Le observo reírse con su trío de bocas, con sus seis hileras de dientes y sus tres lenguas, y me asusto. Pero no más que cuando veo como cae un fino hilo de nylon entre nosotros.
-¡Mira! ¡Qué casualidad! Ya lanzan el cebo -exclama la chica riendo mientras señala al cordón ondulante.

Sin pensarlo dos veces ella misma engancha el anzuelo en algún saliente de la entrepierna de su pantalón, y acto seguido se aferra al cable.
-¿Qué hace? -le pregunto al hombre de las tres bocas que continúa riendo.
-¿Que qué hace? ¿Pues qué va a hacer? ¡Lo inevitable!

Un grito desgarrador me sobrecoge. Luego el ruido de una tela rasgándose y sin esperarlo, lo espero. Veo a la joven colgando boca abajo cubierta de sangre. En su terrible balanceo es hizada sobre nuestras cabezas hacia uno de los agujeros del techo. Caen gotas de sangre sobre mi rostro que me hacen enloquecer.
-"¿Es este el mundo en el que quiero estar?" -me pregunto mientras grito, lloro y río. Todo a la vez.
Desgarran a los otros y también los atraen con violencia hacia arriba. También lo harán conmigo.
-¿¡ES ESTE EL MUNDO EN EL QUE QUIERO ESTAR!?! -repito a viva voz mientras un anzuelo me abre un surco en el abdomen y queda anclado a mi caja torácica.

Cuando llego arriba soy solo una sombra de lo que soy, pero aún así alcanzo a ver el rostro del pescador de durmientes.

Día 5

Dibujé líneas en un folio; realizo con rápidos trazos la estructura de un femenino cuerpo boca abajo. Esa soy yo. Del centro parte una línea gruesa de grafito que une a una elipse en la parte superior. A través de

ella estoy intentando dibujar el rostro calvo y demacrado del tipo de mi sueño.

Tras terminarlo todo lo sombro, dando lugar a una mezcla entre el pescador de anoche y el extraño calvo que viene a terapia de sueños. Estoy en la realidad. No es un sueño. Y sin embargo tiemblo al verle ahí plasmado en papel. Es más... Desde que desperté de esa pesadilla sigo aterrorizado.

No puedo quitarmelo de la cabeza.

Tengo deseos de ponerme en contacto con la terapeuta, pero aún quedan cuatro días para el jueves y no deseo molestarla. Aunque va siendo primordial tener una opinión o una guía ante lo que me está pasando.

Siempre he tenido sueños lúcidos. Recuerdo que de niño eran mi única vía de escape para olvidar mi minusvalía y salir volando. Pero de niño todo es más simple y bonito que de adulto. Ahora me inquietan. Pienso que me los tomo muy en serio, y ese mismo pensamiento es lo que me hace juzgar más sus detalles, analizar y recordar más los matices, como una pescadilla que se muerde la cola. Aunque nunca en la vida había sentido tan vividos esos momentos de angustia; ese sabor ocre de la sangre en la boca; los gritos de dolor de los otros columpiándose boca abajo; mi propia respiración entrecortada, mi asfixia... Era todo real y sin embargo era un sueño.

La persona que empuja mi silla me habla mucho, pero no logro entender nada de lo que dice. Quizá me esté dando su opinión. No lo sé. Se ha convertido en un leve rumor a mis espaldas que ya ni me molesta.

Encerrado allí abajo... Con un trocito menos que alguien me arrebató. Parece que de veras me falte algo, un órgano interno o una extremidad. –"Si es una pierna no lo voy a notar" –bromeo conmigo mismo. Pero en el fondo una ansiedad terrible me oprime el pecho, me impide respirar y tengo que hacer un esfuerzo sobrehumano para poder llenar mis pulmones de aire.

En el fondo es el miedo. Tengo miedo a volver a soñar. Desecho el papel arrugandolo... Vuelvo, como un naufrago, a buscarla de nuevo. Su niveo semblante me observa. Los cabellos caen blancos en cascada sobre sus hombros y se desparraman en cientos de miles de posibles historias, finales para mi sueño de esta noche. Me siento identificado por ella. Es ella la valiente aquí, y a la que sin

querer invoco cuando desesperado intento buscar algo de valentía en mi. Y solo ella me la sabe dar.

Me la ofrece sin tapujos, y sé que sólo siendo ella podre enfrentarme a todo; ser invencible, y no tener miedo. Ya bastantes tramos de mi vida han estado marcados por el miedo. No puedo consentir que mis sueños, el único lugar en el que era libre, también estén dominados por ese mismo miedo.

Así que, sin más, dejo guiar su dedo hacia las comisuras de mis labios. Me arranca un suspiro y lo plasma en forma de mensaje de texto enviandolo despues.

Noche 6

Las pruebas de realidad son lo único fiable a la hora de valorar si estamos soñando o no. Imaginaos que vais por un precioso prado verde junto a la persona que amáis. No sabéis cómo habéis llegado hasta ahí y lo único que os importa es disfrutar del momento. Pues bien... Una persona entrenada puede llegar a disfrutar más aún de ese momento si toma conciencia de que está soñando. Puede cambiar los parámetros del sueño e incluso cambiar su historia con esa persona que coge de la mano. Sólo es necesario un pequeño roce a su tótem. Una serie de movimientos repetidos hasta la saciedad en la vigilia, y que nos permite realizar portentos conscientes en los sueños.

– Pero... ¿Eso no rompe la magia del sueño? – pregunta la mujer de pelo rubio – . Quiero decir que arruinaríamos un sueño bonito sabiendo que es un sueño. ¿Verdad?

– Puede ser que si.

– ¡Entonces para que te has apuntado a este curso! – le recrimina el impertinente tipo de las gafas de sol.

– No entremos a juzgar aquí a los demás – les detiene la terapeuta – . Cada uno tiene sus razones para buscar al onironauta que somos. Y sí, tienes razón. Puede que, juzgando el sueño como su definición, rompamos su concepto para querer ir más allá. Pero para eso os estoy enseñando estas técnicas. Para que seáis capaces de controlar en vuestros sueños

hasta dónde queréis llegar y cómo.

Yo escucho en silencio y callo. Hasta ahora la voz de la terapeuta era como la monótona banda sonora de una emisora de radio local. Fluían sus palabras cayendo al sumidero de mi menosprecio mientras yo me entretenía mirando la araña que correteaban en el interior de la garrafa vacía de la maquina expendedora de agua. En su interior imagino que hay seis capullos minúsculos. Somos nosotros que caímos en la trampa de la araña.

Mis compañeros participan activamente en el coloquio. Les observo y analizo a todos y cada uno de ellos. Veo traumas reprimidos, miedos, ansiedades, depresiones, hartazgo y menosprecio, pero solo uno de ellos no refleja nada de lo anterior. Es el pajarraco de negro.

Le llamo pajarraco por sus extraños rasgos de ave, y su sempiterno abrigo negro con bufanda.

– "No hace tanto frío para ir así vestido" – me digo – , "¿Es que los demás no se dan cuenta?"

El engreído de las gafas se levanta ahora y, dando un patada a su silla se aleja hacia la puerta del WC del fondo. Desde aquí le escuchamos quejarse:

– Bla, bla... bla, bla... No sé qué hago aquí...

Es él. Estoy seguro. Es el que perseguía al pescador de mis sueños. El que nos mata cada noche y el mismo que tengo dibujado a carboncillo en un folio.

Desde ese día no he vuelto a soñar. Y aunque nunca lo he buscado, ahora que sé lo que es me cuesta vivir sin esos fragmentos de vida. Me cuesta despertar sin anotar nada en mi agenda de sueños. Una agenda que es en realidad una simple libreta de matemáticas, con los cuadraditos rellenos en forma alterna de tinta de bolígrafo. Un mini tablero de ajedrez de casillas infinitas en el que soy una ficha más. Aunque no voy a contentarme con ese sentimiento también en este mundo. He probado de lo que soy capaz y sé que puedo ser la ficha más dura y peligrosa del

juego.

Día 7

Voy al trabajo.

Sé que voy al trabajo porque llevo un maletín cargado de proyectos que tengo que entregar a alguien.

Sé que voy al trabajo porque camino por la misma ruta habitual que hago cada mañana desde ahora mismo.

Sé que voy al trabajo porque voy vestido con el uniforme habitual: pantalón de pinzas y camisa blanca recién planchada con las letras T, A, y U bordadas en la pechera, el logo de la compañía.

Pero lo que me está agobiando no es ir al trabajo andando, cuando debería hacerlo en mi silla. Lo que me está agobiando no es llevar en el maletín solo folios en blanco en lugar de mis deberes. Lo que me agobia de verdad es ir sin zapatos.

Pienso que todo el mundo se fijará en mí. Todos se fijarán en mi y me juzgarán. Todos se fijarán en mi, me juzgarán y me condenarán. Y yo no estoy preparado para eso.

Me paro en el kiosco de prensa y ojeo uno de los periódicos del mostrador, pero enseguida lo dejo hastiado. No me interesan las noticias del mundo de los sueños.

Debajo de la vitrina de noticias frescas hay un hombre muy mayor, casi un anciano. Lleva puesto un traje de ejecutivo, pero sucio y muy deteriorado, e incluso roto en algunas partes.

Custodia una fuente de agua, de esas que tienen una garrafa azul que conecta con la estructura con dos grifos. Unos cuantos vasos de plástico cuelgan de un soporte a su lado.

– ¿Puedo beber agua? – le pregunto.

El tipo asiente silencioso con la cabeza.

Abro el grifito coronado con una pegatina azul de plástico y lleno uno de las vasos hasta la mitad. Luego bebo de ella sin encontrar nada en especial en el líquido elemento.

– ¿Está buena el agua?

Le miro de soslayo. Ya sospechaba que el agua era tenía algo raro. No he notado nada en mi boca, ningún sabor extraño, e incluso estaba un poco caliente para mi gusto, pero no era normal.

– ¿Qué tiene el agua?

– ¿Crees que tiene algo malo? Es agua corriente – asegura.

Saboreo los restos que quedan en mi boca. Intento adivinar un sabor extraño, venenoso, mortal si es necesario... Pero no sabe a nada.

– ¿Agua normal? – repito sus palabras – , No noto ningún sabor. El agua de los sueños debería saber a algo... A sueños...

– ¿Tú crees? Solo el agua verdadera te deja la boca indiferente. Solo lo verdadero pasa desapercibido.

Tras escuchar aquello ya no me importa ir descalzo.

Un fuerte viento comienza ahora a soplar alborotando las páginas de los diarios. Algunos hasta caen de la repisa del kiosco y comienzan a volar.

Miro por última vez al anciano del traje elegante y este se limita a hacerme callar con un dedo en sus mustios labios.

– ¿Qué te ha dicho?

Me pregunta alguien a mi espalda.

Es alguien conocido, pero no acierto a adivinar de qué lo conozco.

– No lo sé – le miento.

El conocido sin rostro sonrío. No puedo ver bien su cara, pero sé que le ha molestado mi falta de confianza. Sonrío esquivo y sé que de una u otra manera intentará interrogarme para que se lo diga.

– Veo tu pasado y es mi futuro – exclama moviendo las manos en círculos

como hace un mago – . Esto es la leche. ¡Eh!

Sin mediar palabra lanza su mano como una garra y aferra mi antebrazo.

Pasan otras cosas en ese lapso de tiempo. Una estrella blanca, rallas rojas y azules... La estrella me protege, aunque parezca absurdo solo el pensarlo. Ese hombre huye y se desvanece, pero su presa en mi carne hierve como el agua hirviendo

... y despierto.

Solo por la mañana, cuando escriba en mi página del diario de sueños completaré lo que me pasó desapercibido en el sueño. Ese tipo era uno de mis compañeros de terapia.

Dia 8

Esta noche sí. Lo tengo decidido. He preparado un verdadero arsenal para la inmersión. Ya no me importa nada más que mi obsesión enfermiza por sumirme de nuevo en un sueño lúcido.

Tengo narcóticos, tranquilizantes, alcohol y todo tipo de drogas hipnóticas. No me importa dormirme y no despertar. No me importa nada.

Mi vida al otro lado promete mucho más que ésta otra vida, anodina y falta de sustancia.

Me faltan un guía, un tutor, un maestro o cualquier otra cosa que me dé una pista sobre lo que debo hacer. Y ante eso decido volar de aquí. Me aferro a los brazos de mi enigmático ayudante y me dejó acostar en la cama.

Me arropa mientras cierra la ventana. Afuera el viento golpea los cristales, como queriendo advertirme de algo.

Mi cuidadora me canta una canción. La misma que cantaba mi madre al lado de mi cuna.

Le miro con niebla en los ojos. Esa canción me retrotrae a tiempos mejores en los que era más llevadero portar está discapacidad. Lloro y me

seca las lágrimas. ¿Es ella al fin? Tanto tiempo echándola de menos y estaba aquí todo el tiempo...

Querría verle la cara pero las lágrimas me lo impiden. Supongo que será una mujer. Ese amor que me profesa... esa calidez solo puede darla una dama.

Querría que fuera la mujer de mi vida, pero creo que eso no es posible. Si alguna vez existió, ahora ya no está conmigo. No hay Diosa a quien venerar salvo la que esculpí en mis sueños.

La sombra que me precede huele a Jazmín y a noche de verano. Me embriaga y quiero más. Aferro su mano y la besó con pasión.

La muchacha borrosa acepta mis besos y acaricia mi rostro desde mi espalda. Se deja caer en mi dorso y de esta manera puedo notar sus pequeños senos en mis hombros.

Todo es ternura en sus actos.

Incluso cuando rebana mi cuello a cuchillo no deja de cantar.

Incluso cuando la sangre sale a borbotones por el corte de mi garganta no deja de acariciarme.

Noche 9

Corro al rincón a refugiarme ante cualquier cosa.

El mundo a mi alrededor se estremece mientras, sentado con la cabeza entre las rodillas me repito que nada malo puede pasarme aquí, en el interior del mausoleo de mi Diosa.

Aunque...

Torres más altas han caído. Incluso aquella que sostenía a mis padres.

Soy consciente ahora, y en esta hora, de mi real fragilidad.

Hasta este momento siempre la había usado como arma o excusa para aplazar lo inevitable, pero ahora he comprendido lo débil que realmente soy.

– "Nunca más" – me digo a mí mismo.

Mi cuerpo yace ahora enmarcado en un granate charco de artístico degradado. Inevitablemente voy resbalando en pendiente hasta quedar colgado boca abajo en la esquina de mi rincón favorito. Luzco como uno de los relojes de Dalí, e incluso llega a hacerme gracia verme de esa guisa.

Así, boca abajo, veo niños con extrañas máscaras jugar al juego del escondite de siglos. Nunca llegan a encontrarse y por eso el juego nunca termina de acabar.

– ¡Por el niño de cara de rata! – exclamo golpeando la pared. Integrado en la blasfemia de la infancia.

El niño se da por aludido. Me mira desde lejos y maldice en su idioma; escupe en el suelo una flema y me señala con el dedo.

Sus compañeros van apareciendo gradualmente, y al ser conscientes de mi presencia allí comienzan a mofarse de mi. Una de ellos, una niña rubia de pelo recogido en una trenza despeinada, es especialmente cruel conmigo. Baila dando vueltas alrededor de mi silla, y me golpea repetidas veces mientras canta una canción:

– "Érase una vez que se era un reino muy, muy lejano. Perdido entre las dunas del sueño..."

Empujo mi silla para huir de allí. Quiero hacerme desaparecer, pero no consigo mover las ruedas. Algún hijo de puta las ha soldado al suelo de metal.

La niña se acerca y muestra a todos mi desdicha. Me imita con sorna, y se imita imitándome. La odio por eso. Es fea, delgaducha y enclenque, aunque puede que algún día sea guapa.

Ve pasar su vida desde mi inmóvil posición. Tampoco le ha ido tan bien, y es el futuro quién se mofa de ella desde el ventanuco de una puerta cerrada de psiquiátrico.

Cambio radicalmente de posición y escenario. Ante mis ojos veo pasar mi vida rápidamente hasta quedar detenida en un momento concreto. Un director de cine diría que se ha producido un travelling.

Ahora de nuevo tengo piernas, ego tengo control sobre mi sueño. Me apoyo en la barandilla de un viejo estanque de aguas verdes y apestosas. En el centro un solitario cisne se desliza lentamente sobre las aguas, de un lado a otro, como en un recorrido sin fin.

El cisne es negro, pero cuando pasa a mi altura también es blanco. Es en esos únicos momentos en los que se rompe la oscuridad que me envuelve.

“Solo el agua verdadera te deja la boca indiferente. Solo lo verdadero pasa desapercibido.”

Esa fracción minúscula de tiempo en la que el cisne es blanco me hace de guía y faro en este angosto mar embravecido que me rodea. Me arrastra con él hasta una playa de tierra firme y pedregosa, y ahí caigo desfallecido, mojado y con la ropa hecha jirones.

Veo aquí a otra persona. Lloro mientras deja caer la arena que resbala entre sus dedos. Él se siente desdichado, pero yo no. Sé que existe esa milésima de tiempo en el que un cisne se vuelve blanco; sé que mañana cuando despierte estaré a salvo junto a mi madre en aquel parque appestoso, y ella me dirá: –“¿A que es bonito?”

– Si mama... Es muy bonito.

Capítulo 4

La muerte

Noche 1

Cuando una se hace mayor las cosas van perdiendo su interés y todo aquello por lo que hemos luchado tanto, muy a mi pesar, va perdiendo sentido.

Todo el mundo a mi alrededor ha seguido su camino. Y yo, aunque contenta con ello, no puedo evitar sentir un poco de tristeza (y, por qué no decirlo, envidia sana) por su suerte que ya no es la mía.

Apartados en un rincón aguantamos mi marido y yo hasta que él no pudo más. Se fue. Que Dios lo tenga en su gloria. ¡Fíjate! Desde he siempre he sido una atea redomada y, sin embargo ahora, me acuerdo del altísimo cada dos por tres.

Ahora mismo le estoy escribiendo una carta...

Sí, a Dios. ¿Tan raro parece?

Siempre he escrito. Desde que mi marido metió en mi cabezota la semilla de la pluma. Aunque nunca me he sentido escritora. No me considero escritora porque para serlo pienso que te debes de dedicar a ello en cuerpo y alma. Y yo solo tengo cuerpo. Mi alma la vendí hace mucho tiempo.

Por amor, claro está. ¿Por qué otra cosa podría ser? El amor mueve montañas, da alas a las piedras y ciega a los que ven.

Yo veía... Hasta que dejé de verle.

Puse mi alma en juego y la intercambié por la suya.

Ahora le veo todas las noches. Volvemos a ser jóvenes y disfrutamos de esa vida de ensueño (nunca mejor dicho), en nuestra casita arbolada en mitad de un abrupto valle repleto de abetos de navidad. Más allá está el lago donde llevábamos a nuestros hijos cuando eran pequeños, y más allá de ese allá se pueden ver las azules montañas y la feria donde nos conocimos.

Aquí vivo ahora, donde la realidad hace frontera con la imaginación. Dónde nada es verdad y todo está permitido. Una frontera peligrosa pero

que, sin embargo, me hizo libre un día; me devolvió la felicidad y me dio fuerzas cuando nada quedaba ya entre estos brazos de vieja.

Llaman a la puerta, como todas las mañanas.

Será algún vendedor o un repartidor despistado. No voy a abrirles. Sé que son producto de mi propia conciencia atormentada. Probablemente quieran venderme un viaje con todos los gastos pagados hasta la cordura; o una bonita habitación con vistas al geriátrico más cercano.

-Hola, buenos días. Mi nombre es Dalia y vengo a ofrecerle un poco de comprensión. ¿No lo ve? Es todo mentira. En realidad son solo sueños... Mentiras. ¿No se da cuenta? Vamos. Venga conmigo al mundo de lo real. Agarrese de mi brazo y acompañeme.

- No. No me hace falta ir a ningún sitio ya- le digo cerrando la puerta. Soy demasiado vieja, y estoy demasiado loca como para dejarme convencer por nadie. Lo único que quiero es que no se acaben nunca mis sueños.

Allí fuera, en la barbacoa está mi marido. La está limpiando como me dijo ayer que haría. Siempre refunfuñando en sus tareas, pero haciéndolas para contentarme.

Él es mi marido, pero también fue mi mentor, mi amante y amigo. También mi guía en esto de crear mundos inventados, eternamente enamorado de las letras, la poesía, la música y todo lo bello. Me contagió con sus pasiones y no pasa ni un segundo que no de gracias por ello.

Mira hacia el lago y saluda con la mano a los niños, que juegan despreocupados en la orilla. Se tiran unos a otros burbujas de colores mientras ríen, cantan y gritan, dando a su juego un aura de felicidad. Sobre ellos, en la lejan arboleda pastan los caballos. Trotan libres como el viento, como troto yo por mis sueños.

- No quiero irme nunca de aquí - le digo deslizándose bajo su brazo y dejándome abrazar por el.

- No quieres, pero debes hacerlo- me contesta Antoine sumiéndose un poco en la tristeza-. Tú no podrías vivir continuamente en un sueño porque nadie puede hacerlo. Este mundo está reservado solo para nosotros. Pero tú puedes hacer de este mundo un mundo mejor. Solo debes desearlo cada noche. Los niños y yo estaremos aquí esperándote.

Le escucho y me llenan por dentro sus palabras. Le abrazo y siento su olor a madera y a old'spice tan característico. Es ahora, a un paso de otra despedida, cuando recuerdo a los vendedores de realidad que llaman a la

puerta.

Muy a mi pesar obedezco. Planto un beso en sus familiares labios y me acicalo para ir a algo que no apetece mucho hacer. Para despertar.

Día 2

Camino con dificultad a través de una acera cuarteada hacia mi casa. Las eternas obras del parking subterráneo han convertido mi tranquilo barrio en un verdadero colador con socavones a cada paso, y es hasta peligroso caminar cuatro pasos sin vigilar el suelo.

El cansancio que experimento es atroz, fruto de la somnolencia por tanta actividad nocturna. Muchas noches salimos a pescar, o a bañarnos al lago. Otras vamos a la ciudad a tomar un helado o a llevar a los niños a la bolera. Pero anoche no. Ayer estuvimos en casa, pero aún así no deje de hacer las tareas del hogar que hacía cuando todo era a este lado. Me siento bien haciéndolas y es una parte más de la vida. Me reconforta hacer las camas de los niños mientras les veo por la ventana con su padre, haciendo lo que sea que están haciendo.

Aunque a veces veo cosas que no quiero ver.

Le veo a él. A ese hombre apoyado en el muro de la entrada a casa, a lo lejos, como esperando una invitación para entrar.

Me pone los pelos de punta.

Muchas veces se lo he comentado a Antoine, pero él siempre dice lo mismo:

- No le des importancia a quien no la tiene. Esa es la clave.

No puedo hacerlo. No puedo dejar de dar importancia a un invasor de mi felicidad.

La sorpresa fue cuando busque ayuda a este lado y me lo encontré a él.

Es él, no hay duda. Y me da igual si se trata de un ente paranormal, un marciano o un brujo. Lo único que quiero es que me deje en paz, y lo voy a conseguir. ¡Vaya si lo voy a conseguir!

Sin pensarlo dos veces me posiciono ante sus narices.

El hombre me mira extrañado.

- Eeeeh... ¿Le puedo ayudar en algo?

Estamos en la antesala al aula de la terapia de grupo. Las clases patrocinadas por el ministerio para tratar los sueños.

Ese tipo es uno de los asistentes. Uno más que bien podría confundirse con alguien como yo. Pero sé que no es como yo.

Le mantengo la mirada y le recrimino por su comportamiento en mis sueños.

- No. No te puedo ayudar.... Así qué... ¡Puerta! - chasqueo los dedos ante su cara en aptitud chulesca.

Mi actitud fuera de lugar me hace objetivo de todas las miradas, pero a estas alturas de mi vida eso me importa un bledo.

El tipo sonríe. Sé que me entiende, y me alegro de que así sea. A veces, en la vida, hay que marcar fronteras para evitar posibles invasiones.

La terapeuta nos hace pasar a todos a clase y termina con eso nuestra particular lucha de poder.

Nos sentamos todos alrededor de nuestra tutora en lo que a sueños se refiere, y comienzo a escucharla. Parece una buena mujer. Explica las cosas con pausa y es delicada en el trato. Aunque sé que no debo fiarme de ella. No debo fiarme de nadie.

En primer lugar se tratan técnicas de relajación y preparación al sueño, cosas que no me interesan. Luego nos habla de terminaciones científicas acerca del sueño y sus fases, y ahí sí que no tardan en aflorar preguntas de mis compañeros. La terapeuta no duda en contestarlas en un lenguaje entendible por todos y sin florituras.

Se lo agradezco. Yo sé perfectamente lo que es vivir en sueños, pero hasta ahora no conocía trucos, herramientas y las técnicas que se emplean habitualmente. Definitivamente estas clases son fructíferas, y muy diferentes a las que estoy acostumbrada a recibir.

Suelo apuntarme a clases. A algunas les concedo más credibilidad y a otras menos, pero ésta de los sueños me producía verdadera curiosidad. Confieso que cuando me hablaron de ella lo primero que imaginé fue en charlatanes y explicaciones pseudo religiosas acerca de la fe y de mil gaitas, pero no. Encontré algo mucho más ameno, y lo que era más

importante para mí, más creíble.

Ahora me voy contenta a casa. Deseando cerrar los ojos para contarle a Antoine todo lo que he vivido en el mundo de la vigilia.

Noche 3

Es muy raro. Antoine no ha venido a recogerme al trabajo. Tampoco los niños estaban cuando he ido al colegio a recogerlos.

Todo está cerrado, comercios, la iglesia, incluso la gasolinera del pueblo. Nadie por las calles... Todo desierto.

Parece esto la antesala de algo terrible, y yo soy la única defensa de mi sueño.

Ahora me arrepiento de no hacer caso de los consejos de mi buena terapeuta. Podría haber conseguido de algún sitio ese amuleto que me sirviera de guía en estas situaciones. Ese "tótem" del que tanto hablaba y que nunca he necesitado. Porque estás situaciones a mi no suelen pasarme .

Con un terrible presagio monto de nuevo en mi furgoneta y me dirijo decidida a casa. Pienso que allí debe estar la explicación de todo.

Y esa explicación viste de negro, de la cabeza a los pies.

Indignada bajo del vehículo dando un fuerte portazo, y con la misma arrogante apariencia que tenía cuando tenía veinte años planto cara al invasor.

- Te dije antes que "PUERTA". ¿No sabes lo que significa? ¿Dónde están mi marido y mis hijos? Me da igual que los hayas hecho desaparecer. Los puedo volver a traer cuando quiera. Pero... Tú... No te atrevas a permanecer aquí ni un minuto más. ¡NI UN MINUTO MÁS!

- Tú piensas que lo sabes todo- me dice intentando calmar mi embravecido espíritu-. Has acertado a ver el sol entre las nubes sentada cómodamente en la mecedora de tu porche, en tu particular parcela privada del sueño. Y lo piensas. No eres consciente de que otros, más allá de tu pobre horizonte, viajan hasta muy , muy, muy lejos... Casi hasta las puertas del mismísimo Oniro.

- ¿Qué parte de "ni un minuto más " no entiendes? No quiero nada de ti.

Este es mi sueño...

- Si -me interrumpes-, y ahora dirás "y yo lo controlo".

- No... Y yo mando aquí. Y si no te vas en tres segundos vas a llevarte tal patada en el culo que hasta te acordarás cuando despiertes del dolor tan fuerte que vas a sentir.

El tipo de la gabardina negra no dice nada. Suma a su mutismo un gesto de hartazgo, y con un rápido movimiento de su mano derecha saca un papel de uno de los bolsillos de su abrigo. Me lo extiende para que lo coja, pero lo desprecia.

El tipo lo suelta y cae al suelo de madera de mi porche. Cuando levanto la vista ya está alejándose por la lejana curva del camino que lleva al pueblo.

Vuelvo a mirar el papelito doblado y me estremezco. No quiero saber qué está ahí. Prefiero fingir que nada ha ocurrido y disfrutar de un espléndido día más en compañía de Antoine y los niños.

Éste me preguntará:

- ¿Quién era ese tío?

Y yo le contestaré simplemente:

- Nadie... Solo Publicidad.

Día 4

Dejé literalmente de pensar y me abandoné a los trazados de sus dibujos. Tomé una bocanada de aire y me zambullí siempre pensando en él en un océano de grafito y celulosa. Paseé por esa calle de París donde esperan pacientes los amantes que no termine la mañana blanca de papel, y corrí por las azoteas mientras me mirabas paciente por la ventana con tu sempiterno café matutino y tú bloc de dibujo. Dibujo... Pasión que contagió a mis hijos.

Aún acertaba a ver con el rabillo del ojo mi gabardina colgada de la silla. La misma en la que cargaba de prejuicios los bolsillos, de cosas que no debían pasar y pasaron.

Por eso evito mirar demasiado en los bolsillos.

Decidí embadurnarme de su tinta y dejar que está resbalara por mi cuerpo de adolescente. Fue uno de mis cuerpos, el cuerpo que le conoció.

- "Dejad aparcados vuestros miedos y meteos en los sueños con toda el alma" -son palabras de mi mentora. Y a mis años aún las necesito. Palabras de ánimo en estos tiempos de decaimiento.

Nuevamente joven soy capaz de golpear a la luna con una de mis largas piernas de bailarina.

Pero también capaz de llamar la atención de las sombras. Las cucarachas de los sueños.

De vez en cuando las he visto, siempre merodeando la felicidad de los durmientes. Siempre alerta para introducirse en los sótanos e infectar los cimientos de nuestros sueños.

Salgo corriendo con mis piernas ahora firmes. Las voy dejando atrás.

De repente una de ellas sale a mi paso, pero de una zancada la salto. Otra me corta el paso, pero no me cuesta nada pisarla con ambos pies y convertirla en un amasijo de alambres negros con antenas.

Son muchas y me pisan los talones.

Suerte que en mi ciudad onírica hay muchos lugares adonde refugiarse.

Repiquetean las campanillas sobre la puerta al entrar bruscamente al comercio.

- ¿Puedo ayudarla? - me pregunta una muchacha delgadita y muy joven.

- No... Solo estoy echando un vistazo - le contesto mirando insistente hacia la puerta de salida.

La muchacha sonrío y exclama:

- Cualquier duda que tenga...

Se lo agradezco. Es un alivio que alguien se ofrezca a resolver cualquier duda que tenga. Aunque si la duda es saber si esos bichos me seguirán hasta aquí... Si la duda es saber si podré llegar hoy a mi casa a salvo... Si la duda es saber cómo podré salir viva de ésta, pues... Dudo mucho que pueda ayudarme.

Me acerco a los cristales que me separan de mis delirios y oteo a través. No veo nada extraño en la calle, solo unos pocos transeúntes que apuran las horas del jueves tarde a grandes zancadas. Caminan raudos

intentando resguardarse de la tormenta que se avecina.

Este comercio ha sido el único que encontré abierto en las inmediaciones, un antiguo herbolario. Me he metido a toda prisa asustando a la anciana que curioseaba el expositor de revistas. La dependienta tan amable, ahora la atiende a ella. Le está cobrando un saquito de hierbas desconocidas para mí, y una de las mismas revistas que ojeaba cuando entré. Llama curiosamente mi atención el título de la publicación : "superheroínas sexis y donde encontrarlas". Me hubiera gustado pararme a hablar con ella; me hubiera gustado contarle mis preocupaciones y que ella me diera un consejo de esos tan sobrevalorados de los mayores. Pero se va y yo la dejo ir, como dejo ir mi juventud.

Pregunto dónde está el WC y la amable chica me lo indica. Una vez dentro compruebo como las mentiras no llevan a buen puerto. Lacios mechones de rubio cabello resbalan por mis hombros. Debajo aflora mi habitual corte canoso. Las arrugas se hacen fuertes en mi rostro y la senectud se muestra tal y como es.

Tocan a la puerta y yo me apuro en recoger toda mi melena desperdigada por el suelo.

-¿Hola? ¿Está bien señora? Lleva mucho rato ahí.

Es la dependienta preocupándose por mi, pero no hay nada de qué preocuparse. Solo de que me niego a salir.

De repente escucho algo, un repiqueteo extraño proveniente del lavabo sobre mi cabeza.

Al asomarme al desagüe, no sin cierto temor, descubro un cangrejo rojo brillante chocando sus pinzas y produciendo ese sonido.

- Esto es un sueño -le digo-. ¿Verdad?

El crustáceo no me responde. Sube con sus patitas hasta el cromado grifo y desde allí vuelve a repiquetear sus pinzas.

Noto algo muy primario en ese animal, algo que llega a ser hasta genital.

- Vamos, póngase cómoda -exclama desde los apéndices puntiagudos que tiene entre sus ojitos negros de bola-. Tumbese en la camilla y relajarse. Es una revisión rutinaria. No tiene de qué preocuparse.

Al echar la vista atrás compruebo como, efectivamente, detrás de mí existe una camilla.

- Tú... ¿Tú eres mi ginecólogo? -le pregunto con asombro.

- Si -contesta-, el doctor Cranquer, para servirla. Ahora tumbese y relajese. Tenemos que descubrir donde oculta esos tumores...

Sin pensarlo dos veces estampo con un puño al crustáceo. Sus jugos interiores resbalan ahora por el lavabo y grifería. Vuelven a mis brazos las fuerzas, y la juventud a mi cuerpo. Soy el demonio de la senectud del mañana, o la diabla de la juventud pasada. No lo sé. Pero estoy poseída por mi misma, que es algo que a los narcisistas se nos da de miedo.

Y es miedo el que siento al comprobar que podría llegar a olvidarles.

Noche 5

Siento que debo marchar y hacer un viaje que ignoro si tendrá retorno.

A través de las ventanas, tras las cortinas, les veo. Juegan junto al lago con la cometa que les confeccionó su padre.

Siempre pasa lo mismo. Cuando salgo a llamarles para que vengan a cenar desaparecen. Dejan de existir en ese lugar, pero tras de mí, a mis espaldas les vuelvo a escuchar, les veo de nuevo tras las cortinas en el lago que hay al otro lado de la casa. Juegan con la cometa que les confeccionó su padre.

Salgo de nuevo al porche y les llamo a gritos, pero ellos ya no están ahí.

Les escucho a mis espaldas, y tras girarme les veo a través de las cortinas. Juegan en el lago con la cometa que les confeccionó su padre.

Las lágrimas resbalan por mis mejillas cuando una y otra vez les llamo y ellos desaparecen. Y vuelven a estar ahí, tras las cortinas, como siempre... Cómo una maldita fotografía digital animada. Jugando con la cometa que les confeccionó su padre.

Salgo de nuevo al porche, pero esta vez portando en brazos la maleta.

- Me voy - les digo-, y solo consigo que Antoine me salude de lejos con las manos. Juega con los niños con la cometa que les confeccionó.

En los páramos ya no pastan los caballos. Males terribles me acecha mientras descubro tirado en el suelo el papel del hombre de negro. Allí espera, como un cazador espera a su presa. Pero hoy no va a ser. Hoy ésta que aprendió a volar de niña volará en sueños, y como Alicia luchará por romper las reglas establecidas por otros; construiré de nuevo mi casa

en otro lugar al que nadie nunca irá, y que nadie encontrará.

Junto mis brillantes zapatos rojos de charol, y cierro fuerte los ojos. Con tres taconazos basta.

Uno... Dos... Y tres.

No funciona.

¿Cómo eran las palabras?

Suena un rumor lejano que se aproxima.

¿Cómo eran?

El rumor se tornan miles de voces demoníacas que gritan al unísono.

¡Dios! ¿Cómo eran?

Los gritos suben de intensidad. Van cayendo los postes de teléfono y los árboles del vecindario. Alarmantes chispazos anuncian males terribles.

No las recuerdo... Eran... "No es lugar...No es un buen lugar..."

Los gritos son la antesala de una polvorienta turba de deformes demonios antropomorfos, todos ellos encolerizados.

Vienen a por mi. Todo lo consumen a su paso, desde la verja de mi jardín hasta mis macetas, el muelle, la barbacoa, el propio lago y los abetos. Todo lo arrollan y todo lo que arrollan lo consumen. No son pocos los soñadores que han caído bajo sus fauces.

Pero yo no. Hoy no, nenes...

Yo no voy a caer, porque yo soy peor que ellos. Y eso la reina lo sabe.

Aunque de momento me contento con desaparecer.

Uno, dos y tres...

- "¡No hay lugar como el hogar!"

Día 6

No es que me guste mentir, pero tanto tiempo intentando borrar mis

pasos han hecho de mi una mentirosa compulsiva.

Al divorciado de los mil traumas ya me lo he ganado de aliado; también a la chica agradable y al imberbe barbilampiño. Solo queda el pobre niño de la silla de ruedas, tan sumido en sus desgracias que no se atreve a otear el horizonte. Yo le podría ayudar; les podría ayudar a todos si quisieran.

Rectifico... A todos no. A esa cucaracha con forma humana no. Esa criatura del demonio solo sale de la oscuridad para emponzoñar la mente de otros. Es el que venía a invadir mis sueños. Es el mismo que me persigue a diario y en mis noches familiares, cuando lucho por conservar la cordura. Y ahora por fin me ha encontrado. Pero aquí estoy, plantándole cara. No tiene suficiente fuerza su oscuridad para apagar mi luz. Aunque puede apagar a Otros... Al minúsculo joven disminuido de la silla. A ese ya le acompañaba de antes la oscuridad, y ha sido un blanco fácil para ser como él. Les escucho como un leve rumor bajo las enseñanzas de la terapeuta. Le intenta llevar a su terreno, y el muy tonto cede, entierra cada vez más sus ruedas en el fango cenagoso de sus sombras, y a ellas va como una solitaria oveja perdida de su rebaño.

- Todo es muerte y a todos nos rodea -le escucho conversar-, cuando comprendas que morirás podrás soltarte sin preocupaciones de esa silla que te tiene lastrado. Cuando comprendas y no solo lo sepas. Todo el mundo lo sabe, pero en el fondo nadie lo cree. Todos creen que en cierta forma son inmortales. Aunque tú no, tú sospechas que puede ser cierto... Has sufrido demasiado para creerte inmortal.

- No le escuches -le ordeno-. Él es la muerte. Quiere llevarte con él.

- ¡Y qué! -me contesta molesto-. Él tiene razón. He sufrido mucho ya. Nadie sabe lo que yo he sufrido. Nadie puede hacerse tan siquiera una idea. Si la muerte es a donde voy... ¿Por qué no facilitar las cosas? Tú lo deberías saber. Eres vieja. Pronto morirás. ¿Es mejor morir sufriendo y negando lo evidente?

- Has venido aquí para aprender a caminar en sueños -le respondo intentando hacerle recapacitar-. No has venido a aprender a morir. En el fondo nadie quiere morir. Siempre buscamos una salida y los sueños lo son. ¡Créeme! Yo llevo años viviendo de las ilusiones de mis sueños.

Es entonces cuando el hombre de negro me mira directamente a los ojos. Parece enfurecido. Sin querer he despertado en el la ira, y sé que pronto vendrá a por mí. Borrara algún nombre de su apretada agenda y lo cambiara por el mío.

Noche 7

Llaman a la puerta, pero nadie hace gesto alguno por abrirla. Solo cuando les muestro mi interés provocho en la terapeuta una reacción acordé a las circunstancias.

- Han llamado a la puerta.

- ¿Puede ir usted a ver quién llama?

No le respondo. Me incorporo y salgo encaminada a la puerta, pero antes de llegar vuelvo sobre mis pasos. He olvidado algo. No deje en su lugar la corona que otorga identidad a su poseedor como el hijo de Dios. Es la corona del hijo de los hombres, señor de las ilusiones. Aunque cada vez va disminuyendo más su poder.

Me agacho trabajosamente ante el muchacho de la silla y le coronó con la de espinas. La clavo bien profunda en su frente y compruebo como sangran sus heridas .

Mañana dejará atrás su tierra, su gente y hasta su nombre. Pasará a formar parte del laberinto y además, le agradecerá permanecer en él.

Eso sí yo no lo evito...

La turba comienza a impacientarse. Golpean la puerta con violencia, y en cada envite amenazan con tirarla abajo.

Corro a abrirla y a la primera que juzgan es a mí. Todos van desnudos de cintura para abajo, y podría llegar a ser irrisorio verles de esa guisa si no portaran en las manos palos, horquillas, guadañas y todo tipo de objetos a modo de armas.

Me empujan y apartan a un lado. En definitiva le quieren a él. Parece que el mero hecho de haberle coronado con las espinas ha hecho que distraigan la atención sobre mí.

En el exterior se respira un calor sofocante, y el encarnado sol vespertino apura sus últimas horas castigando duro a la procesión que deambula calle arriba. En lo alto puedo ver el golgota con la cruz como referente marcando el lugar. Hacia ella nos dirigimos a pausado caminar.

Un pie, otro... Cae rendido y vuelve a incorporarse.

Al principio era yo la que tiraba del muchacho, pero ahora mi labor la han asumido otros más dispuestos a torturarlo. Le atosigan con gritos y golpes. Los que no pueden llegar a él le lanzan piedras y todo tipo de objetos. Yo misma sufro en mi mejilla el impacto de algo duro y áspero.

Cuando cae al suelo puedo ver lo que es, un pez medio podrido que pisotean los que me preceden.

Observo en especial a unos niños entre la gente. Portan cuchillos afilados que no dudan en clavar repetidas veces en los miembros inferiores del reo. Éste ni se inmuta ante tal escarnio público. Aguanta estoicamente mientras es arrastrado hasta los pies de la recia cruz de madera. Allí le aguardan los verdugos con sus martillos y sus clavos.

Es la antesala al laberinto que existe más allá del monte Calvario. Funciona así: Clavan a los profetas en las cruces y luego las talan. Así caen a alguna parte de la inmensa construcción.

No sé sabe que ocurre con los condenados. Nadie se interesa más por ellos. Es como si esa acción purgara esos pecados y los pecados del pueblo.

Pero esta vez pienso que será diferente. Esta vez yo estoy aquí y le miro mientras sufre. Si puedo mirarle también podría ser capaz de emprender alguna acción para salvarle. Es lo que yo pienso...

Lanzan la cruz al suelo y desde ahí comienza la ceremonia.

Al primer clavo crujen sus pies. Con uno solo han sido capaces de unir ambos en una base de dudoso aguante. Dos corpulentos hombres le retienen mientras el tullido lucha por liberarse. El estoicismo que hasta aquí demostró ahora se ha esfumado. Grita y se convulsiona de puro dolor.

Luego la mano derecha, cruje y se deforma bajo el negro clavo. Por último la izquierda.

La sangre brota como una granate alfombra que llega hasta mis pies. -"Es mi sueño" -recuerdo- "y yo lo controlo".

A duras penas puedo verle entre la multitud congregada a su alrededor. Todos empujan luchando por colocarse en un buen lugar para contemplar aquel sangriento espectáculo, y justo en el centro, ante los pies del reo le veo a él. El hombre de negro que espera.

"Es mi sueño y yo lo controlo".

No es un Dios el que ahora elevan sobre sus hombros a horcajadas. No es tan siquiera un hombre. Es solo un muchacho encerrado en un cuerpo inútil y tullido.

Le veo clavado en la cruz bajo una verdadera cortina de sangre y pienso que es ahora cuando me corresponde actuar. Ya no puedo esconderme

más en granjas oníricas. Debo dejar atrás a mi familia y llevarla dentro, siempre dentro. Pero no convivir una y otra vez con una ilusión. Ese chico me necesita, al igual que otros durmientes que aún no conocen las intenciones de las cucarachas. Yo, pese a lo que pese, he conocido a muchas, y a muchas he vencido. Y a esta que me mira también la venceré.

Pero hoy no. Ahora estoy en horas bajas e inferioridad de condiciones. Toda esta turba se me echaría encima si me declinará por atacarle.

A veces es mejor huir.

Despliego mis alas provocando el griterío del asombrado gentío, y abrazo en el aire al convicto. Es la noche mi lugar. Escucho el crujir de sus huesos al romperse mientras tiro con fuerza hacia arriba, siempre hacia arriba, hacia la noche que oculta mis pasos y en la que yo ejerzo dominios.

Con dificultad bato mis alas membranosas una y otra vez. Tiro con todas mis fuerzas de sus hombros.

Finalmente lo consigo. El cuerpo se desprende de los maderos.

La cruz vacía levanta una polvareda cuando cae entre ellos, y es al mirar hacia el suelo cuando le observo a él seguirme con la mirada.

Todos son él. Y su mirada atraviesa la noche.

Ahora ya me ha descubierto.

Día 8

Me encuentro muy mal.

Hoy apenas tenía fuerzas para levantarme de la cama. Solo me he activado un poco cuando he recibido la visita del chico del supermercado. Éste, muy amable, se ha ofrecido a colocar los suministros muy bien ordenados en el frigorífico.

Le he dado las gracias y cuatro euros de propina (los últimos que me quedaban en el monedero). Cuando me encuentre mejor iré al banco a sacar más.

En el contestador nada, al igual que nada en mi cabeza. Las noches de tanto esfuerzo son fatales para una vieja que a veces imagina si todos

estos delirios no serán simples trampas de una mente enferma.

Pero solo a veces.

En el fondo el mundo me habla. Me cuenta que todo es real y que lo que aquí, en la superficie, consideramos mentira tiene diferentes puntos de vista en la profundidad del sueño.

Los paquetes de comida por ejemplo, son fieles reflejos de los que salen en mis sueños transformados en edificios. Los cartones de leche, la caja de cereales, el envase del zumo de naranja, todos conforman ese pequeño pueblo onírico por donde me muevo. Las cortinas de mi casa están tejidas como el atardecer que aparece en mis sueños, y los caballos que corren en la lejanía cuando miro por la ventana... Aquí están. Son las figurillas de escayola chapada en oro que mis pobres suegros nos regalaron para nuestra boda.

Me gustan mis sueños, para qué negarlo. Y me gusta como los sueño. Sin cortapisas ni filtros. En ellos soy de nuevo yo, esa chiquilla aventurera y sagaz tanto capaz de volar muy alto como de penetrar en lo más profundo de mi propias cuevas. Soy la poderosa vampira adolescente y la entregada esposa y madre de tres.

Pero no se puede vivir siempre en los sueños. ¡Ojalá se pudiera!

Tarde o temprano acaba una estrellada en la cruel realidad de una puerta que suena, de la indefensión de las formas y las maneras. El protocolo me arrastra a abrirla mientras el mundo da vueltas. Me hace caer y lloro.

La chica vampira no lloraría.

Vas a estar mejor en ese lugar me gritan los deformes personajes de mi sueño. En sus manos la burocracia de celulosa manchada de tinta de vivos colores y radiantes dentaduras.

Levantán una sombra alargada sobre mí y la dejan caer con fiereza. No una, sino dos, tres y cuatro veces. Parece una pala de sepultura.

Todo es confuso para mí. Quiero desplegar las alas y no puedo. Es tarde para volar, es tarde para el durmiente cuando suena la alarma, y tarde para mí cuando los blancos me envuelven y arrastran hasta los llanos, donde el mar ahonda la roca.

Sueño mientras otros me sueñan. Abro los ojos durante unos instantes y les veo arrastrarme a través de una ladera de césped mojado. Son dos monstruos deformes, quizá sean las representaciones oníricas de mis hijos tan deseados y tan frustrantes. No lo sé. En el fondo no estoy ahí sino más abajo, en mi habitación de invitados. Hago la cama luchando por combatir las arrugas de las sábanas superficiales. Debo dejarlas lisas. Abajo quiero escuchar a mi familia, anhelo escuchar el traqueteo de los desayunos y como Antoine logra dar las tostadas y los tazones de leche a los chicos, mientras les prepara los almuerzos para que se los lleven al colegio.

He vuelto sin querer a mi antiguo sueño, en el que soy feliz. Pero en el fondo ya no soy inconsciente, en el fondo siento que todo es mentira, y que todo lo que maquino es el resultado de lo que ocurre a cientos de kilómetros sobre mi cabeza, sobre esa ladera de mojada hierba.

Silencio.

Ya no escucho nada y me duele en el corazón. Los niños ya no ríen y ya no escucho hablar a Antoine.

Algo malo pasará.

Bajo corriendo las escaleras y descubro allí a la sombra.

Sostiene en brazos a mi Antoine. Solo lo que queda de él. Un trozo de madera vieja y quemada que se resquebraja y se troncha al caer sobre el terrazo.

Esparcidos por el suelo también descansan mis niños, astillados; y en el fondo estoy yo. Y el terror de contemplarles ahí me hace débil.

- ¡Dame la mano! - me ordena la joven versión de mi misma.

Pero no consigo obedecer. No consigo hacer nada más que dejarme caer y abandonar. Estoy muy agotada ya.

- ¡Dame la mano ya! - Me repite-. Yo también estoy cansada, pero tenemos que escapar.

No puedo escucharla. Ya no puedo hacer nada más que enclaustrarme en mi misma y en mi confusión. Dejarme llevar y dejar que alguien me cuide. Aunque no exista ese alguien.

- ¡Me avergüenza ser tu! - me grita la chica vampira-. ¡Coge mi mano! Volveremos a construir nuestros castillos en otro lugar. Volveremos...

Deja de hablar.

El hombre cucaracha ha clavado una de las estacas que ha sacado del destruido Antoine en el pecho de mi misma.

La vampira lucha por no ser consumida por su corrompido pasado. La estaca familiar penetra profunda en su pecho ensangrentado de negros y ocres. Y grita; ahulla de dolor mientras el hombre de negro aferra sus alas intentando en vano desmenbrarlas.

Mi pasado me tiende la mano mientras yo me encierro cada vez más en mi misma. No puedo enfrentarme a algo tan nimio como quitarme esa espinita clavada. No puedo hacer nada salvo mirar la pared, salvo ser yo misma la pared de este geriátrico, lisa, gris y llena de imperfecciones y arañazos.

Pero algo ocurre al margen de mi voluntad de mantequilla. Lo veo borroso sin gafas, pero es algo excepcional. Casi un milagro, si estos existieran.

Todos están aquí. Los tres que he podido rescatar. La súper chica de voluntad de hierro enfrenta a la cucaracha mientras se interpone entre ella y mi deshecho cuerpo que llora. El muchacho sin causa golpea en el pecho a la criatura pero esta ni se inmuta. El niño del escudo también acude, pero se mantiene al margen, sin saber muy bien que hacer.

Veo también unas ruedas. Se adivinan entre la oscuridad de un gran tubo de riego. Pero no puedo sacar nada de ellas. Es un objeto inerte sin dueño ni esperanzas.

El muchacho de las gafas de sol atrae mi atención. Empuja con fuerza al engendro, incluso le hace retroceder. Pero es la cucaracha con su tremenda determinación la que hace girar la balanza a su favor. Indignada por ser hostigada engulle sin más el brazo del muchacho. La terrible herida le hace aullar de dolor.

Otros ataques llegan entonces. Las patas del insecto se clavan feroces en su rostro y abdomen desparramando sus entrañas por el suelo. El herido retrocede y cae protegiendo su cabeza entre las rodillas. Podría haber sido mucho peor si no se hubiese antepuesto entre ambos el escudo y el escudero ansioso por intervenir.

Mi anhelo por destruirlo me ha cegado impidiendome ser consciente de que nada se puede contra la voluntad de un maestro del sueño. En contadas ocasiones he percibido a alguno de estos, y no es la cucaracha uno de sus miembros... Pero si quien comanda a la cucaracha.

Conozco de sobra a la reina.

Pronto las pisadas de todo un ejército hacen temblar la estancia. Son armaduras negras y brillantes, como las alas de la cucaracha. En definitiva son sus hijos. Caminan aplastando lo todo a su paso y no se detienen ni aún cuando esos tres les hacen frente.

Les veo desfallecer bajo los metálicos pies de las armaduras. El guerrero herido de muerte es el único que vuelve una y otra vez a levantarse. El odio y la frustración le hacen fuerte, y le promueven la póstuma fuerzas para un último ataque. Se deja caer contra ellos en un suicidio seguro. Su cuerpo se envuelve de fuego, como un meteorito deshaciéndose mientras penetra en la atmósfera. Podría haber vencido en ese kamikaze ataque. Podría haber vuelto a restablecer el equilibrio con su sacrificio de no ser por la superheroína que provocó un cambio de trayectoria en el ultimísimo segundo. Da un volantazo a su determinación y se condenan juntos por el acantilado de la consciencia. Creo que han muerto, porque no consigo verles. Un acto de amor tan desinteresado como inútil.

Yo, por mi parte, huyó por la ventana. Escapo desplegando mis membranosas alas de quiróptero mientras lucho por conservar en mi bolsa a mis hijos, a mi marido, la casa de mis sueños y mi año, 1997.

Pero no consigo permanecer en vuelo. Sangro demasiado por mis heridas, y este peso... Demasiadas cosas para unos bracitos tan débiles...

Miro hacia atrás y contemplo sus respectivas muertes. El muchacho de las tripas por fuera muerto de un infarto mientras penetra con fuerza a una muñeca sin rostro en algún bar de carretera. El jovencito del escudo se suicidara por vigésimo tercera vez en la soledad de su habitación, pero esta vez nadie llegará a tiempo de detener la hemorragia. La que me sorprende es la chica ; muere ahogada en uno de los fosos oníricos del castillo dorado. ¿Es una muerte ficticia? Parece tan real que me cuesta creerlo. Y si hasta ahí ha llegado es por enfrentarse a la reina. Mucho más de lo que yo he conseguido.

Quizá...

Quizá no esté todo aún perdido. Quizá si que pueda tener una oportunidad con ellos...

Es a esa conclusión a la que llegó justo antes de estrellar mi cabeza en la dura piedra de los acantilados.

Capítulo 5

El herrero

Noche 1

Yo tenía una fragua donde forjaba todo lo que necesitaba. Forjaba ilusiones, forjaba penas, delirios y algún que otro consuelo.

Trabajaba de sol a sol pagando mis deudas con sudor, pero era una labor agradecida. Tenía una profesión respetable y me sentía bien ejerciéndola.

Venían a mi soñadores de todas partes de esta fantasía que comparto, y todos con múltiples pedidos, infinitos para enumerarlos aquí.

Desde las tierras de vaivén hasta las montañas de la caída todos me conocían y todos querían negociar conmigo.

Pero esa es solo mi vida.

En el hipotálamo, en una pequeña ensenada rodeada de árboles llorones guardaba una blanca barca que semestralmente echaba a la mar. En mi efímera existencia como soñador buscaba algún indicio de eso que una vez fui. Aunque lo llevaba tan en secreto que solo podía compartirlo con mis múltiples voces, todas ellas inquisidoras y recurrentes.

- Déjalo ya. ¿Eres tonto? No busques más. Tú nunca has sido lo que piensas.

- Ya te lo hemos diiichoooo... Es por tu bieeen...

- Pero él solo pretende aprender más de si mismo. ¿Lo entendéis? Es una forma de autoayuda, de escapar de si mismo.

- Hay muchas formas de autoayudarse, y ninguna es volverse loco de esta manera.

- ¡Que os follen! Yo me piro.

- Si, dejanos en paz de una puta vez. Yo estoy contigo. Vámonos.

- Eso, salid corriendo...i Imbeciles!

Iba a replicar. Dar media vuelta y agarrarme del cuello. Pero verla ahí plantada, en mitad de la carretera, me contuvo. Incluso me hizo olvidar que estaba peleando conmigo mismo.

Era casi una niña, medio mujer, y toda ella maldad. Guardaba sus alas de ángel precintadas bajo las faldas, los cuernos cortados y los colmillos limados.

Podría haber pasado por un ángel de desprender los ángeles esa lujuriosa voluptuosidad.

- Me llamó Estefania - me aseguró - . Hola.

Esas fueron las palabras, la invocación que desató mi desdicha, y cien años de oscuridad.

Ahora estoy aquí, en los pozos. De luna a sol y viendo pasar millones de rostros, a cada cual más bello, pero sin resultado aparente. La reina siempre quiere más. Nunca se sacia. Exprime la esencia del sueño en busca de más pobladores. Y cuando parece agraciada con mis hayazgos, vuelve a requerir más. Ni yo mismo comprendo el porqué.

Lo que sí comprendo es que desde que la vi no ha pasado un minuto que no dejará de amarla, y más sabiendo de lo efímera que podría ser su existencia, tan atada al viento como un castillo de naipes. Ella, con su inconsciencia me hizo comprender que no se trata de estar, sino de ser. No sólo permanecer en el lugar en el que nacemos a Morfeo cada noche. Ser una entidad completa, autónoma y única. Distinguirnos de entre otras miles, como una estrella. Por eso el universo es lo que es por estar hecho de millones de estrellas.

- La vida es dolor. La vigila está llena de frustraciones. Por eso yo prefiero los sueños - exclama, y sus palabras se hacen un testamento a seguir.

Y pensar que fui yo quien la sentó en su lugar... El trono de luna rota siempre había estado vacío. Ni siquiera en los tiempos de Chlamidrion fue ocupado por familia alguna. Ahora está vivo. Palpita de pura magia y respira el poder de los sueños. Con ella en el trono se han enriquecido las tierras de Oníro con millones de especies jamás imaginadas por el hombre. Y eso ha sido posible vetando precisamente al mismo hombre y a su exclusividad como ser durmiente. Ya no es raro pasear por las tierras del pecado sin encontrar humano alguno, ahora seres de otros universos ocupan muchos dominios que antes dominaba el hombre por mayoría. En mis viajes me he topado con criaturas ajenas a todo entendimiento

humano. Ruedas dentadas de plasma cambiante y pensante, que se agrupan en colonias y gustan de fundirse con la tierra para alimentarse. Genios y hadas translúcidas de interminables extremidades y hambre voraz. Seres esféricos que son en sí mismos colonias de los mismos seres a escala diminuta. Golems de piedra y aire, y tragos femeninos hechos de simple miedo y oscuridad.

Nunca me he atrevido a cazar a ninguno de ellos, ni la reina me lo ha pedido. Solo humanos. Ese es su deseo, y así le obedezco.

2 Madrugada 644

Es mi hora preferida. Suelo deambular desde mucho antes, pero es a esa hora cuando gusto de parar a contemplar el camino que me ha llevado hasta aquí. Me paro en alguna ventana abierta y disfruto del embriagador ambiente de la noche que se va, y ésta me habla en su idioma de siglos. Me trae a esta orilla recuerdos felices de días de infancia y, sinceramente, me hace replantearme mi vida actual. Dicen que recurrir a tu pasado es una válvula de escape para no caer en la locura. Todo el mundo recurre a trucos para no caer en ella. Es fácil. Pero lo realmente difícil es salir de ella.

Yo creo que estoy loco. Vivo una vida de siglos en una realidad que controlo y que me apasiona, y... De repente, vuelvo a esta mierda de vida en una mierda de mundo en el que no quiero estar; en una mierda de cuerpo en el que no quiero estar. Y desvarío... Enferma mi mente lucha por traer de vuelta el otro mundo, se obsesiona por no perder las propiedades que nos hacen invencibles. Y es el odioso mundo real el que a su vez se obsesiona por traer a mi orilla mensajes. Pequeñas pistas de que pueden cambiar las cosas. Y no deseo que eso ocurra. Para mí solo estará ella, y quien se atreva a acercarse, ya sea durmiente o soñante, se las verá conmigo.

Ahora encuentro puertas. Pero son fáciles de atravesar.

Lo cierto es que no me resulta muy complicado entrar y salir por todas partes y caminar por los pasillos vacíos de este hospital. No hay nadie, y los que hay están demasiado ocupados con sus asuntos para pararse a preguntar quien es este desgarrado enfermo que camina por todas partes llevando a rastras el palo del gotero, como un mago errante o un mesías de saldo.

Subo por las escaleras de emergencia hasta la segunda planta y escudriño las salas donde los pacientes terminales esperan ordenados a la parca.

Sus cuerpos son cascarones vacíos, pero sus mentes son diferentes.

- Hola... ¿Le puedo ayudar en algo?

¡Vaya por Dios! Me encuentro sin querer a alguien interesado en hacer bien su trabajo.

- No - le respondo en seco-, no puedes.

"Quizá esta noche te encuentre y entonces... Si podrás ayudarme..." - pienso en voz baja.

Mi pensamiento, o más bien mi actitud, provocan que el tipo se guarde las siguientes preguntas. La intimidación no era antes uno de mis atributos, pero navegar en sueños me ha hecho un especialista en ello. Un verdadero matón.

Sin más contratiempos atravieso la unidad de oncología y me encaminó a hematología, deteniendome durante un minuto ante el resplandor de la máquina de snacks.

- No necesitas comer - me digo a mi mismo -. Los soñadores no lo necesitan. Su comida son los propios sueños.

Estoy muy delgado, escuálido y sin fuerzas, pero aún así comprendo que esa voz tiene algo de razón.

En el mapa del hospital yo soy un círculo rojo. Floto entre paralelas líneas mientras palabras flotantes me informan de que ando perdido. Los pabellones de psiquiatría están justo al otro lado del hospital. Camino en la otra dirección y me alejo cada vez más.

Por eso doy media vuelta.

Esto en sueños no me pasaría. Forjaría alguna herramienta para atravesar estancias, o inventaría algún truco para aparecer como por arte de magia en ese lugar.

Y eso que la magia me gusta y me aterra a partes iguales. Lo cierto es que los magos siempre me han desconcertado, por eso ahora los cazo. Son un hándicap para mí. Pero los que si de verdad me apasionan son los luchadores que saben emplear magia. Con esos sí que disfruto y someterlos precisamente a ellos lo tomo como algo personal.

Cómo ahora lo voy a hacer cuando pesque a esta sirenita guerrera. La que se entromete y nos espía. Nuestro castillo parecía inexpugnable, antes de su coincidencia, y lo volverá a parecer cuando arrastre su piel a tiras y la

esparza como una alfombra por todo el salón.

Me observa tras el cristal y me ve. Yo la observo tras ese antifaz y sonrío. Nuestro caminos no están tan alejados como ella cree. Cuando las pastillas hagan su efecto dormiré. Muy pronto dormiré, y así será mía.

3 El cuadro pintado a mano

Ando por desiertas estepas mientras el sol de poniente va arrastrando cada vez más mi sombra por el camino. Ni una montaña, ni tímida elevación, todo este altiplano parece el mismo desde hace kilómetros.

Aunque no sé si hace kilómetros que ando...

Sobre la interminable ladera que me acompaña observo a los monjes ascetas. Tocan en reverente silencio sus instrumentos, que son en su mayoría aulós, chirimías y otros instrumentos huecos de viento.

Quiero y me esfuerzo por escuchar aquella melodía, pero el sonido del viento cortante me lo impide. Maldigo a dios y al demonio, culpandoles a ellos de promover mi incapacidad, pero de nada me sirve. Sólo para comprobar de nuevo otra vieja discapacidad: el fallo que impide a mis ojos llorar.

Al fondo, a lo lejos se vislumbra nublada la montaña con torso de mujer. No es la primera vez que la veo. Más de una vez me he topado con ella cuando se ha requerido mi presencia por estas tierras, tan al borde de la frontera con la vigilia. Llegar a ella es muy difícil. Siglos de desierto dan paso a un proceloso mar de nubes rojas de atardecer que aíslan y separan esa construcción de cualquier simple durmiente. Unos siglos casi eternos de camino para llegar a algo que quizá pueda desaparecer tan sólo al tocarlo. Una ilusión tan efímera e irreal como lo puede ser un espejismo.

Hoy también la pasaría por alto si mi destino no fuera precisamente dicha construcción.

Emprendo camino decidido hacia ella. Al principio con la determinación que empleo en todas mis tareas, pero poco a poco voy tornandome alguien más pragmático, utilizando trucos y potentes herramientas para acortar distancias.

Barajo múltiples técnicas.

Ante mi imposibilidad de volar sé que podría cambiar de localización girando sobre mi mismo, pero podría ser peor, podría incluso alejarme más de mi objetivo.

También intuyo que podría llegar lejos empleando mis habilidades como forjador. Podría golpear el yunque una y otra vez hasta deformar el sueño y hacerlo más maleable. Así podría plegar sus capas solapandolas y de esta manera hacer que inmensas distancias pasarán a ser simplemente peldaños de una escalera.

Podría engañar a las mecánicas de sueño de muchas maneras, pero un griterío a mi izquierda me distrae.

Hay personas en aquellas ruinas. Es un grupo reducido y homogéneo, y buscan algo entre las piedras, bajo los derruidos arcos y las paredes caídas. Uno de ellos me descubre aquí abajo, en el sendero, y alza el brazo saludando. Imitan el gesto los otros, mientras vitorean mi nombre.

Es normal. Yo soy el mayor héroe de mis otras personalidades.

Uno de ellos encuentra algo, y tras sacudir la tierra que lo cubre me lo enseña. Lo sostiene sobre sus hombros y lo muestra al mundo, como un trofeo, o una presa recién cazada. Es el retrato de mi padre. El mismo en el que reposa semisentado en su despacho con el traje de lino gris y la corbata negra mortuoria. El mismo que me ha mirado siempre desde su pedestal inalcanzable. El mismo sin duda.

"¡Ique hace ese imbecil!" - me digo indignado al ver como aquel mozalbete lo agita como la pancarta de una manifestación. Ese retrato coronaba el comedor de la vieja casa de nuestra familia. Es algo personal e inamovible. Nadie debería sostenerlo así, y mucho menos jugar con él.

Juegan con el cuadro, ego juegan conmigo. Golpean, lanzan, corrompen... Retazos de seda granate y barras de acero. Eso es lo que ahora veo.

Me es imposible girar la cabeza sin tener que ver irremediabilmente el ayer. Y no quiero verlo. Alguien sin pasado es alguien imperturbable. Por eso las piedras no cuentan su pasado.

Decido avanzar a completar mi misión sin que aquello me detenga, pero estoy demasiado afectado para que no se me note. Doy un paso más hacia la mujer montaña, dos pasos, tres... Alcanzo desde aquí a ver el mar rojo en toda su plenitud. Podría atravesarlo si quisiera. Podría disipar las nubes con mi simple voluntad; o simplemente teletransportarme al otro lado con mi habilidad de forjador.

Pero no puedo consentirlo. La furia me corroe por dentro. Vuelvo sobre mis pasos preparándome para dar un escarmiento a esos imbeciles. Soy

un forjador, soy el que domina los sueños, y su mano derecha. Tengo tanta fuerza en este mundo que no puedo consentir que una miserable brizna de mi propio pasado amargue mi existencia.

Y así lo hago.

Destrozo las ruinas a mi paso. Algunas de las personas que allí esperaban salen ahora corriendo despavoridas, pero de nada les sirve. Voy dándoles caza de una en una. Las golpe, las lanzo con violencia contra las ruinas, las destrozo bajo mis pies a pistones, y cuando quiero darme cuenta ya nada queda de ellas. Mi ansia homicida a conseguido lo que siempre consigo, dejarme solo contra el mundo.

Bajo mis pies la cara de mi padre se adivina bajo la sangre y los trozos de piedra. Me juzga desde ahí.

-No padre - le digo-, esto se acabó. Esto es una despedida... Tengo ya a alguien... Alguien... ¡Fuerte! Alguien que me quiere... Creo... Y que me va a hacer mejor... Mejor... Persona... - dudo al decir ésto último.

4 El mirlo blanco

Será fácil. Sólo debo entrar ahí e intentar convencerlo. Es solo un niño, y aunque a vista de otros parezca perverso, es lo que se debe hacer.

El niño permanece ajeno a la situación mientras lee su cuento. Quizá para él yo sólo sea un aburrido adulto más; algún enfermero con la rutinaria visita de rigor. Pero yo soy mucho más.

Yo soy un cazador, o mejor dicho, un pescador de soñadores. Mi labor es sencilla. Los descubro, los selecciono y los pesco. Y luego se los enseño a mi reina.

La verdad, es un trabajo pesado, pero agradecido, y más cuando los descubres después en el otro lado, convertidos en seres felices, agricultores, guardias, camareros, incluso príncipes. Todos tienen un fin definido, una vida plena, y son muy felices, que es lo que importa.

-Hola - le digo con una gran sonrisa-, ¿te gusta ese cuento?

El niño se asusta a la primera impresión, trata de escapar de mi y alertar a sus padres. Pero sus padres están muy lejos, en el lado de la vigilia.

- No tengas miedo. Soy Tomás - invento un nombre-. Soy de los buenos.

-No pareces bueno - me dice. Un niño avisado, sin duda.

- Pues lo soy. Y he venido a buscarte por una razón - le explico observando de reojo la prominente panza de su madre-. Ese bebé que viene va a ser el centro de atención de tus padres. ¿Sabes lo que quiero decir?

El niño niega con la cabeza.

- Te los va a quitar. ¿No lo entiendes? Va a ser el dueño de tus juguetes, de los cuentos, de los muñecos... Se quedará con tus papis y tus abuelos, y tú te quedarás solo. ¡Solo!

El niño comienza a hacer pucheros; arruga la nariz y empieza a llorar. He conseguido atterrarle.

- Pero hay una solución para que ese bebé nunca pueda hacerte daño.

- No me va a hacer daño - interviene el niño con un ataque de ira-. Yo le pegaré.

- No debes pegarle. Tus papas dejarían de quererte. Aunque tengo una solución. Mis pajaritos se lo pueden llevar lejos. Míralos. Los tengo aquí.

Acerco mis manos abiertas a su rostro infantil, mostrándole su interior como si fuera un tesoro. El niño se acerca curioso. Dentro hay, en efecto, unos pequeños gorriones que saltan y aletean sin escapar de mi mano.

- No van a poder. El bebé pesa mucho y esos pájaros son muy pequeños.

- Son muy fuertes, ya verás. Esta noche deja las ventanas abiertas. Ellos entrarán sin hacer ruido y cogerán al bebé. Y ya nunca más tendrás que preocuparte de ese niño tonto.

- Es niña - me dice sorprendiéndome con esa apreciación.

- Bueno... Da igual. Niño o niña, la cuestión es que te quiere quitar a tus padres, y no le vamos a dejar.

- Se va a llamar Alexandra, y yo seré su hermano mayor.

- No. Espera...

-iy debo protegerla! Me lo dijo mi papi.

- Si. Eso está bien. No he dicho que no lo hagas...

El niño comienza a cerrarse a mi, y eso no lo puedo consentir. Si la reina se entera de que fallo en mis capturas... No sé qué me haría.

Rápido ideó un plan. Todo el tiempo es precioso. Ya aplicaba esa máxima en ese mundo, al otro lado, y me sirve también para éste. Observo a sus padres; memorizo sus caras. Debo haberles visitado en alguna ocasión. Durante mi periplo como mano derecha de la Reina he conocido a muchísima gente, y estoy seguro de que he pasado antes por su casa. He pasado por casa de todos.

De pronto les recuerdo. Darío, el padre, fue durante años un mercenario al oeste de los llanos de Horh. Una tierra de inútiles maleantes, eternamente obsesionados por el sexo y los vicios de todo tipo. Aún hoy, habiendo perdido el modo de entrar, aprovecha algunas noches para acostarse con la proyección de su secretaria.

Lira, la madre, pasó por este mundo fugazmente, pero su estancia estuvo marcada por lo que sucedió en la plaza de aquel pueblo. Quizá fue una experiencia que la dejó traumatizada. No lo sé. En su sueño sostenía a un niño que apenas andaba. No parecía el mismo niño que tengo ante mí, incluso me atrevería a pensar que se trataba de una niña. El lactante hacía además de caminar sobre el borde de una fuente vacía. Acto seguido la madre discutía con alguien muy parecido a ella, una hermana o una amiga. Luego volvía a buscar a la niña, pero ya no estaba. En su lugar ahora la fuente sí contenía agua, pero manchada de sangre.

Ella ha arrastrado ese sueño durante toda su vida.

Él también el suyo, pero cada vez con amantes diferentes.

Puede que alguien más humano que yo optará por dejarles en paz. Hay más familias por ahí que se merecen perder a un hijo.

Puede...

Pero yo no estoy aquí para dar lecciones de humanidad.

Busco en sus sueños como si buscara en una cinta VHS. Necesito encontrar algo que me sirva; algo que les ponga en evidencia. Y lo encuentro.

"No lo quiero" -grita llorando la madre-"no quiero ser madre de ese niño"

- "Lo odio" - exclama el padre-. "voy a terminar aborreciéndolo".

El niño sabe que se refieren a él. Entre lágrimas observa la última imagen congelada de su padre. Él lo idolatraba; también a su madre. No entiende qué ha llevado a sus padres a decir esas cosas de él.

Sé que no es real lo que le muestro. Son pequeños fragmentos extraídos de aquí y de allá. Pero el resultado es efectivo. Se viene conmigo por propia voluntad.

Un adepto más para las filas de la Reina.

En otra faceta de mi vida hubiera pensado que lo que hago es cruel, pero ahora que lo veo todo con tanta nitidez pienso que el fin justifica los medios.

Lo único que me preocupa es ese pajarito blanco que revolotea despreocupado entre mis gorriones. ¿Es un presagio?

Le observo y no puedo justificarlo. No tiene cabida en mi mundo, y aún así me acompaña adonde voy.

5 anzuelos

Hoy de nuevo vuelvo a los confines del sueño. De nuevo paso por las tierras yermas donde te asaltan los recuerdos; y de nuevo atisbo el misterioso mar de nubes rojas. En su centro se alza magestuosa la isla de la diosa. Aquel odioso lugar adonde nunca puedo llegar.

La otra vez le mentí, y me culpo todos los días por ello. Ha sido mi primera mentira, una mancha en nuestra pulcra e idílica relación. Y por mi culpa. Ha sido por mi culpa...

No sé hasta dónde alcanzan los poderes de mi reina. No sé si es consciente a día de hoy de mi ineptitud, o si simplemente le da lo mismo. El hecho es que he fallado. La misión era sencilla. Investigar esa extraña isla y pescar al constructor que reside dentro.

La reina puede sentir su presencia ahí dentro, yo lo sé. Puede saber si está o no. Y aún así mi estupidez me llevo a decirle que lo había capturado.

Recuerdo que ni me miró. Se limitó a decir: - "Buen trabajo. Sigue así." - pero ahora no sé cómo tomarme sus palabras. Quizá era una advertencia. No lo sé. Lo cierto es que ahora vivo con miedo por las represalias; por la incertidumbre de ser descubierto o... Lo que más me aterra... La

expulsión.

No quiero ni plantearmelo. No sabría que hacer si ya no estoy a su lado. Capturo a otros durmientes sin cesar. Planto redes, lanzo cañas y preparo anzuelos en mi búsqueda incesante de incautos. Pero nada es suficiente para la culpa que me atosiga, que me oprime el pecho y me deja sin respiración. Mi autoexpiación nunca llega a completarse. No solo no llega, sino que se vuelve cada vez más en mi contra.

Debo hacerlo. Capturar a ese desconocido me devolvería la confianza que ya no tengo. Pero... por alguna razón, se me resiste.

Por eso estoy aquí al otro lado. Por eso me he esforzado en arrastrar a mi maltrecho cuerpo físico a este lugar, a esta decadente realidad de carne, sangre y suciedad. Y ahí está él, un tipo simple y normal. Me atrevería a decir más débil de lo normal. En su silla de ruedas y soltando chascarrillos y tonterías que no llevan a ningún sitio. Aquí ha creado un muro a su alrededor, al igual que ha creado en el otro lado a la diosa. Pero aquí es débil. La carne es débil. Y a ella me apegó para capturarlo, arrastrarlo y llevarlo conmigo hasta la Reina.

Aunque no está solo. Por algún lance del destino su vida va unida a la de estos otros cuatro soñadores.

Pero no hay problema. Tengo anzuelos de sobra.

6 estrategias

He entrado desde el otro lado, y me he permitido la licencia de tantear uno por uno a los acompañantes del minusvalido. Cada uno con sus debilidades y taras... Puede que en su conjunto pudieran llegar a plantearme algún quebradero de cabeza, pero individualmente puedo comérmelos sin apenas esfuerzo.

La idiota de las mallas, por ejemplo. Pensé que con sus aspiraciones de salvar almas iba a ser la más difícil, pero se ha rebelado ante mí como una pobre chiquilla a la que sus problemas mentales la han llevado a estar encerrada de por vida en un centro psiquiátrico.

Los otros no plantean mucho más. El chulo de las gafas de sol es un pobre desgraciado que no tiene donde caerse muerto, y la desesperación de su pobre situación personal le han arrastrado a convertirse en un verdadero kamikaze, loco por perder la vida, o que se la quiten.

La vieja, tres cuartos de lo mismo. Pérdida entre los mierdosos recuerdos de su polvorienta vida se piensa que es más que los demás, y sólo acaba

de aprender a caer en picado. Aunque yo la dejo hacer. Quiero ver hasta donde es capaz de llegar.

El gordito y el minusvalido si que me han sorprendido. Han conseguido crear con sus fantasias una especie de concilio más allá del sueño que les protege. Ni ellos mismos saben qué es ese templo que piensan han creado. Y la casualidad se ha aliado con ellos. Pero todo es cuestión de tiempo.

Tarde o temprano saldrán de su protección de siglos, y yo estaré ahí para cortarles la lengua. Para rasgar la piel de sus cabezas y mutilar sus mentes.

La reina no quiere individualismo. La reina quiere una comunidad idílica, y yo la voy a ayudar a conseguirlo.

Aunque he llegado a flaquear y eso me preocupa. ¿Podría ser que no estuviera a la altura? ¿Podría ser que yo no fuera el hombre adecuado, mano derecha de la Reina? Yo solo soy un herrero, y eso es un veneno que me estremece cuando estoy ante su presencia. Un ser de luz como ella merece algo mejor a su lado que esté saco de plumas y huesos en lo que me he convertido. Ya casi no pruebo la carne, y mi martillo flaquea al templar el acero. La gran construcción se ha convertido en mi perdición, pero solo yo me metí en esto. Quizá para ser único e importante en algo. O quizá porque estoy enamorado de ella. Estefania... Mi pequeña niña anciana... Que no te daría yo...

7 la gran verdad

Hay lugares de poder. Siempre lo he sabido. Cuando solo contaba con diez años ya recorría a diario uno de ellos. Estaba en una vieja casona de piedra incrustada entre dos edificios modernos de dos plantas. Nunca supe a ciencia cierta a quién pertenecía. Supongo que a ancianos, dado lo vetusto de la decoración. Pero el lugar de poder no era la casa en cuestión. El lugar que emanaba un tremendo aura de misticismo eran unos geranios apostados en su derruido porche de cuarteados azulejos blancos y azules. El dueño los había situado estratégicamente para disimular el hueco imperante en uno de los extremos, pero aunque no conseguían su objetivo, el simple hecho de existir en ese preciso lugar y a ese preciso tiempo les volvía infinitamente poderosos.

Recuerdo cuando llegaba a ese lugar de vuelta de la escuela. Me detenía siempre, y siempre admiraba el rojo intenso de sus flores que amenazaban con traspasar la realidad de otros mundos ajenos al mío.

Luego crecí y me alejé del hogar familiar. Nunca he vuelto a ver esos geranios, pero los recuerdo aún más perfectamente que la cara de mi tutor. Ese padre mío obsesionado por el dinero y por darle palizas a su hijo.

Años después he sorteado con más pena que gloria algunos otros, pero siempre he llegado a ellos con el espíritu agotado. Falto de toda iniciativa y ganas de hacerlos míos.

Suerte que la encontré a ella. La ninfa de cabellos de oro. La dadivosa cerradura por la que puedo aspirar a ver una millonésima parte de lo eterno y lo divino. Todo eso y mucho más atisbo a ver reflejado en ella. Antes solo comprendía lo que el polvo entiende pegado a una bota, condicionado por una rémora, el envoltorio que dejé al otro lado del mundo de la vigilia. Veo el futuro y el pasado superpuestos, y en el futuro todo es idílico. Se ha erradicado la economía, los separatismos, y por supuesto la enfermedad. Y era tan sencillo que su simple sencillez me turba. Toda la vida es sueño, ya se dijo una vez, pero no sé tomó en serio. Ha tenido que venir una chiquilla a contarme este gran descubrimiento e incrustarme en los sesos. ¡A mi! Que todo lo sabía, y suponiéndolo lo sabía.

Se creará su reino; será próspero y sincero, y aunque sé que lo pagaré con la vida, la simple idea de hacerla feliz me consuela.

Reclutare a sus generales; les mostraré su luz, y cuando ellos verdaderamente la comprendan, volveré a verla. Entraré sigilosa al lugar donde juega con sus muñecas y le diré :

- Majestad... Se hizo.

Ella sonreirá como solo sabe una diosa y me dará un beso en la mejilla, y yo... También sonreiré.

8 la forja

No sentirse útil es algo frustrante. Pero cuando eso se enquistaba en el tiempo se suele tornar siniestro. Paseas en mitad de un baile de seres durmientes, todos ellos asignados a su propio rol, y sin querer crees que nada te queda por hacer allí. Nada por bailar, y nada por cazar.

El gran salón se alza sobre mi cabeza, y sobre los finos baldosines de nácar, decenas de bailarines completan los prolegomenos de un tango americano. Miró hacia el suelo y mi reflejo también se superpone a los bailarines bajo mis pies. A mí alrededor existen infinitos salones e infinitos

bailarines, todos ellos coordinados perfectamente entre sí.

Necesito beber algo. Tengo la boca seca. Perlas de sudor brotan de mi frente y necesito buscar a tientas un apoyo para no caer desvanecido. Quizá tenga fiebre, pero solo parece importarme a mi.

- "pensaba que la reina..." - me repito--"pensaba que ella"...

¿A quien quiero engañar? ¿A mi mismo? La reina solo quiere lo que quiere. Lo demás es solo un resto inservible del valioso contenido. Una esquirla sin valor.

Pero me obceco con dar valor al polvo inservible. Les grito e interrumpo el suave fluir de los durmientes. Ninguno estaría aquí si yo no lo hubiera propiciado. - ¡Yo les pesqué! - me reafirmo, a pesar de conocer de antemano lo inservible de mis pretensiones.

¡Manifístate Estefania! ¡Yo luché por ti, y a ti te consagré mi vida!

Mis gritos y pataletas infantiles no han tenido más efecto que una simple brizna de hierba caída en un estanque. Una pobres ondas perdidas mucho antes de empezar.

No tiene importancia.

No la tiene, pero... ¿Y si lo hago? - me repito-. ¿Y si consigo darles caza a todos?

De repente la veo. Su reflejo pasa veloz sobre las midriaticas pupilas de uno de los seres durmientes. Es ella sin duda.

-- ¡Permítemelo! - le grito, pero no consigo atraer su atención.

Otra vez la veo, esta vez reflejada en uno de los espejos de la sala.

-- ¡Permítemelo!

Nada ni nadie parece ser consciente de mi presencia allí.

Pienso, y eso podría ser bueno. Pero mis pensamientos no van acompañados de reflexión; más bien de reproches.

En ese momento, al verla de nuevo pasar como una sombra bajo mis pies, me invade la ira.

-- ¡tú me lo dijiste! ¡Siempre sería tuyo! Y ahora me usas y me

desprecias..

Silencio.

El silencio me hace descubrir por mi mismo que malinterprete sus palabras.

- ¡lo haré! - le digo- Cueste lo que me cueste les cazaré. Y tú no tendrás más remedio que amarme de nuevo. Aunque sea un poco. Volver a darme la atención que merezco.

Y así, convencido por mi propio ego marchito me encaminó a mi última misión. La forja de nuevo iluminada, repleta de ascuas, y chasquidos espera al martillo. La fragua humeante por última vez vomita mi póstuma herramienta. La alzo aún caliente al cielo gris del sueño y desgarró la misma materia del cosmos en un vertical mazazo que deja escapar chispazos de realidad.

Aquí están, ante mi. Los cinco, y yo entre ellos, como un sexto componente de un grupo imposible.

La más escurridiza es la anciana vampira. Es a ella a quien debo toda mi actual atención. Se sienta entre ellos como si fuera el nexo de unión de un concilio decadente. Todo llega y todo pasa, y los tiempos de esplendor (aunque ella se resista a creerlo) ya pasaron para ella. Ahora se deja hacer con el Culo al aire mientras atareados enfermeros la asean vuelta y vuelta, como un pollo asado.

La miró boca abajo mientras sonrío.

- Ya no puedes escapar - le digo, y ella ahora sí que me ve.

Intenta escapar de nuevo, volver a desplegar sus membranosas alas y regresar al sueño, donde aún conserva poder.

Pero ya no puede.

Las flemas se acumulan en su sistema respiratorio y obstruyen su laringe, su tráquea y alvéolos. Va a morir asfixiada y yo permaneceré aquí hasta ver escapar el último atisbo de vida de su aletargado cuerpo.

Tranquilamente me deshago del sedal y los aparejos. En ese estado ya no me son útiles. Solo el anzuelo utilizo. Lo clavo profundo en su lengua y tiro fuerte de él mientras los sanitarios corren a prestarle ayuda.

No sirve de nada realizar más esfuerzo. La vieja se desmadeja aún enganchada al agujón. Permanece alerta unos minutos, quizá

comprendiendo que no puede ya escapar, y finalmente queda inerte.

Guardo el anzuelo y me marchó.

Ninguno de los allí presentes comprende porqué ha muerto tan rápido. Horas después, ante varias cervezas elucubraran sobre la situación, y llegarán a la conclusión de que a esa mujer le llegó su hora.

Pero lo que nunca imaginaria es que yo sostengo las horas de muchos de ellos.

Las horas que pasan, y no vuelven.

Las horas que pasan y no vuelven..

Las horas que pasan, y no vuelven...

9 La unión del cuarteto.

Esa tarde no hubo terapia.

Todos abandonaron apesadumbrados las inmediaciones de la periferia. Nadie les había avisado, y de eso hablaron varios, reforzando los pobres vínculos que les unía en este mundo.

-- ¿Qué habrá pasado? - dijo alguien.

-- Podrían haber avisado - le respondieron.

- Ha sido una faena venir hasta aquí por nada - replicaron.

La terapeuta descansaba muerta en mitad de un terraplén junto al que pasaron. Nadie reparó en ella. Y si alguno echo un fugaz vistazo, de seguro que pensó en algo sin importancia. Quizá podría ser algún saco de basura o un animal muerto.

Su ausencia no sería relevante . Ella solo era una herramienta.

En esta vida el hecho de separar alma y cuerpo podría ser considerado malo; negativo y mal visto socialmente. Pero la muerte es muy antigua y

hegemónica. Esta por encima de imperios, civilizaciones y mundos. De ella nacemos y a sus brazos nos entregamos cuando completamos nuestros pasos en este mundo. Pero la muerte es sólo un proceso. Hay otros mundos, otros canales y puertas que permanecen abiertas cuando la muerte nos llega.

Todo eso y mucho más aprendí de mi reina.

También que nadie es imprescindible y que todos, en mayor o menor medida, somos útiles.

Por eso estoy yo aquí. Por esa misma razón me rompo las manos noche tras noche pescando soñadores. Y ella es feliz con mi trabajo. Aunque es ahora cuando la noto distante, quizá algo abrumada y molesta.

- "¿será por ellos?"

¿Qué puede incomodar a aquella que lo tiene todo con solo desearlo?

Pienso que probablemente se tratará de algún tipo de asunto que escapa a mi comprensión. Nosotros los durmientes no podemos siquiera imaginar ni una millonésima parte de sus capacidades.

Ella sabe que le mentí. Sabe que la adoro y haría lo que fuera por complacerá. Incluso sospecho que ella misma podría a traer a esos tontos hasta aquí y hacerlos suyos. Pero por alguna razón no lo hace. Se limita a sonreír y observar desde su particular mirador. A veces saluda levemente a los congregados abajo, en mitad de la gran plaza de homenaje. Todos ellos curiosos por admirar su inaudita grandiosidad.

Nunca antes había existido alguien así. Ni los soñadores más viejos y experimentados recuerdan poder absoluto igual. En eones de tiempo, desde que el sueño existe, muchos han querido erigirse como engreidos caudillos locales. Las mecánicas del sueño otorgan infinitos dones, pero es la esencia del ser humano la que lleva a corromper sus deseos, a remodelarlos en beneficio propio y arrastrar al durmiente y a todo aquel que lo sigue hasta el olvido.

Ella no ha sido así. Y por eso la amo. Y yo, solo yo he tenido el increíble privilegio de servirla.

- ¿Necesitáis alguna cosa, mi sol de vida? ¿Algo os abruma?

Ella no se digna en ofrecermme ni el más mínimo interés. Permanece meditabunda. A veces sonrío, y otras la observo sollozar, o fruncir el ceño. Parece muy lejana.

Afuera, en los mundos de Oniro, todo sigue su curso. Los durmientes desarrollan su existencia apaciblemente. Cada uno en su cargo, y a su manera, la veneran. Hacen lo que ella desea y sueñan una vida feliz. Todo fluye. Y si alguien, una oveja descarriada, se aleja lo más mínimo del camino. Ella acaba con él.

En deferencia a mi reina acudiré yo. No permitiré que abandone su puesto para algo tan superfluo como cazar rebeldes. Además, a éstos ya los conozco. Sé por donde cogerlos. Conozco sus debilidades y lo atormentado de sus vidas.

Lo que no conocía era su reciente coalición.

Les veo ahora claramente, en algún punto entre las Sumna llanuras y el desfiladero de Thar.

Son los cuatro que quedan. De alguna manera han conseguido unirse antes de que yo les diera caza.

Son ya muy poderosos. El muchacho del escudo rezuma una fuerte energía azulada. Es un soldado sin duda, y servirá bien como lugarteniente a su lado.

El tipo de las gafas es oscuro y sigiloso. Un asesino explorador. No tiene escrúpulos y le servirá bien. Incluso podría sustituirme cuando yo ya no esté.

El otro tipo, el de la silla, es todo un arsenal. Conoce la fuerza de la estrategia, porque siempre la ha usado para sobrevivir. Robusto y pesado será su torre personal.

Y la muchacha....¡Qué decir de ella! La más poderosa de los tres. Domina a la perfección muchas de las técnicas del sueño, e incluso a adquirido recientemente la habilidad de volar. En sus sueños de psiquiátrico soñaba con ser una superheroína. Y lo ha conseguido.

¡Qué guerreros más talentosos! La reina estará orgullosa del trabajo que he hecho.

- Hasta aquí han llegado vuestros pasos como seres humanos.

Los cuatro se ponen en guardia. Me temen y no me extraña. Me he enfrentado a todos, y a todos he vencido en mayor o menor medida.

La fragua me otorga los cuatro anzuelos que ahora cuelgan de mis mangas. Uno para cada uno. El martillo y el yunque también me acompañan por si algo inesperado ocurriera. Y de ocurrir algo inesperado también tengo otros recursos, como el rasgar el tejido del sueño. Yo también soy poderoso, y tengo el favor de la reina.

¿Qué puede ocurrir mal?

- Todo - me responde una de mis otras voces.

Tiene razón. Si algo me han enseñado mis múltiples vidas a un lado y a otro de esta realidad es de no subestimar ni a lamás pequeña de las moscas.

Por eso mis manos han llegado antes que mi percepción a ese lanzamiento certero de cuchillo.

Lo cojo y lo examino ante la mirada atónita del ejecutor.

Otros lanzamientos se suceden a ese. Aunque ninguno supone demasiado esfuerzo para esquivarlo. El soldado se lanza ahora al ataque con su escudo de fantasía por delante. Le deshago la mejilla izquierda con uno de los cuchillos de su compañero.

Se retira sangrando y sollozante.

- Tío, tío... Esto no.. Tío... Mi cara... Me has herido...

Le veo alejarse mientras sostiene su mejilla lacerada. Salta de este sueño refugiándose en la incierta seguridad de su hogar, junto a sus paranoica familia. Un adversario menos. El primero en retirarse.

Luego le buscaré. Ahora tengo aquí a otros que parecen menos cobardes.

El oscuro consigue colocarse a mis espaldas. Es bueno. Podría haberme apuñalado, de haber sido yo tan confiado como él.

A mi alcance y a placer le destrozo el abdomen con mi martillo, como ya hice en otra ocasión. Éste retrocede dando tumbos y queda sentado de culo ante mi. No se explica cómo he podido reaccionar tan rápido. Allí,

desvalido en esa posición tan indecorosa me es muy fácil ensartarlo con mi anzuelo.

Un rayo de luz púrpura se deja caer a mis pies, pero ya lo tenía previsto. Antes de llegar al suelo ya le he aferrado la pierna derecha, y con furia procedo a lanzarla contra el suelo.

El tremendo golpe le provoca un gran traumatismo en el rostro. Ahí queda aplastada e inmóvil. Si alguna vez fue bella ahora ya no lo es.

Me preparo para el último enemigo restante, pero no hace nada. Permanece en su posición, fuertemente anclado al suelo.

Desde aquí no puedo clavarle el anzuelo. Parece ser el más decidido a que ésto dure.

- Durará lo que yo quiera - me digo con otra voz prestada.

Dispongo de múltiples opciones para acabar con ésto, pero dudo al decidirme por una. Podría aparecer a su espalda y destrozarse un mazazo su extraña armadura de minusvalido. Es una opción, pero yo también quiero que dure. Por alguna razón sé que mis tiempos de gloria acabarán tras esta batalla, y no quiero que pase el tiempo. Me resisto a que pase.

Cuando les lleve ante la reina y juren lealtad ya nada tendré por hacer aquí. Me retiraré a mi pequeña ensenada a esperar la barca que nunca llega.

Un nuevo ataque reclama ahora todo mi tiempo. Es el tipo de negro. Aún herido, y con uno de mis anzuelos clavado en su garganta, se resiste a abandonarse a lo inevitable.

- ¡Hijo de puta! Ya nos advirtieron de ti.

Me sorprenden sus palabras.

- ¿Quién? ¿La vieja? - le digo-. Hablabas mucho con ella. ¿Fue ella?

El tipo no dice nada. Rodea lentamente el espacio que nos separa, siempre guardando la distancia. La parte anterior de su ropa está empapada en sangre, pero aún así tiene resistencia para rato. Me desafía expectante. No sabe la rabia que me provoca la gente que no contesta a las preguntas.

- ¡Contesta cuando te hablen, niño! - le grito, y mis gritos se tornan manos; cientos de manos que le abofetean contastemente. El ignorante intenta parar algunos de mis golpes en vano. No puede. Carece de la

experiencia necesaria para enfrentarse a mi.

De algún lugar saca un revolver. Dispara al aire. Dos, tres veces, pero ninguna bala llega a su objetivo que soy yo.

Lo termino de machacar con mis golpes contra el suelo de Thar, y luego lo levanto en volandas sobre el desfiladero.

- En los sueños las balas no funcionan - le informo.

Tuve la intención de soltarle. Estaba furioso con él. Las faltas de educación me saturan, pero por suerte recuerdo a tiempo mi objetivo principal.

Aferro el anzuelo aún clavado en su garganta y tiro con fuerza.

-Yo de ti no lo haría, forastero - me grita una voz desde la seguridad de la mole de metal del minusvalido.

Reparo con asombro como se ha ido gradualmente transformando en algo grotesco mientras yo no le miraba, absorbo como estaba en mi particular pelea con sus compañeros. Es una gran mole de metal y carne anclada al suelo, que habla y razona.

- Acaba con él - Me ordena uno de mis yos.

- ¡Callate! - le ordeno iracundo-. ¡Callaos todos! Mejor uno por uno.

Doy un tirón y termino de exprimir al durmiente de las gafas de sol. Sale de su antiguo cuerpo convertido en una masa gelatinosa de alma y sangre.

- Nooo... - aulla la mujer desde alguna parte. Le ha dolido que arrebatara a su amigo de este lado.

- No sufras - le digo soltando el sedal con el anzuelo colgante-. Te reunirá con él al otro lado. Ya verás como mejora tu vida.

Ella no se deja convencer. Ningún adulto se deja. Solo los niños, que han recorrido tan poco tiempo en éste mundo, se dejan. Y lo comprendo. Aunque la vigila nos llene la cabeza de frustraciones, prejuicios, y dolor, nos aferramos a ella como si lo que nos espera fuera muchísimo peor. Y nada más lejos de la realidad.

- La vida es dolor - recito repitiendo las palabras de mi reina.

La muchacha se eleva varios metros sobre mí cabeza y, tras dejarse caer, me golpea de rodillas con una fuerza descomunal. Ha mejorado mucho

desde la primera vez que la vi.

Ya en el suelo sigue golpeandome presa de la furia más desatada. Bajo sus rodillas mi maltrecho cuerpo aguanta la tormenta de golpes, puñetazos y arañazos que poco a poco van desfigurado mi rostro.

Podria abandonarme...

En eso piensa mi cabeza. Pero me debo a mi reina. Y esta pobre chiquilla nada puede contra mi. Ni aún si me abandonará podría acabar conmigo.

Me incorporo ensangrentado y aferro su cuello que, poco a poco se deshace como mantequilla.

- Te dije que yo de ti no lo haría - susurra la voz de la torre, ahora más cerca.

Un trozo de mi rostro desaparece al instante bajo el fuego atronador del primer proyectil. Suelto a mi presa confundido. Cae en algún lugar, no sé si viva o muerta. La ráfaga de disparos continúa mientras mi ojo derecho también se desintegra, al igual que mi boca, que desaparece convertida en un amasijo de sangre y carne quemada.

El anteriormente indefenso tullido ahora vomita acero y fuego sin descanso por los cientos de cañones que rodean su estructura. La máquina le posee y él quiere que sea así. Lo anhela tanto que ha conseguido retrasarme. Incluso he perdido mi última presa, el alma de ese tipo de negro.

- Me llamó Pablo - grita alguien, y esta vez es la primera desde hace mucho tiempo que algo consigue sorprenderme en este mundo.

Esta ahí de nuevo. El tipo de las gafas de sol; la esencia que ya tenía en mi poder vuelve a plantarme cara en su forma onírica original, completo y de carne y hueso. Pero cómo... Es imposible...

- Se llama Pablo - exclama la súper muchacha de violeta, de nuevo en plena forma. Realiza unos extraños movimientos con los brazos hasta conseguir aferrar los míos y pegarlos a mi cuerpo con algún tipo de conjuro mágico invisible.

Intento liberarme pero su fuerza es grande.

Cómo un relampago el escudo de fantasía vuelve a aparecer en mi dominio del sueño. Me golpea de manera brutal desde alguna parte de otro sueño. Sinceramente, no lo he visto venir.

- ¡Se llama Pablo, Bola de billar! ¡Y yo soy el puto vengador! - me grita el gordito friki, ya recuperado de sus heridas. Aunque él no es el que más me sorprende. Hay otra persona a su lado.

- Se llama Pablo - exclama la voz de la vieja, aún viva y en su sensual transformación vampírica preferida.

-... Y yo soy Moria.

Es ahí cuando comienza a nublarse mi visión. Millones de colores, ocres, rojos, magentas, se tornan torrentes de energía que me arrastran. La vampira tiene un inmenso potencial, casi igual al mío, y me cuesta horrores estabilizarme para no salir despedido al vacío de otro lugar cualquiera de las tierras de Oniro. .

Debo cumplir mi misión, pero... Sin contarlos a ellos, yo mismo soy mi propio enemigo. Por eso me cuesta tanto dar el paso.

Les admiro. A todos. Aún conservan la inocencia del recién llegado a este mundo. Yo hace mucho que la perdí.

A pesar de eso, no son rivales para mí.

Me deshago por fin del abrazo psíquico de la superheroína. La golpeó cien, miles de veces hasta dejarla fuera de juego, y luego le clavó el arpón en otro apartado ajeno a este sueño.

- "Aquí no habrá interferencias" - pienso. Rasgar el tejido de la realidad me da una monumental ventaja en comparación a otros durmientes.

O por lo menos, eso creía hasta ahora.

La anciana, ahora convertida en joven vampiresa, me ha seguido. Me clava sus colmillos y queda adherida a mi cuerpo como una rémora negra y viscosa.

No consigo deshacerme de ella, ni retener a mi presa, que nuevamente se escapa.

- Hasta la vista, baby - exclama una voz, que suena lejana en mitad de mi propia lucha por desembarazarse del demonio.

Sólo acierto a ver al friki, ahora convertido en un musculoso gigante vestido de negro. Descarga el fuego de su escopeta recortada en mi cabeza.

Le golpeo con un picotazo de mi ave interior, pero ni se inmuta. Su cuerpo

aparenta ser de metal.

Recibo un terrible puñetazo que me desestabiliza, cayendo al suelo enmoquetado de mi apartamento.

¿Cuándo soñé este lugar? En mi dominio del sueño no existía.

Comprendo ahora que juegan conmigo fuerzas ajenas a las mías, y que probablemente perderé esta vez.

- Siempre has sido un perdedor - afirma un yo antiguo del pasado.

Ya no me quedan fuerzas. Caigo dando tumbos de un lugar a otro hasta terminar ensartado en los cuchillos del tipo de negro. Su apariencia a cambiado. Una máscara oculta ahora su rostro, dándole un aspecto siniestro y peligroso.

- No voy a permitirme perder- le grito aún desde el suelo.

- Si no puedo capturaros os mataré. Aunque tenga que morir yo con vosotros.

- Adelante - me desafía la vampira, anteponiéndose al grupo y erigiéndose así como la líder del variopinto grupo de onironautas.

La barca nunca regresará. En el fondo lo sé. Todo este tiempo lo he sabido. En algún punto entre mis ilusiones y desengaños se hundió. Y ni cien Estefanias podrán devolvérmela.

Abro la boca y me abandono a la bestia. De mi interior emerge como un oscuro mensajero de la humanidad perdida.

Sus alas negras comienzan a batir, y emite un graznido que congela la sangre en las venas.

Ahora la bestia nos rodea. Invade el horizonte y el desfiladero. Todo son plumas negras, incluso el interior de los durmientes.

La muchacha de violeta es la primera en caer de rodillas apresando su garganta. Vomita entre arcadas plumas mezcladas con babas.

El friki y la torre de metal también caen convulsionando entre plumas. Sólo la vampira y el tipo de la máscara luchan por sobrevivir, pero eso es imposible. Todos estamos muertos ya y nos resistimos a creerlo.

Todos estamos muertos.

El tejido del sueño se repliega sobre si mismo, se curva de forma esférica y queda convertido en un huevo negro en mitad de un desierto.

Una niña lo recoge.

- ¡un huevo! - exclama ante algo tan evidente.

La niña sueña con ver el mar. Nunca lo ha visto, pero se imagina perfectamente como es.

También sueña con montañas y bosques verdes; también con valles, montes y ensenadas. Le gustaría crear un mundo bello con habitantes benévolos y magníficos.

Un castillo de cuento de hadas sería su epicentro, y en él crecería junto a una familia que la amara hasta que ella fuera lo suficientemente mayor como para crear a otra niña como ella. Pero eso no cerraría el círculo. Eso sería una vuelta más a la espiral convergente de lo que pretende con tan sólo seis años.

Con sumo cuidado acaricia el huevo junto a su mejilla infantil y le dice...

- Lo has hecho bien Nestor. Lo has hecho muy bien.